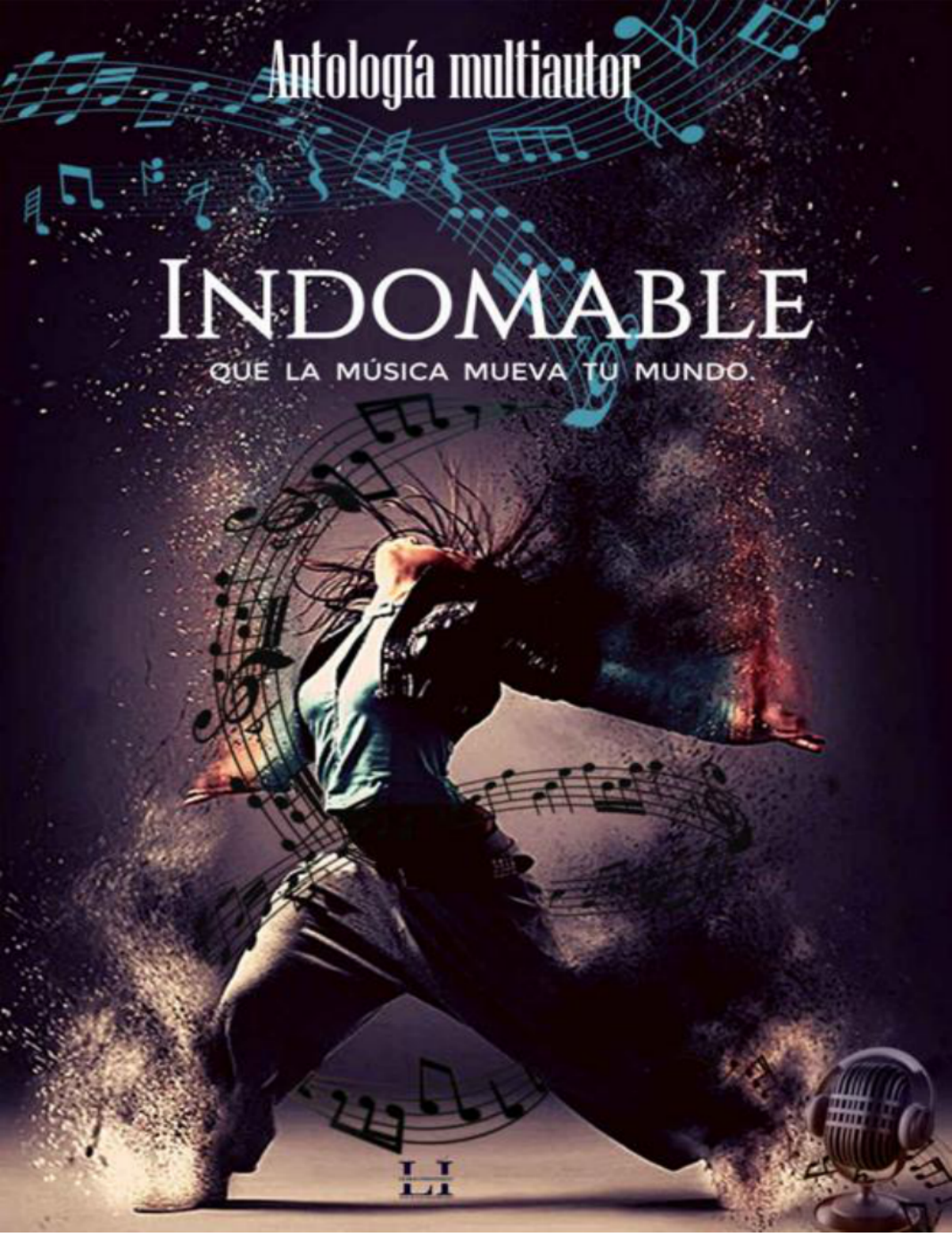
Antología multiautor

INDOMABLE

QUE LA MÚSICA MUEVA TU MUNDO.



INDOMABLE

LETRAS INDOMABLES
SERVICIOS EDITORIALES

INDOMABLE

QUE LA MÚSICA MUEVA TU MUNDO.

Antología multiautor

LETRAS INDOMABLES
SERVICIOS EDITORIALES

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier cambio en la obra ni total ni parcialmente, sin el previo consentimiento de los autores. Todos los derechos reservados.

En esta obra aparecen nombres de artistas, lugares, frases y títulos de canciones; los cuales se han utilizado única y exclusivamente con la intención de darle más realismo y ambientación a la obra, sin intención alguna de plagio. Cualquier nombre o suceso que aparezca en ella parecidos con acontecimientos reales son pura coincidencia, ya que esta obra es una historia de ficción y en su totalidad surgió de la imaginación de los autores.

Título original: "Indomable: Que la música mueva tu mundo".
Esta novela fue registrada en SafeCreative el 14 de noviembre del 2022
Código de registro: 2211142631702
La portada de este libro está registrada en SafeCreative desde el 14 de noviembre del 2022
Código de registro: 2211142631771
© A .Monrow, ©Bet Alifanow, ©Blanca Angarita, ©Margarita Rivero, ©Lucrismar Otero, ©Mina Hakasala, ©Iván B. Silva, ©Elizabeth Mendoza, ©Pricilla Gómez, ©Yaneth Marín, ©Rosa Alonzo [2022]

ISBN-13: 9798363979101

Impreso por KDP Amazon

Todos los derechos reservados.

«Sueño, pongo a prueba mis sueños en contra de mis creencias, me atrevo a arriesgarme y ejecuto mi visión para hacer realidad esos sueños»

Walt Disney.

¡Que se vaya! (A. Monrow)
Penélope (Margarita Rivero)
Solamente una vez (Elizabeth Mendoza)
El cantante (Pricilla Gómez)
Señor de la noche (Iván B. Silva)
Burbujas de amor (Mina Hakasala)
Vámonos (Yaneth Marín)
Si no estás junto a mí (Rosa Alonzo)
Míranos ahora (Lucrismar Otero)
Amor de aquella noche (Blanca Angarita)
Alma de loca (Bet Alifanow)
Sobre los autores.
Agradecimientos.

¡QUE SE VAYA!
A. Monrow

«Que se vaya de mi vida
Que me deje a mi tranquila
Se acabaron las mentiras
Que se vaya, que se vaya
Que no vuelva nunca mas
Que nunca ha muerto mi vida
Ahora acaba de empezar…»
(Interprete: Olga Tañon).

A sus veinticinco años, la vida de Dafne Torres había dado un vuelco de ciento ochenta grados en todos los aspectos. Ahora no solo tenía un nuevo nombre, sino otra profesión y radicaba en un país que jamás imaginó visitar. Lo único que conservaba de esa vida que dejó atrás, eran los dolorosos recuerdos de un pasado que la marcó de mil maneras y a su amiga, ahora llamada Amanda Campos.

Ambas latinas, en pocas palabras, eran otras personas, aunque no les afectaba de la misma manera, mientras que para Amanda era una nueva aventura, para Dafne era reencontrarse consigo misma. Para la joven castaña, era muy difícil armar a una nueva mujer con los pedazos rotos que quedaron de ella debido a los acontecimientos traumáticos que la llevaron a este presente que se le antojaba ajeno, como si viviera la vida de alguien más.

Lo único bueno de esta nueva vida, era que ese hombre que tanto daño le causó, jamás volvería a ella. Al menos, eso era lo que le habían prometido los detectives que las incluyeron en el programa de protección a testigos, cuando decidió ponerle fin al infierno que era ser la pareja de Pablo Mendieta. Un conocido narcotraficante del que fuese su antiguo país.

Aún recordaba con dolor todo lo que vivió a su lado, pues no solo era peligroso por los delitos que cometía, sino porque ella era

quien pagaba los platos rotos cuando él sentía perder el control en cualquier cosa. Fueron años de maltrato y por lo general iba más allá de lo físico, es por eso que no le era fácil tomar las riendas y poner un alto, él siempre ganaba al encontrar la manera de someterla.

Solo Dios sabía la cantidad de veces que lo había intentado sin éxito, hasta que, convaleciente en una cama de hospital, ella declaró, junto con Amanda, todo lo que sabía de él a las autoridades. Esa vez fue fácil hacerlo, puesto que el muy cobarde había desaparecido para no dar la cara.

«¡Que se vaya de mi vida!», fue el pensamiento que le dio el valor para hacerlo.

Sin embargo, aunque ya habían pasado siete meses de ello, Pablo se negaba a abandonar su pensamiento y no precisamente por el lado romántico o sentimental que se suele usar en esa frase. Y ese viernes no fue la excepción; mientras se peinaba, la joven de rasgos delicados y tez apiñonada se dio cuenta de que ese treinta de septiembre, era el primer cumpleaños de Pablo en el que ella sería libre y estaría a salvo de cualquier locura que a este se le ocurriera.

A su lado llevaba una vida llena de lujos y excesos, pero ni por todo el oro del mundo volvería a ese mundo lleno de avaricia, peligro y desamor, que la convirtieron en la peor versión de ella misma. Ahí era un fantasma ambulante, sin voz, llena de miedos e inseguridades, una persona de la que cualquiera tenía el derecho de abusar.

Con solo pensar en todo eso, el temor de verlo cruzar la puerta de su nuevo hogar, que compartía con Amanda, la inundó, recorriéndola de pies a cabeza como una espeluznante corriente eléctrica. Y más, cuando la puerta de su recámara se abrió de sopetón, en segundos el corazón se le aceleró y sintió que el mundo a su rededor se paralizaba. Disipándose esa sensación de peligro, cuando vio a su juguetón San Bernardo atravesar el umbral para darle los buenos días.

—¡Eros, no sabes el susto que causaste! —exclamó recibiéndolo con cariño mientras su peludo amigo lameteaba sus manos.

«¡Qué tontería, Dafne!», se regañó por dejar que el recuerdo de ese hombre aún le causara estragos. *«Él debe estar en la cárcel y nunca más volverá»*, pensó para quitarse ese resquemor que aún trataba de arruinarle el día.

No quería que, cuando Amanda la viera, comenzara a sospechar de su estado de ánimo. Pues, aunque era su mejor amiga, sabía muy bien que jamás lograría entenderla por completo, así como nadie lo haría. Solo cualquiera que haya vivido lo que ella con un hombre tan posesivo, agresivo e inhumano como Pablo, entendería.

Dafne tenía muy claro que para los demás, ella siempre sería tachada de débil o dejada, por todo lo que le permitió, hasta llegar a

ser su saco de boxeo. Solo la morena de ojos almendrados sabía lo difícil que era salir de un pozo tan oscuro del que ni uno mismo se siente capaz de hacerlo. Y no por falta de fuerza, sino porque durante años has sido reducido a nada entre constantes ataques, sobre todo psicológicos.

—¡Ya no más! —murmuró firme viéndose al espejo, mirando con orgullo a la mujer en construcción que tenía en frente, cuya sonrisa optimista comenzó a llevarse toda esa vorágine de sensaciones negativas que intentaban apoderarse de ella—. Tú eres una gran mujer —se dijo como todos los días.

Sentía que con esas lindas palabras borraba todos los improperios que alguna vez Pablo le dijo y que la dañaron tanto. Y al parecer esas muestras de cariño hacia sí misma le estaban ayudando, pues poco a poco comenzaba a sentirse otra mujer y no porque ahora se llamara diferente, sino una mujer que ha vencido el yugo bajo el que vivía. Una chica de veinticinco que se empezaba a descubrir a sí misma en un mundo que antes no conocía.

Sin más reparos, terminó de alistarse con ropa deportiva, algo entallada para su gusto, pero no había hecho la colada y no tenía otra prenda menos provocativa. Así que, sin más que hacer, se calzó unas deportivas para ir al gimnasio donde su leal y divertida amiga trabajaba dando clases de Zumba.

Antes, no era su costumbre hacer ejercicio y Amanda la obligó a seguir esa rutina hasta que se convirtió en su ritual matutino, donde sacaba sus frustraciones y estrés antes de ir a trabajar en la cafetería como mesera. En esta nueva vida ninguna podía ejercer su verdadera profesión: *Amanda como enfermera y Dafne como mecánica automotriz*, algo que amaba en verdad y sentía que hasta eso le había quitado Pablo.

—¿Amanda, has visto mi bolsa de mano? —preguntó al salir de la recámara con su sudadera en el brazo y la maleta deportiva donde guardaba su uniforme de trabajo.

—Sí, aquí la tengo —respondió la curvilínea pelinegra rebuscando en la suya las llaves—, apúrate que ya vamos tarde —la apremió levantando la mirada que se tornó asombrada al posarse en Dafne—. ¡Vaya, pero qué mujerón! —la chuleó alegre desde la puerta pensando que por fin sus esfuerzos porque su amiga comenzara a mostrarse al mundo habían dado sus frutos.

No es que quisiera que Dafne fuera una exhibicionista ni nada por el estilo, pero pensaba que había llegado el momento en que dejase de ocultarse. Que volviera a ser la chica extrovertida que conoció en la secundaria, esa a la que le encantaba vivir la vida y segura de sí misma. Esa chica que traía a más de uno cacheteando la banqueta sin parecer vulgar, lástima que uno de ellos haya sido Pablo

Mendieta. Aunque él era cuatro años mayor que ellas, en ese entonces no le temían y ni ella, ni Dafne imaginaban que ese espécimen se convertiría en quien era ahora.

—Amiga, esos *leggins* y ese top se te ven ¡Wow! —exclamó haciéndola sonrojar, pues Dafne no sabía manejar tanto alago hacia su persona—. Hoy vas a matar a más de un hombre de un infarto —concluyó dando saltitos al ver cómo lucían sus curvas.

—Será del susto —musitó por lo bajo la castaña, algo apenada y esperando no ser escuchada.

—¡¿Susto?! —replicó Amanda enarcando la ceja y poniendo los brazos en jarra.

«Esta mujer tiene oído de tísico, escucharía la caída de un alfiler en una estampida», reviró Dafne en su mente.

—¿Podríamos cambiar de tema? —evadió la chica el cuestionamiento, pues ya sabía por dónde iba a seguir esa conversación que muchas otras veces habían tenido.

—¡Ah, no, Daff!, no vas a ocultar bajo ese trapo lo que has logrado con tanto esfuerzo —protestó la curvilínea pelinegra al verla embrocarse la sudadera por la cabeza como todos los días—. ¿Hasta cuándo te permitirás aceptar que eres una mujer sumamente atractiva, Daff? —preguntó Amanda tomándola por los hombros al mirarla con un poco de pesar.

Era algo un poco errada su interpretación, pues no es que Dafne se catalogara como fea, es que ella no era el tipo de mujer que se creía una *top model*. La entrenadora de Zumba no entendía lo que le costaba a su amiga sentir que se le quedaran mirando, y no solo los hombres, cuando usaba ropa ajustada y mostraba algo de piel.

Por desgracia para ella, era uno de los estragos que le dejó la toxica relación al lado de Pablo y del que le había costado más trabajo salir, pues sentía que esas miradas eran como críticas a su persona. Como si se burlaran tachándola de ridícula al mostrar un abdomen con cicatrices de un pasado infernal, pero lo que más aversión le causaba era que en esos ojos escrutadores veía a su ex.

Eso bastaba para que, todos los reproches que le hacía al humillarla por los pocos kilos que había ganado con el paso de los años, se hicieran presentes como un molesto enjambre de avispas. Justo como le pasaba en ese mismo instante, los recuerdos de esas palabras hirientes se repetían como un eco con imágenes de sí misma inundada en un llanto amargo, con un nudo en la garganta que no le permitía hablar y enfrentar a Pablo.

Quería gritarle que parte de su sobrepeso era por su culpa, pues cómo iba a estar en forma si no la dejaba ni salir a correr, como si no quisiera que nadie más la viera y guardarla solo para él. Que cada que intentaba bajar esos kilos de más que la báscula a diario le recordaba,

él siempre minaba su entusiasmo diciéndole que era ridícula si creía que algún día se vería como las esculturales mujeres de los videos de ejercicios.

«¡Maldito!», pensó Dafne, sintiendo odio hacia ese hombre en cada partícula de su ser.

Amanda, al no recibir respuesta y ver en la mirada de su amiga cómo se cristalizaba el dolor de antaño, prefirió no insistir y le plantó un beso en la mejilla, como animándola a seguir adelante. Dafne, al sentirse comprendida, sonrió aliviada de que esa plática cesara y así, sin palabras, ambas mujeres se encaminaron al gimnasio para iniciar el día.

Aunque su pequeña discusión las retrasó unos minutos, ambas llegaron a tiempo, pues el establecimiento se encontraba a escasas dos calles de su piso. Estaban cruzando el estacionamiento cuando el atronador sonido de una motocicleta las hizo saltar.

Mientras que Amanda tuvo miedo, Dafne sentía que ese energético sonido la regresaba a esos años donde el olor a aceite, gasolina y anticongelante inundaban su entorno. Uno, en donde su inteligencia era su mejor herramienta para poner en marcha hasta el auto más viejo que le llevaran. Más eso no era lo que tenía a todo galope su corazón, sino el piloto que domaba esa máquina, que como todos los días corría como si el demonio lo persiguiera.

Montado en una *Ducatti* negra lo vieron pasar, para después derraparse de forma tan milimétrica hasta el cajón donde aparcó su vehículo. Era un espectáculo que a diario se veían obligadas a presenciar, por lo que habían llegado a la conclusión que, Clark Sanderson, era adicto a la adrenalina. Lo cual no explicaba por qué, alguien como él, entonces permanecía todo el día recluido dentro de un gimnasio, entrenando y administrando el negocio, aparte de ser el dueño, no le veían otra justificación.

Resulta que las jóvenes no estaban tan erradas en sus conjeturas, el joven de veintidós años era amante de la velocidad y desde muy pequeño se vio sumergido en el mundo del automovilismo. Su destreza tras el volante le auguraba una carrera directo a la F1, montado en uno de los monoplazas más rápidos sobre la faz de la tierra, bajo la escudería de mayor renombre. Su vida estaba destinada a darse entre el rugir ensordecedor de sus máquinas, igual que sus dos hermanos mayores, orgullo de la familia Sanderson.

Sin embargo, la desgracia llegó a su familia por partida doble en Susuka, bajo una lluvia espesa donde ellos perdieron la vida. Tras ese duro golpe, su madre cayó en depresión, temiendo el mismo destino para su último hijo aún vivo. Eso fue motivo suficiente para que él se retirara de ese mundo y se privara de esas adictivas sensaciones que le brindaba el poder controlar una máquina a altas velocidades, para

ahora dedicarse a llevar el negocio de su familia. Simplemente, no quería clavar el último clavo en la pesada cruz que su madre ya cargaba.

Ajenas a todo ese pasado, las chicas permanecían estáticas en la entrada del gimnasio mirando discretas en su dirección. Para ellas, en especial para Dafne, todo parecía en cámara lenta cuando el espécimen masculino, enfundado en pantalones de mezclilla y una chamarra de cuero, se desmontó. Y, al quitarse el casco, el rubio con cuerpo de revista y facciones angulosas cubiertas por un fino bello en la barba perfectamente delineada, comenzó a andar con paso decidido en su dirección.

«Todo un espectáculo de testosterona», pensó sin quitar la vista de él, después de todo creía que no le estaba haciendo daño a nadie con ese atrevimiento.

—¡Viene para acá! —advirtió por lo bajo Amanda a metros de donde él se encontraba—. Te dije que le gustas —celebró para contagiar a Dafne de su entusiasmo.

—¡¿Estás loca?!, eso es im-po-si-ble —remarcó esa última palabra la chica de ojos almendrados girándose hacia Amanda, pues los colores se la habían subido a la cara con el comentario tan fuera de lugar—. A leguas se ve que es menor que yo.

Para Dafne era inverosímil que un hombre cómo él, tan alto y con aspecto de Guerrero Nórdico se fijara en ella. Estaba segura de que tendría como pareja a una mujer con cuerpo de modelo y que estuviera a la par de él en los estándares de belleza, no una chica como ella, de escasos uno cincuenta y siete de altura, con curvas marcadas y piel apiñonada.

—Ah, ¿sí?, ¿y por qué no deja de mirarte? —arremetió pícara la pelinegra haciendo que Dafne girara tan rápido que perdió el equilibrio cayendo en brazos de Clark, que con agilidad, la salvó de un buen porrazo.

Pese al exabrupto, lo que la hizo temblar fue esa mirada gris que parecía plata líquida dirigida hacia ella de forma tan intensa que parecía penetrarla y, por absurdo que pareciera, era la única que no sentía con el peso de las demás. Aun así, existía una barrera que ella misma puso desde el primer día que lo conoció, para ser exactos desde que Amanda fue a pedir trabajo, aunque iba a diario, entre ellos no se cruzaba más que un saludo cordial.

Lo que no sabía era que tanto misterio que rodeaba a esa castaña, tenía al rubio intrigado, tanto que a menudo se descubría como un tonto, observándola ejecutar con ahínco su rutina de ejercicio. Cosa que no le pasaba con las demás que se desvivían por llamar su atención, hasta se hacían las inexpertas en los aparatos con tal de que él estuviera con ellas mostrándoles cómo usarlos. Pero ella

no, es más, no sabía de ella más que su nombre y eso porque era necesario darlo para inscribirse al GYM.

Con todos los miembros él mantenía amistad, eran como una gran familia, pero la joven latina no daba pie a algo más, pues tan pronto acababa su rutina, se bañaba y salía del establecimiento sin levantar la mirada. Como si huyera de cualquier contacto con los demás, hasta ahora que, por azares del destino, había caído en sus brazos.

Todo se detuvo y el estremecedor contacto les hizo sentir un calor adictivo en el poco roce, tan placentero que permanecieron en la misma posición sin mediar palabra e intercambiando miradas. Era la primera vez que tenían un contacto tan cercano y fue tan repentino que Clark no sabía qué decirle que no la hiciera salir huyendo, como tantas otras veces que intentó iniciar una charla.

Dafne se sentía abrumada, ya que nunca la habían mirado de esa forma, al menos no de cerca, pues ya lo había descubierto tiempo atrás observándola. Al principio le incomodaba, pero poco a poco comenzó a sentir alguna especie de sensación placentera, por el simple hecho de que secretamente estaba siendo el centro de atención de alguien que la miraba de forma diferente.

Recordando esos momentos, por unos segundos la loca idea de que lo que dijo su amiga podría ser cierto se instaló en su mente, pero, así como llegó, se fue de un plumazo.

—Gra… gracias —articuló la joven sintiendo el abrazador contacto de esas fuertes manos en su cintura.

—No dejaría que mi clienta más disciplinada se lastimara —atinó a decir Clark para romper la tensión que vio reflejarse en los ojos de la morena.

Él se sintió como un estúpido adolescente por tan tonta frase, pero es que en verdad no supo qué más decirle.

—Sí, claro —musitó Dafne al reincorporarse y pese a que ese íntimo abrazo entre ellos se había deshecho, aún seguían tan cerca que podía inhalar ese aroma a cítricos y canela que desprendía la ropa de Clark—. Pues será mejor que me apure para no perder el puesto a la más disciplinada —agregó con un toque de nerviosismo y sin más entró al establecimiento que, de un día para otro, había cambiado por completo.

—¡Vaya!, aquí sí que celebran en grande estas fechas —canturreó Amanda por la decoración de Halloween que adornaba el lugar haciéndolo ver con un tinte de casa del terror.

—Es tradición hacerlo, por cierto, no pueden faltar a nuestro concurso anual de disfraces al final de mes —apuntó Clark sonriendo al darles el panfleto con todos los datos sin despegar la mirada de Dafne que, como siempre, rehuía.

Le causaba curiosidad saber qué hacía a esa chica tan diferente de las demás y al rubio le pareció que tal vez en un entorno más festivo podría descubrir algo de ella.

—¿O es algo muy norteamericano para ustedes? —Las retó con la sonrisa ladeada.

Tal vez no sabía nada de ella, pero tenía muy claro que a los latinos no les gustaba perder en un reto y con eso aseguraría su participación.

—No, pero…

—Pero nada, iremos a esa fiesta y demostraremos que las latinas también sabemos disfrutar de ese Halloween —Se adelantó Amada antes de que Dafne inventara algún pretexto para declinar la invitación.

Aunque sabía que debía apuntalar muy bien esto, pues en un mes Dafne podría poner mil pegas más para no asistir.

Al no quedar más opción, Dafne ya no protestó y tras unos segundos la idea comenzó a tornársele atractiva. Sería su primera fiesta desde que llegaron y debía aprender a divertirse ahora que podía hacerlo de nuevo, así que con una sonrisa en los labios se despidió de Clark y se dirigieron a la duela donde las demás chicas y chicos ya las esperaban.

El rubio no pudo evitar seguirla con la mirada quedando en su mente esa sonrisa que no le había visto esbozar antes, vamos, no es que estuviera mal encarada todo el tiempo, pero nunca había visto sus ojos sonreír como hacía unos segundos.

* * * *

Tras ese furtivo acercamiento, los días pasaron como siempre con cada uno en sus rutinas. Solo una cosa había cambiado y es que esas miradas que Clark prodigaba, de vez en cuando, eran correspondidas con una sonrisa de parte de Dafne. Y aunque ninguno de los dos lo decía, ella lograba percibir cómo esa mirada platinada acariciaba su figura mientras, entre pasos rítmicos e intensos, hacía Zumba.

Era algo nuevo para la joven esa placentera sensación, que por primera vez se sentía natural y aunque para ella era algo imposible que él se sintiera atraído, en su mente comenzaban a gestarse esas locas ideas que nacen del «*y si tal vez*». Las cuales se avivaban cada que sus miradas se cruzaban.

Un día, Dafne terminaba su rutina y los ojos se le iban buscando a Clark. No lo había visto desde que llegaron y para qué negarlo, había extrañado esa cálida sensación de sentirse observada por esos ojos que estaban convirtiéndose en los protagonistas de sus sueños. Al no verlo, ni en compañía de las plásticas, como ella les llamaba a esas

mujeres que tenían curvas tan exageradas que a leguas parecían de silicona, se metió a las duchas y tras un buen baño salió hacia su trabajo.

Nunca imaginó que, a mitad de trayecto, mientras su mirada se perdía en el tráfico de la ciudad, lo vería. No había duda, ese porte, sus ademanes y esa *Ducatti* eran inconfundibles; incluso, entre esa nube de humo que rodeaba su entorno. Sin siquiera pensar en que llegaría tarde a su trabajo, paró el bus de forma tan abrupta que casi se va de nalgas, ganándose unos cuantos improperios por provocar esa frenada.

Entre pitidos y a riesgo de ser atropellada, como pudo, llegó hasta Clark que se encontraba aparcado tratando de disipar el humo que salía de su motocicleta. El rubio no estaba atento a su rededor, por lo que escuchar esa tersa voz a su espalda hizo que su corazón se acelerara y no solo por la sorpresa.

—¡¿Qué haces aquí, Clark?! —preguntó Dafne con algo de impaciencia—. Olvídalo, no respondas, es evidente lo que haces, mejor dime qué pasó —concluyó remangándose las mangas de su uniforme, en ese momento, impolutamente blanco.

—Al parecer es el radiador, pero no sé qué lo pudo provocar —contestó Clark rascándose la nuca de tal forma que sus marcados bíceps llamaron la atención de más de una conductora que casi provoca un accidente—. El motor parece muerto —agregó al intentar ponerlo en marcha seguido de un sonido ahogado y nada normal en una moto.

—Déjame ver —apuntó Dafne muy segura de sí misma.

Con solo ver el color del humo se daba una idea de lo que sucedía. Así que, con agilidad abrió la máquina y moviéndose como un relojero, sin importar que se estaba ensuciando, le metió la mano.

Clark, que no conocía esa faceta suya, veía con asombro cómo ella manipulaba los diversos elementos del motor sin siquiera inmutarse por el aroma a aceite quemado y gasolina, ni siquiera por su perfecta manicura que estaba siendo dañada como lo haría cualquier chica. Y en esa inspección, él no dejaba de admirar lo diferente que se veía sin esa ropa deportiva holgada que solía usar en el gimnasio. El pantalón negro que traía marcaba su estrecha cintura y se ajustaba a su redondeado trasero, sobre todo al estar inclinada y el botón de su blusa blanca parecía querer reventarse a la altura del busto.

«Wow, ¡qué curvas!», pensó mientras su mente divagaba en una imagen un tanto subida de tono de él ayudando a desabotonarlo en un candoroso encuentro.

Desde hacía días esos pensamientos se estaban metiendo en su mente y surgían cuando se atrevía a admirarla de más en el gimnasio

y hacía lo posible por desaparecerlos para no evidenciar la creciente atracción entre sus pantalones. Justo cómo estaba haciendo en ese instante, cuando ella se levantó para inspeccionar desde otro ángulo la máquina, adoptando posiciones que hacía lucir más su figura, como si lo hiciera a propósito para ponerlo a prueba. Al rubio no le cabía duda de que ella estaba muy consciente de su atrevimiento, es más, podría asegurar que esa chaparrita lo estaba disfrutando igual él.

—¡Listo, ponlo en marcha! —ordenó Dafne con optimismo, sabiendo que el problema estaba resulto. En verdad no había sido nada grave, cosas básicas de la mecánica.

En cuanto Clark giró la llave, el potente sonido invadió su ambiente, anunciando que la *Ducatti* había vuelto a la vida, dejando aún más sorprendido al joven. Era evidente que ella tenía habilidades que solo vio en los muchos mecánicos con los que trabajó en aquellas carreras que formaban parte de su pasado y que eso le encantaba a la joven. Y en efecto, ella estaba feliz de por fin hacer lo que le gustaba.

—¿Cómo es posible que una chica sepa más qué yo de mecánica? —preguntó sin ocultar su admiración.

—¿Acaso eres sexista? —reviró Dafne entrecerrando los ojos y sintiendo algo de decepción, pues en el mes que llevaba conociéndolo no había notado esos signos en él.

Cualquier otra no hubiera tomado tan en serio ese comentario, pero con su pasado, esos eran signos de alarma que le gritaban a la joven que huyera.

—¡No, claro que no! Discúlpame —Se apresuró a corregir Clark consciente de lo errado de su cuestionamiento—. Es que estoy sorprendido, no conocía esa faceta tuya y siendo un expiloto de carreras, lo obvio sería que yo tuviera más experiencia.

—Conque eras piloto, ¿eh? —repitió ella dando por acertada su teoría sobre la adicción a la velocidad—. Bueno, si nos vamos a la experiencia, con mis años de más te gano —contestó Dafne a modo de broma bajando la guardia al sentir sincera su disculpa—. Así que, jovencito, me voy que los adultos tenemos responsabilidades —puntualizó limpiándose las manos con la franela que él le tendió, lo malo era que no le servía para quitar la oscura mancha que hacía sobresalir su busto. Ya encontraría la forma de solucionarlo en el trabajo.

—Nada de jovencito, soy Clark —La reprendió, pues no quería que se instalara entre ellos la barrera de la edad. Aunque era muy pequeña, estaba consciente de que a las mujeres en nada les apetecía ser mayores en una relación—. Súbete, te llevo al trabajo —ofreció tendiéndole su casco, no le importaba si lo llegaran a infraccionar, él la llevaría sana y salva a su destino.

Tras titubear un poco, Dafne tomo el casco y se lo colocó, le

quedaba algo grande al igual que el asiento de la moto, pero sin pedir ayuda, él la tomó por detrás y la elevó de tal forma que podía sentir esas fuertes manos en sus nalgas. El contacto era ardiente, como gasolina incendiándose en su piel, tan placentero que ni siquiera protestó por el atrevimiento, tanto que cuando la dejó sobre el asiento su piel sintió su lejanía.

La chica tenía el rostro de mil colores por permitirse sentir algo así por alguien menor y lo achacaba a su falta de sexo en casi un año. Creyó que eso sería lo más intenso de su día, pero cuando montó el vehículo haciéndola adosarse a él para sujetarse a su cintura, ese calor abrazador la invadió sin saber que no era la única afectada por la cercanía.

Ambos jóvenes inundados de placenteras sensaciones, emprendieron un viaje silencioso que no incomodaba. Era como si ninguno quisiera romper con las palabras ese contacto que en secreto disfrutaban, sin embargo, al llegar a la cafetería tuvieron que renunciar a tan adictiva cercanía.

Tras un gracias por parte de ella, él la ayudó a bajar elevándola de tal forma que sintió su contorneado cuerpo deslizarse por el suyo, avivando ciertas zonas que lo incitaban a no soltarla. Más no era posible tomarse esos atrevimientos cuando ni una cita tenían, así que la depositó en el suelo para después despedirse con un beso en la mejilla y marcharse dejándola con el corazón desbocado. Quedándose ambos con sus aromas impregnados en el cuerpo.

Después de eso, pese a que ambos tenían más charlas en el gimnasio y a veces por las supuestas visitas casuales de Clark a la cafetería, no pasaba del sutil contacto al saludar, el roce de manos al compartir algún aparato y esas miradas que cada vez los incendiaban más.

Tan evidentes que no eran los únicos en darse cuenta, de hecho, a los ojos de los demás miembros del GYM, era innegable que algo raro pasaba ente esos dos. Sobre todo, entre las chicas que veían a Clark poner mucha atención en Dafne, incluso sin que ella se lo pidiera, hasta los veían platicar muy animosamente provocando los celos en el gremio femenino. Con ellas no pasaba de instrucciones sobre el uso de los aparatos. ¿Qué le ve?, era el pensamiento colectivo de las damas que se desvivían por llamar su atención.

En efecto, Dafne no tenía un cuerpo totalmente *fitness* como ellas, pero Clark disfrutaba de la compañía de esa mujer que no se le ofrecía como muchas otras lo habían hecho. Todas frívolas, cuyas únicas metas eran hacer caer a un hombre en sus redes y competir por quien tenía el mejor culo en kilómetros a la redonda. La sencillez de Dafne y su espontaneidad lo hacían sentir diferente y se estaban despertando sensaciones un poco más intensas por esa mujer que poco

a poco iba abriéndose con él. O al menos eso pensaba, porque no estaba en los planes de la joven confesar su pasado, no quería que eso afectara este nuevo capítulo de su vida que le estaba resultando muy diferente a lo vivido.

Ambos, sin saberlo, estaban dejándose llevar por el adictivo juego de la atracción y seducción, que entre sutilezas va envolviendo a aquellos que son tocados por la misteriosa magia que lo conforma. Y este estaba incrementando conforme se acercaba la tan esperada fiesta de disfraces, aunque no lo admitieran, los nervios de verse una vez más fuera del ambiente del gimnasio los estaban atacando. Ella, porque no sabía qué hacer en otro entorno, pues, aunque lo haya visto en la cafetería, ahí era un trato cordial y profesional como cualquier empleada. Y él, porque temía que cualquier mala interpretación en sus actitudes o alguna frase, sin pensar, derrumbara el avance que tenía con ella, pues se había dado cuenta de que ciertas cosas la ponían tensa, sobre todo en cuanto al hablar del pasado se refería.

Llegado el día, las jóvenes latinas ya tenían preparados sus disfraces, aunque sabían que esta fiesta no tenía nada que ver con sus tradiciones culturales, decidieron imprimir en el evento su propio estilo. Así que, enfundadas en sus elegantes trajes de “Catrinas” y con maquillajes muy elaborados y llamativos en sus rostros, salieron de su departamento. Vivir en el primer piso era una ventaja ahora que su caminar se veía limitado por lo ajustado de sus vestidos.

—¡Vamos a arrasar esta noche! —celebró Amanda muy orgullosa del avance de su amiga.

Últimamente, la veía más animada y hasta le dedicaba más tiempo a su arreglo sin poner pegas a su físico. Tanto así que, esa anoche no protestó porque su disfraz tuviera un escote pronunciado que dejaba ver su tatuaje, esta vez Dafne no se sintió cohibida al mostrarlo, gracias a la seguridad que estaba ganando al dejar atrás a la mujer que fue: *la mujer de un Narco*. Ahora, se sentía tan libre como el colibrí que adornaba su seno izquierdo.

—¡Uy, y ese rubio va a caer de rodillas cuando te vea!, ya si no se anima es porque batea para otro lado, amiga.

—¡Shhh!, no lo grites que te van a escuchar —La censuró Dafne algo apenada por lo boca suelta de su amiga.

Aunque a diario la hacía partícipe de todo lo sucedido con Clark, y ella le comentaba los murmureos que escuchaba por parte de las demás miembros que se ponían verdes de la envidia, prefería que no lo gritara a los cuatro vientos. Alguna parte de Dafne temía que solo fueran malinterpretaciones suyas y que hubiese confundido un trato amistoso con algo más, pero es que la forma en la que él la miraba, sus visitas a la cafetería y una que otra vez que lo descubría fuera de su trabajo para llevarla a su casa, ya era algo muy evidente. Sin

embargo, el que él no diera el primer paso para descubrir sus sentimientos le hacía dudar.

Lo que ella no sabía era que él estaba disfrutando al extremo ese fuego lento con el que se estaban dando las cosas, por primera vez estaba luchando por conseguir la atención de una mujer que no se le ofrecía como al mejor postor.

Al llegar al antro donde se realizaría la fiesta de disfraces, no tuvieron problema al acceder antes que los que estaban en espera, pues prácticamente el gimnasio había reservado los cupos de sus miembros. Las miradas de reprobación no faltaron y no solo por su acceso tan precipitado, sino por ser las únicas con un disfraz que parecía más artístico que de terror. Sin embargo, ellas se sentían muy orgullosas de poner sus raíces muy en alto, lo que las hizo entrar como las divas que eran en su época de preparatoria, captando la mirada de muchos, entre ellos la de Clark.

El expiloto sentía revolucionar su corazón al ver a esa chaparrita enfundada en un vestido rojo bordado con lentejuelas que hacía lucir su figura de una manera espectacular y no solo por el corte sirena. Se veía tremendamente sexi con ese escote, sin parecer vulgar al dejar mucho a la imaginación de quien la contemplara, muy diferente a los disfraces de enfermera, vampiresa, diablita, mucama y Eva que algunas chicas habían elegido para lucir sus tonificados cuerpos. Aun entre toda la tela que la cubría, Dafne se las llevaba por calle, al menos así le parecía a Clark que, con paso decidido y vestido de corsario inglés se acercó a ella.

—¡Suerte! —susurró Amanda antes de desaparecer para reunirse con el instructor que había quedado, estaba resuelta a no hacerle mal tercio a su amiga.

—Pensé que te habías arrepentido —le dijo Clark al oído pues la música evitaba el diálogo.

—¿Y perderme de esto?, no lo creo —respondió Dafne de forma espontánea.

La joven solo esperaba que su respuesta no hubiera sido tan evidente, ya que esa cercanía hizo que los vellos de la nuca se le erizaran llevándola a rememorar los momentos cuando, en su moto, habían estado aún más cerca el uno del otro.

Al igual que ella, Clark estaba siendo afectado y aprovechó para inhalar ese aroma a lilas al que se había vuelto adicto. Por lo que, sin perder oportunidad, posó la mano en su cintura y la condujo hacia su mesa, quería estar toda la noche y mucho más con ella. Tan cerca estaban que eran el centro de atención de muchas envidiosas, pero no les afectaba en nada, pues entre risas y charlas amenas, ellos parecían ser ajenos a su entorno adornado a media luz, con telares en las paredes y techos, y las calabazas de Halloween iluminadas con velas

negras.

Las copas y la cercanía fueron calentando la sangre y soltando a la parejita que de inmediato fue al centro de la pista para divertirse al ritmo de la música electrónica. Pero no fue hasta que los ritmos latinos hicieron su aparición, que sintieron que el fuego los consumía. Dafne, siendo la experta en esos sones, guiaba a su pareja de baile que, siendo tan alto, casi la cargaba para tenerla más a su altura. El roce de sus caderas y esos movimientos sensuales al ritmo del merengue estaban haciendo que Clark sintiera más pasión que al volante y eso era muy difícil de superar. Pero ella, con su sensualidad, lo lograba.

—Me gustas, Daff, no sabes cuánto —confesó besando la piel de su hombro, haciéndola suspirar.

El corazón de la castaña bombeaba a mil por esa ardiente declaración y por el atrevido recorrido de esas manos directo hacia sus caderas de forma posesiva.

—Y tú a mí —declaró ella enterrando sus dedos en el sedoso cabello de su nuca, sin dejar de verlo a los ojos.

Esa mirada cargada de deseo la hizo olvidar la diferencia de edades que tanto le importaba y se dejó llevar cuando él la besó con ardor. En medio de la pista, por primera vez, ella se sentía deseada de una forma tal que le hizo perder su norte mientras la ávida lengua de Clark acariciaba la suya inundándola de su delicioso sabor. A ninguno le importaba ser el centro de atención y mucho menos el qué dirán, solo eran ellos dos y nadie más prodigándose, en un beso, ese deseo contenido que pugnaba por escapar desde hacía tiempo ya.

Esa noche todo hubiera sido un cuento de hadas de no ser porque el fuego de una de las calabazas, avivado por una botella de alcohol derramada, alcanzó una de las telas de la pared. Todo fue tan rápido que los telares se consumían a una velocidad tal que todo se tornó en un infierno en el interior del local, con tanto material inflamable parecía una bomba de tiempo.

En medio del zafarrancho, entre gritos y empujones, la gente se arremolinaba hacia la única salida a través de las escaleras. Aun con todo el alboroto, Clark no soltó a su chica y haciendo uso de su altura y fuerza logró ponerla a resguardo antes que la fatalidad alcanzara a algunos cuantos.

Por fortuna, Amanda también logró escapar igual que con muchos otros y junto con su amiga, protegida por los fuertes brazos de Clark, contemplaban cómo los bomberos luchaban por amainar el fuego. Era de tal magnitud, que los reporteros llegaron de inmediato, haciendo mediático el incendio y los fanáticos de las redes inundaban internet con las fatídicas imágenes. Tres muertos y quince heridos de gravedad era el saldo hasta el momento y temían que ascendiera, pero

jamás temieron, sobre todo Dafne, que esta catástrofe afectaría en su vida, mucho más de lo que pensaba.

Mucho menos que, a miles de kilómetros y en otro continente, esto impactara de tal manera a las personas menos esperadas. Justo en ese momento, Pablo Mendieta, oculto entre los bajos mundos de su vasto imperio de narcotráfico, estaba siendo testigo del suceso. El muy maldito nunca había sido capturado, ni siquiera las declaraciones de Amanda y Dafne habían servido, ya que él tenía compradas a las autoridades, lo que le permitió escapar del país.

Mientras veía las noticias, una figura enfundada en un provocativo vestido rojo llamó su atención, ahí en medio de la conmoción estaba ella, la mujer por la que casi lo perdió todo: *Ana Larios, su esposa.* De inmediato frenó la imagen, quedando congelada ante sus ojos. Pese al maquillaje, sabía que era ella, esas curvas las conocía a la perfección. Sobre todo, esas que adornadas con un colibrí en la piel saciaron sus ansias miles de veces, con solo verla su mente comenzó a revolucionar y miles de sensaciones se despertaron en su interior, sobre todo al verla en brazos de otro.

—¡Puta madre! —vociferó enardecido, sintiendo una combinación de celos, odio y deseo de venganza.

El amor odio que siempre le tuvo afloró en todo su cuerpo tensándolo por completo, tanto que, sus puños temblaban sumergiéndolo en una loca vorágine de sensaciones, las mismas que siempre ella le despertaba. Pese a lo impactante que fue reencontrarla tras buscarla hasta por debajo de las piedras, tenía una cosa muy clara: *esa mujer era suya, para bien o para mal y se lo haría saber en persona.*

—Nadie toca lo que es mío —siseo imprimiendo toda su maldad en esa frase de tal forma que, si las palabras matarán, la pareja que se proyectaba en la pantalla hubiese caído muerta de inmediato—. ¡Y tú me perteneces! —aseveró tecleando el móvil para mover todas sus influencias—. ¡Ramiro, trae a ese detective engreído del que me hablaste!, ya tengo la información que me faltaba.

* * * *

Habían pasado tres semanas desde el siniestro que les arrebató la vida a trece personas, como si hubiera sido una broma perversa del destino, que ese fatídico número de mala suerte fuese el total. Y aunque todo había sido una experiencia horrible, no afectó que la floreciente relación que Dafne y Clark iniciaron siguiera el curso febril del nuevo amor. Entre arrumacos, besos apasionados, salidas y cenas juntos, la pareja experimentaba las mieles adictivas que los impulsaban a dar el siguiente paso, aunque no lo habían hablado, sus pieles se los exigían

y el deseo sofocaba su cordura.

Tras una deliciosa cena a la luz de las velas en el departamento de Clark, los roces se transformaron en caricias y besos intensos que entre jadeos elevaba su temperatura.

—Eres hermosa, Daff —jadeo él bajando por su cuello mientras la aprisionaba contra el sillón y su fornido cuerpo—, y me vuelves loco —la alagó al llegar a esas curvas prominentes, protagonistas de sus fantasías.

—Clark, yo… —jadeó ella al tiempo en que un atisbo de pudor y temor invadió su mente.

No es que ella no lo deseara, pero por primera vez estaría con un hombre distinto a su expareja y se sentía algo oxidada en el asunto. Además, una vocecilla en su interior no dejaba de poner en juicio cómo le explicaría las cicatrices de su vientre, esas que le quedaron de la última vez que vio a Pablo.

—Shhhh, te prometo que no haré nada que no quieras —prometió él viéndola con intensidad a los ojos.

Sin decir nada más, ella asintió perdiéndose en el gris de esos ojos que destellaban una ardiente pasión, impulsándola a seguir su instinto y el deseo que quemaba su cuerpo. No era la primera vez que ella se ponía de nervios en sus brazos, evidencia de una mala experiencia en el pasado de la cual él no se había atrevido a preguntar. Pero estaba decidido a demostrarle que a su lado no debía temer y entre besos tiernos ella comenzó a relajarse. Pese a que él era menor que ella, tenía muchísima más experiencia en el sexo por todas las mujeres que pasaron por su cama, pero ninguna como Dafne. Ella era especial y se lo demostraría en cada beso y caricia.

Con lentitud, sus experimentadas manos recorrieron su silueta estremeciendo cada poro de piel que iba desnudando. Dafne sentía que tocaba en cielo y el corazón le galopaba a un ritmo delicioso, mientras él devoraba sus senos como el más exquisito manjar. Los gemidos de la joven, en un principio tímidos, se volvieron intensos y desinhibidos, mientras su novio tocaba los puntos exactos como si conociera su cuerpo desde hacía tiempo. La besaba y estrujaba con posesión, hundiendo sus dedos en su cálido interior, haciéndola gritar totalmente perdida en las olas de placer que la hacía sentir.

Movido por la vehemencia que lo consumía, Clark bajó entre besos hasta su centro húmedo y palpitante. Su fragante aroma lo incitó a beber ese placer, hundiéndose entre las piernas de Dafne para devorarla con lujuria, mientras sus gemidos eran testigos de lo mucho que la hacía gozar.

Ella era tan sensible que percibía cada lametazo entre sus pliegues, como un huracán flagelador que la llevaba a tallarse contra la lengua de su amante a placer, mientras una potente presión se

gestaba en su sexo clamando ser liberada. Movida por esa necesidad, incrementó el movimiento de sus caderas hasta que, en un sonoro gemido, un calor abrazante se expandió desde su sexo por todo su cuerpo proveyéndola del más exquisito éxtasis, mientras él bebía su esencia con deleite.

Piel con piel, ambos disfrutaban de esta entrega, pero no fue hasta que la humedad de su sexo lo envolvió por completo que experimentaron la intensidad de su unión. El calor del cuerpo de Dafne era adictivo para Clark, que se mecía entre sus piernas sintiendo cómo su dureza era aprisionada en su sedoso interior.

Cada embestida los acercaba más y más al paraíso entre gemidos, besos y mordidas excitantes que culminaron en un explosivo orgasmo doble, el mejor que Dafne había experimentado en su vida. Y así, en esa noche de diciembre, ajenos al mal que se avecinaba, se amaron hasta que sus cuerpos laxos quedaron entrelazados como un solo ser.

El día prometía ser uno de los mejores para los amantes y, aunque hubieran deseado permanecer juntos, sus obligaciones los separaron con la promesa de volver a verse en la tarde. El turno en la cafetería, pese a lo ajetreado con tantos clientes buscando bebidas calientes en invierno, se pasó tan rápido que Dafne no lo sintió pesado. Estaba tan feliz con su relación con Clark, que era ajena a lo que le esperaba al salir del trabajo.

Había llegado apresurada a su departamento, pues él no tardaría en llegar y quería recibirlo con una rica cena. Estaba poniendo la mesa cuando el interfono sonó, pensando que era su novio, no preguntó y le dio acceso al edificio diciéndole que estaba abierto su departamento.

Tarareaba alegre ultimando su labor cuando un silbido, entonando una melodía muy característica, le heló la sangre. Por unos segundos creyó que había sido un sucio juego de su mente, pero cuando este se repitió, sintió que sus piernas dejaron de obedecerle, quedándose plantada en un solo sitio, totalmente paralizada en medio de su comedor.

—Hola, Ana —dijo Pablo pronunciando en tono burlón su verdadero nombre al emerger entre las sombras, dándole alcance de inmediato.

—¡No, no, no!, esto no puede ser real —protestó Dafne negando su realidad, pero en cuanto sintió su repulsivo tacto al tomarla por las muñecas con fiereza, supo que no era producto de su imaginación. Pablo estaba frente a ella, irradiando ira por los ojos.

—¡¿Creíste que te desharías de mí, mi amor?! —cuestionó amenazante el demonio hecho hombre tomándola por el mentón—. Ni

tú y ni la puta de María son suficientes para acabar conmigo.

—¡Déjame en paz! —gritó la joven tratando de ocultar el miedo que la estaba invadiendo. No dejaría que él viera lo mucho que le afectaba su presencia.

—¿Para qué?, ¿para que te vayas a revolcar como una zorra con ese americano?

—¡¿Qué le hiciste, Pablo?! —espetó angustiada sin poder ocultar lo mucho que le importaba el aludido.

No sabía cómo, pero su exmarido estaba enterado de Clark y ahora no solo temía por ella, sino por él, por lo que estaba dispuesta a desaparecer de nuevo si era necesario con tal de salvarlo de la maldad de ese hombre. Por desgracia ya era muy tarde y más porque el narcotraficante se percató de su preocupación por el amante, lo cual lo enardeció aún más, para él ya era hombre muerto.

—¿Ay, te interesa? —se burló él—. No, chiquita, tú eres mía —aseveró para después pasar la lengua por su mejilla, marcándola de una forma tan asquerosa que le revolvió el estómago.

—¡Estás loco! —vociferó soltándose de su agarre e intentó escapar, pero él la alcanzó de los cabellos y la encañonó con su arma antes de poder salir del apartamento dejando la puerta abierta.

—La loca eres tú por olvidar que me perteneces —siseo en su oído adosándola a su cuerpo por la espalda—. ¡Estas tetas, este culo y este coño son míos! —demandó estrujando de forma posesiva cada una de las partes que numeraba, haciendo que Dafne temblara al sentirse ultrajada—. ¿Entendiste o quieres que te lo demuestre? —inquirió lascivo dispuesto a tomarla a la fuerza de ser necesario para hacerle recordar todas las noches que fue suya desde la tierna edad de dieciséis años.

Él había sido el primero y debería ser el único que disfrutara sus favores y lo haría cumplir fuera como fuera. Así que se despojó de su arma para iniciar la lujuriosa labor, pero una fuerza ajena a él lo alejó de su presa.

—¡Quítale tus malditas manos de encima! —vociferó Clark defendiendo a su chica de ese violador.

Ajeno al turbio pasado que unía a Dafne/Ana con ese hombre, era lo que había interpretado el expiloto.

—Vaya, vaya, pero si es el que se cree tan hombre como para querer cogerse a mi mujer —espetó Pablo con saña confundiendo a Clark, pero aun así lo enfrento abalanzándose sobre él.

Sin embargo, Pablo con agilidad alcanzó su arma y apuntó hacia su rival.

—¡No! —gritó Dafne interponiéndose entre ambos para proteger a Clark.

Sabía que si su exmarido se atrevía a disparar lo mataría, no así

con ella. La heriría de gravedad, pero no sería letal, lo conocía tan bien que podía asegurarlo y es que el enfermizo amor que él le prodigaba lo impulsaba a maltratarla, pero a la vez no podía vivir sin ella.

—¿Este es mi reemplazo, Ana? ¿Un niño tan cobarde y débil que debes defender?

—¿Ana? —increpó el rubio sin entender por qué la llamaban por ese nombre.

—Sí, musculitos, Ana Larios, mi esposa. ¿Entiendes? —respondió Pablo aventando a la joven para encañonar a Clark con su arma directo en la frente.

—¡Déjalo, Pablo! —gritó la mujer llorando y sintiéndose juzgada por la mirada de Clark, que acababa de descubrir parte de su sucio pasado—. Déjalo ir y te juró que regresaré a tu lado —aseveró sabiendo que era la única carta que tenía para salvar a su novio.

Prefería mil veces que él terminara pensando que lo engañó, a saberlo muerto. El dolor de dejar un corazón roto era mucho más llevadero que el de la muerte del hombre que poco a poco se había metido en su corazón. Pablo, complacido por la propuesta, la obligó a abandonar el apartamento aprisionándola con su mano libre sin dejar de apuntar a un Clark que se sentía engañado.

Después de lo sucedido, cualquiera dimitiría en un intento por acercarse a una mujer así, pero había algo en esos ojos almendrados que le decía que las cosas no eran cómo se le habían revelado. Así que, de inmediato, salió corriendo tras ellos, pero su rival ya la tenía montada en un deportivo que arrancó a alta velocidad por la enorme avenida.

Clark no se quedaría con los brazos cruzados, no cuando la mujer que amaba había sido arrebatada de su lado de esa forma tan abrupta por un tipo que podría dañarla. Así que tras dar un cristalazo al primer carro que vio aparcado, un I8BMW, lo encendió como un ladrón para salir a toda velocidad en pos de Dafne o Ana, como se llamara. Eso no le importaba en esos momentos, ni siquiera el hecho de que estaba rompiendo la promesa que le hizo a su madre al llevar al límite el automóvil.

El joven piloto, siguiendo sus instintos al volante, manejaba de forma magistral como en aquellos circuitos callejeros que en antaño recorrió, pero en esta carrera no iba por un podio, sino por su mujer. Y estaba dispuesto a todo con tal de alcanzarlos y arrebatarla de las manos de ese hombre.

—Novecientos once, ¿cuál es su emergencia? —contestó la operadora en su móvil.

—Un tipo armado ha raptado a mi novia —respondió Clark mientras corría a toda velocidad como nunca antes, sorteando los

obstáculos que la concurrida avenida le ponía en frente—. Va en un deportivo azul a toda velocidad por la quince —informó antes de colgar con la vista puesta en ese auto que parecía ser impulsado por el fuego del infierno.

El alboroto, la llamada al 911 y los autos que se veían dañados a su paso, llamaron la atención de las autoridades, quienes se sumaron a la persecución sin saber quién era el villano en esa historia. Y entre sirenas y un caos total, Clark Sanderson corría la mejor carrera de su vida, que estaba siendo televisada vía aérea por todos los noticieros. Pablo, sintiéndose amenazado, no tardó en abrir fuego mientras su acompañante sentía que la muerte les besaba los pasos en tan peligrosa persecución.

En medio de la angustia, Dafne tenía la certeza de que tal vez ese sería el último día de su vida en esa tierra. Le dolía dejar atrás esa nueva vida que comenzaba a sonreírle, el nunca haber podido aclarar las cosas con Clark y que su exesposo se saliera con la suya una vez más, pero aceptaba con valentía ese destino que se pintaba delante de ella. Pues tal vez esa era la única forma en que Pablo Mendieta saliera de su vida.

«¡Que se vaya, Dios!», rogaba con todo su ser, escuchando el ensordecedor disparo que Pablo dirigía hacia un auto que se les había emparejado, pero la velocidad le hizo fallar.

Gracias a Dios que a esas alturas de la persecución se encontraban en una zona de carretera rodeada de árboles, pues, de lo contrario, esa bala hubiera herido algún transeúnte. Al virar en dirección del conductor que perseguía a Pablo, vio a Clark que no se rendía, la determinación en su forma de conducir y en su mirada, eran evidencia de ello, dándole así un pequeño rayo de esperanza a Dafne.

En el narcotraficante se incrementó su deseo de acabar con él, por lo que decidió dispararle, pero ya no tenía balas, así que le aventó el auto para sacarlo del camino y provocar su muerte. Sin embargo, el ágil piloto se anticipó a su movimiento desacelerando de forma una magistral que no lo impactó, quedando así ahora en posición contraria al deportivo. Y, para asombro de todos los que atestiguaban la persecución, manejó de reversa con maestría sin perder el control del auto.

—¡Ríndete! —ordenaba el rubio.

—¡Primero muerto! —reviró Pablo mientras las torretas de los policías se hacían sonar en lo alto.

Para ellos estaba claro que, si no le ponían fin a esta persecución cuanto antes, las consecuencias podrían ser peores de lo que ya eran, por lo que ya tenían una forma de detener a ambos fugitivos más adelante. A un kilómetro se encontraban dispuestas unas cadenas con púas que romperían sus neumáticos haciéndolos perder el control, por

fortuna Clark, que tenía la capacidad de tener siempre la vista mucho más adelante en la pista, se percató de ello, sabiendo que esto sería fatal para su chica.

—¡Daff, tienes que brincar! —gritó para que ella lo escuchara y así fue.

La joven sabía que eso era muy riesgoso, pero más lo era el destino que le esperaba al lado de ese hombre, por lo que viendo la primera oportunidad en una pequeña curva brincó, dándose tremendos golpes hasta que fue detenida por unos arbustos quedando inconsciente. Para Clark fue doloroso verla así y apenas le dio tiempo de frenar antes de la trampa, mientras que Pablo, desconectado por la valentía de Ana, no miró lo que tenía de frente. Para cuando trató de frenar ya era muy tarde y la inercia volcó al auto que daba volteretas de forma estrepitosa, moviendo a su conductor en su interior como a un trapo en una secadora.

* * * *

En una habitación de hospital se escuchaba el repiqueteo de los instrumentos que medían los signos vitales de Ana Larios. Se encontraba internada desde hacía días por las fuertes contusiones que había recibido, sobre todo en la cabeza, lo que la había sumido en la inconsciencia sin saber cuándo despertaría. Eso era lo que los médicos informaron, pero no había señales de cambio en su estado hasta que un lunes por la mañana, mientras Amanda/María estaba a su lado, comenzó a moverse sintiendo que tenía el cuerpo molido.

—Calma, cariño, no hagas esfuerzos —dijo su amiga al verla inquieta antes de llamar al médico—. Ese desgraciado ahora sí que te dejó muy magullada —replicó condenando al culpable.

Con ese simple comentario trajo a la mente de Ana los hechos de los últimos días, alterando su pulso por el miedo de que Pablo regresase por ella.

—¡Tenemos que irnos, María!, si él…

—No nos hará nada porque ya está muerto, yo misma me percaté de eso y de que lo cremaran para que se vaya al infierno que pertenece —agregó mordaz la pelinegra dándole alivio a su amiga.

Ella nunca deseó la muerte de nadie, ni siquiera de él, pero era reconfortante saber que jamás volvería a su vida y mucho menos les haría daño. Todo sería perfecto de no ser por lo último que le hizo, ella estaba segura de que, aunque Clark se arriesgó a salvarla, lo había perdido.

«¿Quién querría estar con alguien que le ha mentido desde el principio?», pensó con dolor.

La joven era ajena a que él y su amiga, durante el tiempo que

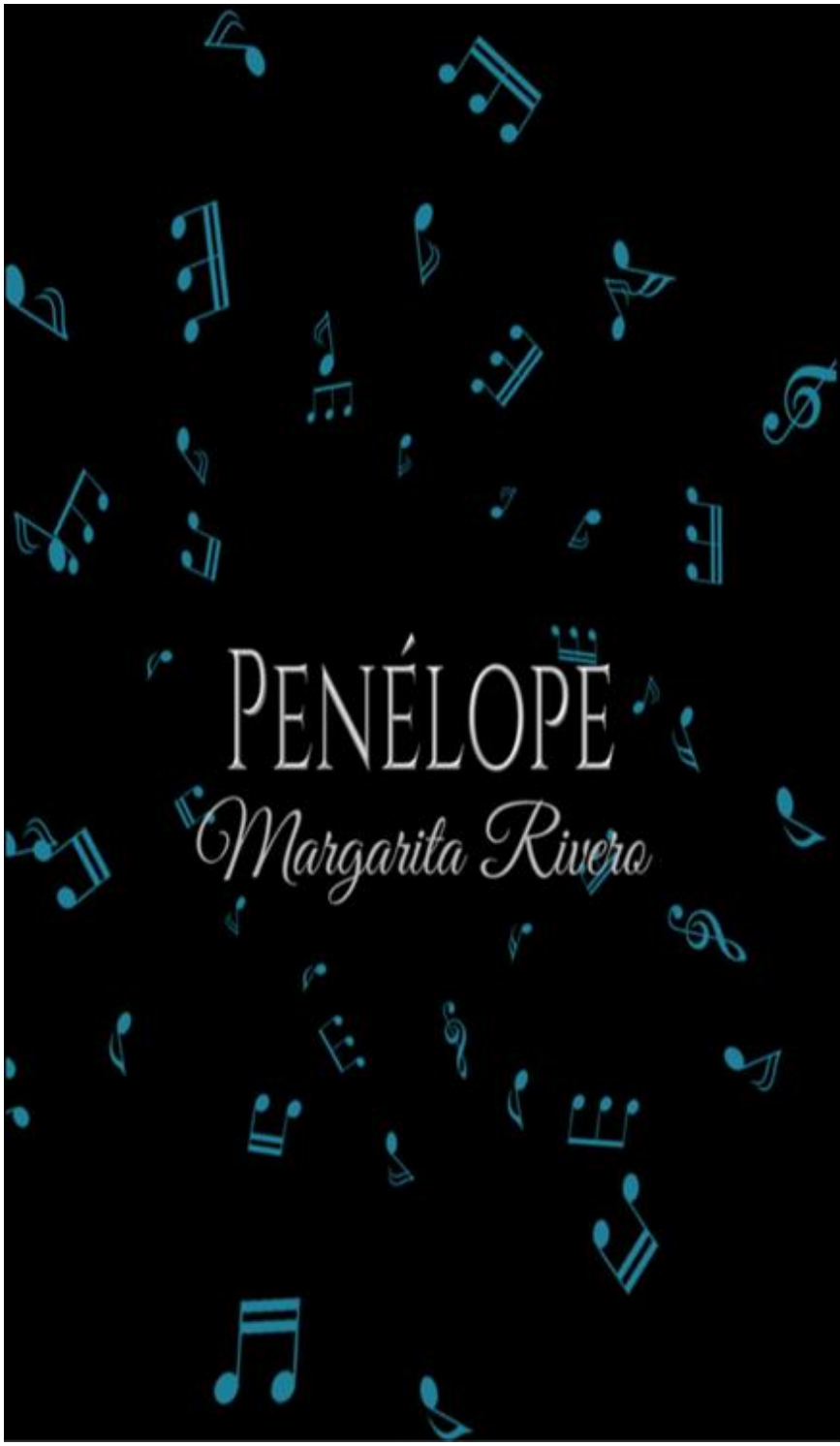
estuvo inconsciente, hacían guardia esperando que despertara, y que en ese tiempo María le confesó todo con respecto a su pasado. Aunque él sintió un poco de grima porque ella no se lo hubiera contado, comprendió lo mucho que implicaba hacerlo y más si eran testigos protegidos, por lo que con facilidad la perdonó. Y se lo hizo saber en cuanto cruzó por esa puerta.

Al verlo llegar con un ramo de rosas, Ana sintió que el corazón le repiqueteaba y aunque le dolía todo el cuerpo lo recibió con un abrazo que, entre lágrimas, se hizo intenso.

—No me importa quien hayas sido. Te amo, Ana, amo a la mujer que eres ahora —confesó Clark imprimiendo todo su sentir en esa frase haciendo estremecer a su novia que lo miraba alucinada por lo que le decía.

—Y yo amo al hombre que ha descubierto a esa mujer —dijo ella perdiéndose en el gris de sus ojos.

Ahora sí sentía que su vida estaba tomando el rumbo correcto y, agradecida con esta nueva oportunidad, se prometió a sí misma que no la iba a desaprovechar. Siempre al lado de ese hombre que demostró que daría todo por ella y más allá de lo que jamás pudiera esperar.


PENÉLOPE
Margarita Rivero

«Y se quedó
con su bolso de piel marrón
y sus zapatitos de tacón,
sentada en la estación…»
(Interprete: Diego Torres).

En un pequeño pueblo, donde el tiempo parece no pasar, una joven sueña con encontrar a su príncipe azul. Lo que no resulta fácil cuando la monotonía es el lugar común en el que vive y en el que transcurren sus días.

Se entretiene, sin más opciones, en las tareas que debe realizar en casa, atendiendo a los requerimientos que el hastío de la vida familiar impone.

Penélope es la menor de tres hermanas. Las dos mayores ya no viven en el pueblo, luego de haberse casado y haber formado sus propios hogares, se mudaron no muy distantes del hogar paterno, pero no tan cerca como para verlas a diario o poder compartir con ellas sus inquietudes.

Es una soñadora cuya fértil imaginación le permite alternar la rutina de su día a día, con idílicos encuentros que, algún día, la sacarán de la rutina de lo conocido para llevarla a recorrer el mundo que imagina.

Es así como, con alguna frecuencia, sentada en un banco de pino verde, cercano al andén del tren que cada domingo pasa por el pueblo, se distrae soñando con que, “algún día”, un apuesto y galante viajero bajará del tren para rescatarla del aburrimiento.

Y, queriendo estar preparada para ese momento, suele cada domingo vestir su mejor traje, calzando sus zapatos de tacón y sin olvidar su bolso de piel marrón. Sentía que ese atuendo no pasaría inadvertido para su galante caballero, cuando acertara a verla sentada

en el andén.

Así, domingo a domingo, Penélope espera ver llegar a su príncipe azul, que la sacará de su diaria rutina para llevarla a un lugar de ensueño en el que vivirán felices para siempre.

Una hermosa tarde de primavera, un caminante bajó del tren y enseguida llamó su atención. Era un hombre joven, bastante común, tanto en su aspecto físico como en su atuendo. Pero para ella, era el príncipe que estaba esperando.

El hombre notó que una hermosa joven lo miraba y se acercó para hacerle una simple pregunta. Ella lo vio venir, con paso seguro, mientras el viento alborotaba su corta cabellera castaña y sus manos se hundían en los bolsillos de su chaqueta, un bolso de regular tamaño colgaba de su hombro. Su atuendo no era demasiado formal, lo que acentuaba su aspecto juvenil.

—Disculpe, señorita, ¿podría indicarme dónde hay una posada?

La sencilla pregunta, formulada con naturalidad, fue para Penélope un disparador de emociones. La voz varonil se correspondía con la apariencia física de aquel extraño que, sonriente, esperaba una respuesta tan sencilla como su pregunta.

¡Ella no atinaba a responder, no estaba acostumbrada a hablar con extraños! Lo miró como si no entendiera la pregunta, lo que hizo sonreír al forastero, dejando ver una hermosa dentadura que lo hacía aún más atractivo. Logró sobreponerse y tímidamente le respondió indicándole la dirección de la única posada del pueblo.

El joven, luego de sonreír, le dio las gracias y se retiró cortésmente.

Penélope permaneció sentada en el banco por un largo rato, tratando de digerir lo que acababa de pasar. Un apuesto caballero había llegado al pueblo y se quedaría, al menos por esa noche. De inmediato comenzó a tejer en su mente una trama de ensueño, con hilos de colores y brillos deslumbrantes. Y esa noche, soñaría con ese extraño que había logrado impresionarla.

A la mañana siguiente, sin apenas haber podido dormir, Penélope decidió ir a la posada con la excusa de darle un recado a su amiga de la infancia: *Amanda.* Era la hija del posadero, quien se encargaba de atender los asuntos cotidianos del negocio. Así que calculó la hora habitual del desayuno para acercarse y tratar de ver al apuesto viajero que la había impresionado.

No era fácil impresionar a Penélope. Era una chica más bien reservada, dedicada a la familia, centrada en la rutina que se correspondía con la vida de un pueblo en el que nunca pasaba nada que alterara el ritmo de sus días.

Ella no conocía otra vida, a pesar de los intentos de sus hermanas, cada una por su lado, de sacarla de vez en cuando de su medio natural y llevarla, por algunos días, a conocer el ambiente de otras ciudades cercanas, sin mayores pretensiones, pero que ofrecían algunas alternativas distintas a las de su pueblo natal. Ella, siempre regresaba a la seguridad de lo conocido. Esperando que algún día, apareciera el amor en su vida, como había ocurrido con sus hermanas.

Al llegar a la posada, se topó de frente con el viajero, quien la saludó afablemente, aparentemente sorprendido por la casualidad de volver a verla tan pronto. Ella no atinaba a responder, solo lo miró confundida y pidiendo disculpas por el tropezón que la puso frente a frente con el galán. Entonces, él se presentó como Javier, agradeciendo la referencia que le hizo la pasada tarde sobre la posada, estaba a punto de ir al comedor a desayunar y le pidió que por favor lo acompañara a tomar un café.

Como negarse ante la abierta sonrisa y el gesto amable que la acompañaba. ¡Imposible!

Entretanto, su amiga Amanda que había estado observando la escena desde su sitio de trabajo, no pudo ocultar una sonrisa cómplice y un gesto de aprobación hacia su amiga que la miraba por encima del hombro de su reciente huésped.

Este encuentro casual dio inicio, por parte de Javier, a una cordial conversación motivada por su deseo de saber algo sobre el pueblo que no conocía. Le cuenta que es un agente viajero de una empresa dedicada al suministro de equipos destinados al sector agrícola y que deberá visitar a los productores de la zona ofreciendo sus servicios. Le confiesa que escogió este pueblo por su cercanía con diversas comunidades vecinas, lo que le resultaba particularmente conveniente para visitar a los posibles clientes, sin tener que cambiar de hospedaje.

Él habla con fluidez y ella escucha embelesada. Su voz, ligeramente grave, es como música para sus oídos. Atina a darle alguna información básica sobre el pueblo y sus cercanías, sin poder ocultar su curiosidad sobre la procedencia del viajero. La conversación se alarga, hasta que él se da cuenta de la hora que es y pide disculpas para retirarse. Debe comenzar su plan de visitas a los posibles clientes, en las granjas y empresas cercanas. No volverá para almorzar, pero espera estar a tiempo para la cena y la invita a que por favor lo acompañe, así podrá contarle de su primer día de trabajo en esta zona.

¡Como negarse, ante el encanto de su amplia sonrisa y la mirada franca!

Javier se retira y Penélope se queda conversando con su amiga Amanda, quien la abraza en un gesto de entusiasmo ante el encuentro que acaba de presenciar.

Para Penélope, el día se hace eterno. Trata de ocupar su tiempo en

las tareas diarias de siempre, pero su mente sigue estando en otro lugar, reviviendo mentalmente el encuentro de la mañana en la posada, compartiendo el desayuno con ese desconocido que no puede sacar de su cabeza. Seguramente el día será largo, tratando inútilmente de interesarse en cualquier cosa que ocupe sus pensamientos y aleje la imagen del hombre que acaba de conocer y que parece haberla impactado de manera sutil, pero definitiva.

El día se hace interminable para ella. Su padre nota que está distraída, ensimismada en algo que desconoce, pero que seguramente será pasajero. Mientras ella retoma su rutina diaria, él se dispone a ordenar su tarea del día. Siempre la misma.

Desde que su esposa murió, se hizo cargo del pequeño negocio de quincallería que juntos habían iniciado muchos años atrás y que, siendo el único en su ramo en este pueblo, se había mantenido con el suficiente movimiento para cubrir los gastos familiares, los cuales habían descendido con el casamiento de sus dos hijas mayores. Solo él y Penélope, constituían ahora su familia, lo que le permitía cubrir holgadamente sus necesidades y mantener al día la casa sencilla, pero confortable, en la que habían habitado por más de veinte años.

Llega la tarde y Penélope ya se ha preparado para ir a cenar con Javier. Su amiga Amanda le avisaría de su llegada, para no presentarse antes y parecer demasiado interesada en el encuentro. También pensando en hacerlo luego que él haya concluido su jornada y esté preparado para cenar. Ella llega y él la recibe con una amplia sonrisa. Le retira la silla para que se siente a la mesa y no puede evitar percibir el dulce aroma de su suave cabellera.

Y así se inicia, sin habérselo propuesto, una ritual diario, en el que cada tarde, Penélope y Javier se encuentran al final del día para compartir la cena. Y en ese encuentro, comentar las incidencias del día.

Javier deberá estar en el pueblo por tres semanas, a fin de poder cubrir satisfactoriamente el programa de visitas previsto. Por lo que, además de los días de trabajo, tendrá la oportunidad de compartir los fines de semana, en alguna actividad diferente a las visitas comerciales. Y en esas ocasiones, Penélope le sirve de guía en el conocimiento de algunos lugares cercanos que ofrezcan algún interés particular para los visitantes.

El pueblo se encuentra ubicado en un paraje particularmente agradable, rodeado de zonas arboladas, con un riachuelo cantarín que recorre uno de sus límites, mientras una hermosa colina cercana ofrece una maravillosa vista del pueblo y sus alrededores, ofreciendo además la oportunidad de contemplar la más hermosa puesta de sol imaginable.

A medida que van pasando los días, la relación entre Penélope y

Javier se hace más cercana. Ella no puede evitar el sentirse atraída por ese hombre que apareció en su vida de improviso, pero que siente que estaba destinado para ella. Él se siente cada vez más entusiasmado con ese encuentro cada tarde, con esa joven mujer que parece haberlo estado esperando desde siempre.

La mutua atracción encendió la chispa de un amor bonito que fue creciendo día a día. Y una tarde de domingo, a la luz del ocaso, sus cuerpos se fundieron en un apasionado abrazo, preludio de una entrega sin reservas que habría de consumarse en la fusión de dos cuerpos que fueron uno solo, a medida que el sol se ocultaba y daba paso a un cielo preñado de estrellas.

Las siguientes dos semanas, el encuentro vespertino era esperado con ansias por los dos amantes que sentían que su amor crecía cada día. Pero la estadía de Javier en el pueblo tocaba a su fin. Debía regresar a su sitio de trabajo en la ciudad para dar cuenta del resultado de su viaje y para continuar, en otra zona, las tareas propias de su cargo.

Penélope sufría solo de pensar en que todo acabaría, pero Javier le aseguraba que no tardaría en volver a buscarla y estar juntos para siempre. Le prometía que no la olvidaría, que sería el amor de su vida.

Y así llegó el día de la despedida, una tarde plomiza de abril, que sumió a la joven en una profunda tristeza.

A partir de ese día, no dejó de esperar la llegada del tren, con la esperanza que su amado volviera. Fue perdiendo el sentido de la realidad y solo vivía para esperar la llegada del tren. Miraba sin ver a los viajeros bajar, oyendo sus voces, sin reaccionar.

Entretanto, Javier hacía arreglos para resolver su situación laboral, en cuanto a compromisos previamente adquiridos, que lo obligaban a postergar la partida en busca de su amada.

Y así paso algún tiempo en el que Penélope se fue encerrando en sí misma y ya solo vivía para esperar la llegada del tren. Se sentaba en la estación, luciendo su vestido de domingo, con sus zapatos de tacón y su bolso de piel marrón, esperando a su amado.

Y en el pueblo recuerdan que una tarde, al fin, Javier volvió. La encontró sentada en su banco de pino verde y la llamó:

—¡Penélope, mi amante fiel, mírame, soy tu amor, regresé!

Pero ella lo miró, le sonrió, con los ojos llenitos de ayer, no era así su cara ni su piel. Y contestó:

—¡Tú no eres quien yo espero!

Y se quedó, con su bolso de piel marrón y sus zapatos de tacón, sentada en la estación.

FIN

SÓLAMENTE UNA VEZ
Elizabeth Mendoza

«Una vez nada más
se entrega el alma.
Con la dulce y total
renunciación…»
(Interprete: Luis Miguel).

La noche del once de diciembre de 1995, la carretera rumbo a la ciudad de México estaba completamente cubierta de neblina, impidiendo la visión de quienes circulaban, como les pasó a dos autobuses. Uno de ellos de peregrinos, que iban a la Basílica de Guadalupe y otro que se dirigía a la ciudad de Guanajuato. Hubo tanto muertos, como heridos.

Esther solo pudo hacerse un ovillo para cubrir su abultado vientre. El médico de la clínica donde se atendía le había recomendado que no hiciera el viaje. Le faltaban solo unas semanas para dar a luz, por lo que quería llegar a casa con sus padres. Necesitaba de su apoyo para cuando llegara el momento del parto.

Sin embargo, quedó gravemente herida y fue trasladada al centro de salud más cercano.

El hospital estaba hecho un caos, pues con la coalición, habían explotado otros carros que quedaron cerca al accidente, por lo que había algunos quemados, otros mutilados. Por su falta de aire, la enfermera que recibió la camilla solo alcanzó a escuchar el primer nombre de Esther: *María.*

El médico, que estaba a cargo del área de urgencias, tuvo que acudir a su amigo, el doctor Víctor Suárez, quién estaba atendiendo a uno de los heridos que solo necesitaba unos puntos de sutura.

—Víctor, necesito que vayas al cubículo veintiséis, hay una mujer embarazada que, con el accidente, se le adelantó el parto.

—Está bien, iré.

—Gracias, solo llamo a mi esposa y volveré a relevarte.

—No te preocupes, yo me hago cargo.

—¡Doctor, es urgente, la paciente ya está muy dilatada! —exclamó la enfermera de guardia con preocupación.

—Vaya diciéndome los generales de la paciente —solicitó el doctor.

—Paciente femenina de veintisiete años de edad, presentando contracciones con treinta y cinco semanas de gestación, refirió que le hicieron una ecografía y es niña.

—¡No da tiempo a llevarla a quirófano! —dijo sin intentar ver a la cara a la mujer que iba a atender.

—Señora, el doctor Víctor Suárez está aquí y le ayudará en el parto —informó la enfermera al ver que el doctor no se acercaba a presentarse—, estese tranquila, está en buenas manos —intentó tranquilizarla mientras le palmeaba el hombro.

Esther se quedó callada, al reconocer la voz del doctor que hablaba con la enfermera. Cuando escuchó el nombre de Víctor Suárez, lo supo y, temerosa de que la viera y se diera cuenta de quién era, dejó de quejarse.

Rogaba a Dios que él no se diera cuenta.

Víctor le hablaba desde el otro extremo, trataba de infundirle confianza, una mujer pasando por esto sola, no se lo merecía.

—Ya se le aplicó anestesia, le haré una episiotomía, que es una pequeña incisión…

—Sí, lo sé —interrumpió Esther—, mi médico me lo explicó todo.

Víctor se sorprendió, esa voz se le hacía conocida, pero no quiso indagar. Estaba muy cansado. Con el accidente, su hora de salida se había pospuesto y llevaba más de veinticuatro horas de guardia.

El momento del parto llegó, Víctor recibió a una niña que, sin él saberlo, también concibió. La niña tenía una pequeña marca cerca del hombro que parecía un corazón. Nunca había conocido a nadie más que la tuviera, solo la tenían su madre, quién había fallecido meses antes y él.

Parecía que no era tan especial esa marca como creía.

—Bien amigo, ya estoy aquí, déjame hacerme cargo, tengo que prepararme para cuando haga mi especialidad.

Víctor se despidió con un frío enhorabuena y salió del cubículo. Al llegar al salón de los médicos, se dejó caer en uno de los sillones, había sentido algo especial con el bebé y más después de ver esa marca igual a la de él.

De repente, se le vino a la memoria aquella muchacha que había sido vecina de él en Guanajuato, se habían hecho novios cuando se conocieron en la preparatoria.

Ella, recordó él, quería estudiar contabilidad, habían soñado con irse a la capital y así lo habían hecho, él comenzó a estudiar medicina, pero de un día a otro, ella terminó la relación. Nunca la olvidaría, en los meses siguientes se dedicó a su profesión, estaba por terminar el internado, y pensaba especializarse en neurología.

Dejaría de lado el amor, nunca lo supo por boca de Esther, pero su madre, en el lecho de muerte, le confesó cómo la había persuadido para que lo dejara. Estaba convencido de que Esther sería siempre la mujer de su vida, no buscaría a nadie más.

Esther, con su hija en el pecho, no dejaba de llorar, ¿cómo era posible?, Víctor había traído a su hija al mundo sin siquiera sospecharlo.

Se le vino el recuerdo de aquel triste día en que tuvo que renunciar a su amor:

«—Esther, hija, ¿vienes a ver a Víctor?

—Sí, Doña Ema, ¿podría llamarle?

—Víctor no ha llegado del hospital. Pasa un momento que quiero hablar contigo.

Esther, nerviosa, pasó a sentarse a la sala.

—Hija, lo que tengo que decirte es muy serio, mira sé que eres muy buena muchacha. Mi hijo te quiere mucho.

«Su hijo no me quiere, me ama», pensó Esther.

—Pero mi hijo en este momento no necesita una novia, tiene que dedicarse por completo a su carrera. Tiene futuro, es el mejor y ahora que se ha ganado esa beca para completar su carrera y hacer su especialidad, necesita, como decirte…, más libertad.

—Entiendo —Esther bajó la cabeza asintiendo con pesar.

¿Ahora que iba a hacer? No podía decirle a Doña Ema que esperaba un hijo de Víctor, la acusaría de querer atraparlo. Solo pensaba en eso cuando salía de hablar con Doña Ema, hasta que se encontró a Víctor que iba llegando.

—Mi amor, no sabía que venías. Mira, ¿me esperas un momento en lo que me doy un baño y luego te llevo a tu casa?

—No, Víctor, no es necesario, no tengo mucho tiempo. Solo venía a despedirme de ti.

—¿Despedirte? ¿Te vas? ¿A dónde? ¿Por cuánto tiempo?

—Lo siento, Víctor, no puedo decirte más —Se puso de puntillas para darle un suave beso en los labios y salió corriendo, dejándolo confundido».

* * * *

Tiempo después…

—¡Mamá, ya llegué! —gritó Natalie emocionada.

—Vamos, hija, estoy aquí en la cocina, no grites tan alto. ¿Cómo te fue? —Salió Esther de la cocina secándose las manos

—¡Mira, mira! —vociferaba enseñándole la mano izquierda y el dedo anular lo adornaba un hermoso anillo de un pequeño brillante.

—¡Por Dios! ¿Te lo ha dado Gabriel?

—¡Madre! ¿¡Quién más podría ser!? Ya te lo había contado, queríamos formalizar.

—Pues falta que venga a pedir tu mano, dime y ese día les prepararé una cena.

—Sí, yo creo que solo serían sus padres y su padrino. El hermano de Gabriel está en Estados Unidos y supongo que no le dé tiempo.

—¿Y cómo se llama el padrino de Gabriel? Nunca lo habías mencionado.

—Es el doctor Víctor Suárez. Es un encanto, las veces que hemos comido con él me trata de una manera tan especial, no sé, quizás si hubiera conocido a papá, me gustaría que fuera como él.

Esther sintió un mareo y Natalie se apresuró ayudarla a sentarse.

—Mamá, ¿te tomaste el medicamento?

—Sí, hija, sí. Solo que estoy tan emocionada por ti. ¡Mi niña se va a casar!

Mientras comían, Esther pensaba que tenía que decirle a su hija quién era su padre. El día que su enfermedad avanzara y la dejara sin memoria, no quería llevarse a la tumba el nombre del padre de Natalie.

—Mamá, volviste a dejar el detergente en el refrigerador —gritó Natalie desde la cocina.

Esther agachó la cabeza, ese era uno de los síntomas de su enfermedad, recién le habían diagnosticado principios de Alzheimer, pero el médico había sido muy optimista, estaban a tiempo de controlarla.

Siempre había sabido que ese momento llegaría, tenía que decirle la verdad sobre su padre. Desde adolescente, Natalie había decidido estudiar medicina, parecía que lo traía en los genes por su padre. Esther temía el día de ese encuentro y, sin saberlo, ya se había dado.

Natalie veía un poco de televisión en el salón. Ese día no tenía consultas y aprovechaba cualquier momento libre para estar al lado de su madre antes de que llegara aquel temido momento, cuando ya no se acordara de ella. No quería pensar en eso.

—Hija, ¿por qué no me preguntas nunca por tu padre?

Natalie puso en silencio el televisor y se giró para ver a su mamá que estaba sentada a su lado. La pregunta le sorprendió, ella no quería ahondar en el tema porque sentía que haría daño a su madre. Cuando era niña, casi entrando a la adolescencia, Esther le había dicho que su padre había sido el amor de su vida, que ella solamente había amado una vez.

—Supuse que no te gustaba hablar de él, no quería causarte un dolor, mamá. Pero sí me hubiera gustado conocerlo, saber quién era, por qué nunca me buscó.

—No, hija, no pienses mal de él, tu padre no supo que quedé embarazada y no, ni lo pienses, fuimos novios en la preparatoria, quería casarse conmigo, pero yo tuve que dejarlo. No quería ser un estorbo en su profesión.

—¿Qué profesión tenía? ¿Era médico?

—Es, hija, es médico. Y lo conoces.

—¡Vamos, mamá, dímelo! ¿Quién es?

—Es el doctor Víctor.

—¡Dios mío! ¡Por eso me lo cuentas, porque lo mencioné! —exclamó Natalie aun impresionada por la noticia.

—¡Sí, hija! —respondió inquieta, no quería que su hija la odiara —. Pero no me odies, no podría soportarlo, te lo oculté porque su madre me pidió que lo dejara, qué él se debía a su profesión. Ahora, cuando temo que llegue el día que no recuerde nada, quería decírtelo.

—¡Ay! Madre, ¿qué voy a hacer sin ti?

—Vas a tener a Gabriel, serán felices y me darán muchos nietos, aunque no reconozca a nadie, dentro de mi corazón sabré quienes son.

—¿Quieres que hable con papá? ¿Qué le diga quién soy?

—Me gustaría, antes que llegue ese día que no lo reconozca. ¿Sabes si se casó? Cuando naciste me fui a Guanajuato, allá tus abuelos me ayudaron a criarte, mientras yo trabajaba. No quise volver a la ciudad hasta que te empeñaste en venir a estudiar medicina.

—No, mamá, no se casó, por eso Gabriel es muy apegado a él, lo quiere como un segundo padre y el doctor trata a Gabriel como a un hijo. Pensé que su trato para conmigo se debía a mi relación con Gabriel, pero ya estoy pensando que es lo que dicen del llamado de la sangre.

—Tienes mucho de él, incluso el lunar en el hombro. Debo contarte algo más.

—Mamá, ¿Te sientes bien? No quiero que estas confesiones te alteren, con lo que sé me basta.

—No, calma, calma, estoy bien —aseguró risueña.

Al ver la preocupación de su hija le causaba ternura, siempre la trataba de forma muy especial.

—El día que naciste, tu padre fue el médico que me atendió.

—¿Cómo? ¿No te reconoció? —preguntó asombrada.

—Había tantos heridos, recuerda que te dije que tuve un accidente que aceleró el parto. Yo estaba cubierta, él no podía ver mi cara, pero yo si le reconocí la voz y la enfermera mencionó su nombre.

—¡Vaya, vaya!, pero si hasta parece una de esas telenovelas que ves. Hablaré con Gabriel primero, me aconsejará cómo acercarme a él, lo conoce bien y sabrá cómo le podemos dar la noticia.

Esa noche llegó Gabriel a visitar a Natalie. Después de cenar, Esther se retiró a su habitación dejando a la pareja sola en la sala de televisión.

—Gabriel, tengo algo que contarte. Estoy tan emocionada que no sé cómo decírtelo.

—¿Sigues emocionada por el anillo, o es que me tienes otra sorpresa y vamos a ser padres?

—No, no, cómo crees.

Se rió, ante la ocurrencia de Gabriel, habían planeado tener familia luego que se casaran.

—Se trata de mi papá.

Gabriel se giró por completo en el sillón para verla directamente a los ojos. Sabía que conocer a su padre era el mayor anhelo de Natalie.

—¿Ya sabes quién es? ¿Te has animado a preguntarle a tu

madre? Desde hace tiempo que te vengo diciendo que hablaras con ella sobre él.

—No fue necesario, de ella salió el tema, cuando le dije que tú, tus padres y tu padrino, vendrían a pedir mi mano.

—¿Eso que tiene que ver?

—Pues que me preguntó cómo se llamaba tu padrino y eso la animó a decirme el nombre de mi padre y hablarme de él. Mi padre se llama Víctor Suárez y es doctor. ¿Te suena? —Lo miró con una sonrisa ilusionada.

—¡No puede ser, pero qué coincidencia! ¡Tenemos que decirle a mi padrino!

—Me da un poco de miedo, Gabriel, y, ¿si me niega?

—Mi padrino no es así, además los dos son médicos, saben que pueden hacerse una prueba de ADN. Mañana lo invitaremos a comer y le contaremos la verdad.

Cuando llegó Gabriel a su casa, recibió la llamada de su padre, su padrino había sufrido un infarto y estaba en terapia intensiva. De inmediato llamó a Natalie para ir al hospital. Esther tuvo que quedarse en casa, con la noticia había tenido una recaída.

—¡No puede ser, Gabriel! —comentó Nathalie con tristeza—, cuando por fin iba a conocer a mi padre.

—Pero si ya lo conoces —Le dio un abrazo para consolarla.

—Lo he tratado como tu padrino y como director del hospital, pero hubiera deseado tratarlo como padre.

—Y lo harás, mi padrino es fuerte, saldrá adelante.

* * * *

La recuperación del doctor Víctor no fue tan rápida como se esperaba. Gabriel y Natalie acudían todos los días a la sala adjunta, pues en cuidados intensivos no había acceso, la única que pudo entrar fue ella, pues también era médico y la conocía el resto del personal.

Los episodios de Esther se fueron incrementando, por lo que la joven se vio obligada a contratar una enfermera para que la cuidase.

Luego de unos cuantos meses, ya se había establecido una rutina con su mamá, pero, siempre estaba a la espera de alguna noticia que pudiera trastocar nuevamente su vida. El teléfono sonaba con insistencia en el bolsillo de su bata. Al fijarse quién llamaba respondió de inmediato.

—Doctora Natalie —habló la enfermera.

Al escucharla se alarmó y tuvo el presentimiento de que algo había pasado con Esther.

—¿Qué pasó, María? ¿Le pasó algo a mi madre?

—Lo siento, doctora, fui un momento a la cocina y la señora Esther salió al balcón y se cayó, acaba de llegar la ambulancia, pero es urgente que nos diga a dónde la llevamos.

—Que la trasladen aquí al hospital, mientras tanto haré el trámite para su ingreso. ¿Te han dicho los paramédicos cuáles son sus condiciones?

—¡Está muy mal, doctora! ¡Lo siento, fue mi culpa!

—¡Cálmate, María! No ha sido tu culpa, debí ingresar a mi madre cuando me lo recomendaron, pero ella me pidió que no la internara.

Cuando entró Gabriel al consultorio de Natalie, la encontró con las manos cubriéndose el rostro y llorando.

—¿Qué te pasa, mi amor? ¿Le pasó algo a mi padrino?

—No, él está bien, lo trasladaron anoche a piso. Es mi mamá, en este momento la traen en una ambulancia, se cayó del balcón y está muy grave.

—¡Oh Dios mío! Cuánto lo siento —La abrazaba mientras la consolaba.

Natalie se hacía la fuerte, por su profesión se hacía la dura, quién no la conociera podría juzgarla de fría, pero al sentir el consuelo de Gabriel se desmoronó.

Por desgracia, Esther ya no volvió abrir los ojos, quedó en coma. Natalie se dividía entre cuidar a su madre y hacer visitas a su padre, aunque este no sabía quién era ella en realidad, disfrutaba de su compañía. Habían creado una rutina, en cuanto Natalie terminaba su turno en las consultas y después de pasar a ver a su madre, pasaba otra parte del tiempo con el doctor Víctor.

—¡Gracias, hija, haces muy feliz a este viejo con tu compañía! Pero estaría bien que te fueras con Gabriel a preparar tu boda, ¿no te parece? Ya quiero estar bien para que vayamos a pedir tu mano.

Natalie bajó la cabeza y derramó una lágrima, su madre ya no iba a volver a despertar, ya no se encontraría con el amor de su vida. Víctor vio que bajaba la cabeza.

—¿Qué te pasa, mi niña? ¿Has peleado con Gabriel? —preguntó mientras le levantaba tiernamente el mentón—. Ya hablaré yo con él, no te sientas mal, él te ama.

—No, doctor, no es eso, las cosas con Gabriel van muy bien. Es

mi madre, tuvo un accidente y está en coma, no hay esperanzas.

—Lo siento, hija, ya sabes que cuentas conmigo, en todo este tiempo, te he tomado cariño y tú sabes que fue antes de ser la novia de mi ahijado. Siempre he sentido una conexión muy especial contigo.

—Lo sé, doctor, porque siento lo mismo.

Hubiera querido decirle que era su hija, pero se contuvo, al día siguiente hablaría con el especialista para pedir su opinión.

Natalie deseaba que, ahora que el doctor Víctor estaba comenzando a caminar de nuevo, fuera a ver a su madre, sentía que ella lo estaba esperando para poder descansar. Era una mujer de ciencia, no debería creer en esas cosas, pero su madre había sido muy espiritual y se lo había inculcado.

Al día siguiente Natalie pidió cita con el especialista que atendía a su padre, tenía que preguntarle si podía decirle la verdadera relación que los unía.

—Doctora, me ha sorprendido que pidiera cita, sabe que no es necesario, usted fue una excelente alumna y me une una gran amistad a la familia de su prometido.

—Lo sé, maestro, lo que vengo a consultarle es sobre un paciente suyo.

Le contó toda su historia y el verdadero lazo que la unía al doctor Víctor.

—Es difícil la situación, sé que mi amigo siempre amó a su madre, los más cercanos sabemos el nombre de ella porque él siempre la mencionó. Ahora es una pena que esté en ese estado. Pero usted será un aliciente para la mejoría de Víctor, estoy seguro de que no recaerá. ¿Cuándo desea contárselo? Yo podría estar cerca para prevenir cualquier eventualidad.

—Yo deseo decírselo lo más pronto posible, me gustaría que fuera a ver a mi madre en cuanto se entere.

—¿Le parece esta tarde? Avise a Gabriel y a sus padres, seguro de que querrán apoyarla en estos momentos.

Natalie llamó a Gabriel, estaba muy emocionada.

—Hola, mi amor. ¿Cómo va el trabajo? —contestó él amoroso.

—Bien, hoy no tuve muchas consultas y pude pedir cita con el médico de papá.

—Me encanta cómo llamas a mi padrino, lo harás muy feliz.

—Me ha dicho que puedo decirle quién soy, me sugirió que fuera esta tarde. Él estará cerca, para cualquier cosa que se ofrezca.

—¿Y qué se podrá ofrecer? No te preocupes amor, a mi padrino

no le pasará nada. En una hora estoy ahí más o menos para acompañarte, ¡eso no me lo pierdo por nada!

—Gracias, amor. Si quieres puedes decirles a tus padres, el médico lo propuso, para que papá tuviera más apoyo.

—Se los diré, pero me parece que mejor estemos los tres, ya festejaremos con mis padres. Conoces a mi madre, hará un escándalo, querrá hacer fiesta y es un hospital.

Natalie se rio sin querer, sabía cómo era su futura suegra, no entendía como su esposo y su hijo eran tan serios y ella todo lo contrario.

Horas más tarde, ambos jóvenes tomados de la mano entraron a la habitación del doctor Víctor. Gabriel tiernamente le sonreía y le guiñó un ojo en señal de apoyo.

—Buenas tardes, padrino —Se acercaron al sillón reclinable donde estaba sentado Víctor.

—¡Hijos, han venido!, me alegro verlos juntos. Esta niña se ha comportado conmigo como una verdadera hija.

—Padrino, tenemos que contarte algo, pero aquí Natalie tiene miedo que te haga mal la noticia. Justo cuando se enteró tú sufriste el infarto.

—Ya me están preocupando, díganme pues, cuál es esa noticia.

—Yo, yooo…

Natalie no sabía cómo comenzar.

—A ver, hija. ¿Es tan grave lo que tienes que decirme? Te prometo que no me voy a alterar.

—Yo soy hija de Esther —Fue lo único que se le ocurrió decir.

Víctor la miró sorprendido, con los ojos muy abiertos y vidriosos por culpa de las incipientes lágrimas.

—¿Eres mi hija?

Al momento que Natalie le dijo quién era su madre, Víctor lo dedujo, no dudó ningún momento que Natalie no fuera su hija. Víctor levantó un poco los brazos para hacer que se acercara, ella se puso de rodillas y abrazó a su padre.

—No debe hacer esfuerzos, le hace mal por los puntos.

—Nadie me va a decir si quiero abrazar a mi hija —Le respondió a la misma Natalie.

—Hijo, ahora serás mi yerno, ¿no te parece grandioso?

—Sí, padrino. Me dio mucha alegría saber que mi futura esposa era también hija de usted.

—Cuéntame, hija. ¿Tu madre supo de mí? Se enteró de que yo soy el padrino de Gabriel.

—Sí, cuando le dije tu nombre me contó la verdad, estaba con principios de Alzheimer, no quería perder la memoria y que yo jamás me enterara. Su enfermedad se desencadenó más de lo que se esperaba cuando supo que te había dado un infarto. Una mañana la enfermera la dejó sola para ir a prepararle su desayuno y mi madre salió al balcón y se cayó.

—Quiero verla, ¿podrían pedir que traigan una silla de ruedas? No creo que me dejen ir caminando, pero tengo que ver a Esther.

Al llegar junto a Esther, se derrumbó en llanto, había perdido las esperanzas de volverla a ver, desde que su madre le había contado cómo la había persuadido para que lo dejara. Ahora, ese anhelo que tanto había deseado que sucediera, se le iba como agua entre las manos.

—Solamente una vez amé en la vida, Natalie y esa mujer es tu madre.

Natalie no podía contener las lágrimas, apoyada en Gabriel que la rodeaba por los hombros, se acercó a su padre para ponerle la mano en su hombro. Mientras Víctor tomaba la mano de Esther y le daba un suave beso en el dorso, como si fuera el momento que Esther estuviera esperando, dio su último aliento y expiró.

Fue el momento más duro que Víctor y Natalie compartieron, el cual los unió más como padre e hija.

Víctor no pidió ninguna prueba de paternidad, no era necesario para él, con la palabra de su amada Esther le bastaba, pero Natalie le insistió a su padre que la hicieran, simplemente para tener un papel que lo dijera.

—Hija, espero que no estés dudando de tu madre, no te lo permito —dijo Víctor en tono severo a Natalie.

—¡Claro que no, papá! Estoy segura, además tenemos la misma marca de nacimiento, el mismo Gabriel dice que tengo muchos rasgos tuyos que ni siquiera me había dado cuenta. Solo quiero demostrar que no hay ninguna duda. ¡Por favor!

—¡Está bien, está bien, la haremos! —exclamó resignado.

Los padres de Gabriel y el doctor Víctor llevaron a cenar a los novios para hacer formal el compromiso, había dicho la madre de Gabriel. Días antes les habían entregado el resultado de ADN.

—Hija, lo único que conseguiste fue despertar habladurías, ahora piensan que yo era el que la pidió.

—No es así, papá, ya lo he aclarado, sé quiénes son las del

cuento en el hospital y me he encargado de contarles, ellas procurarán esparcir la verdad, ya verás.

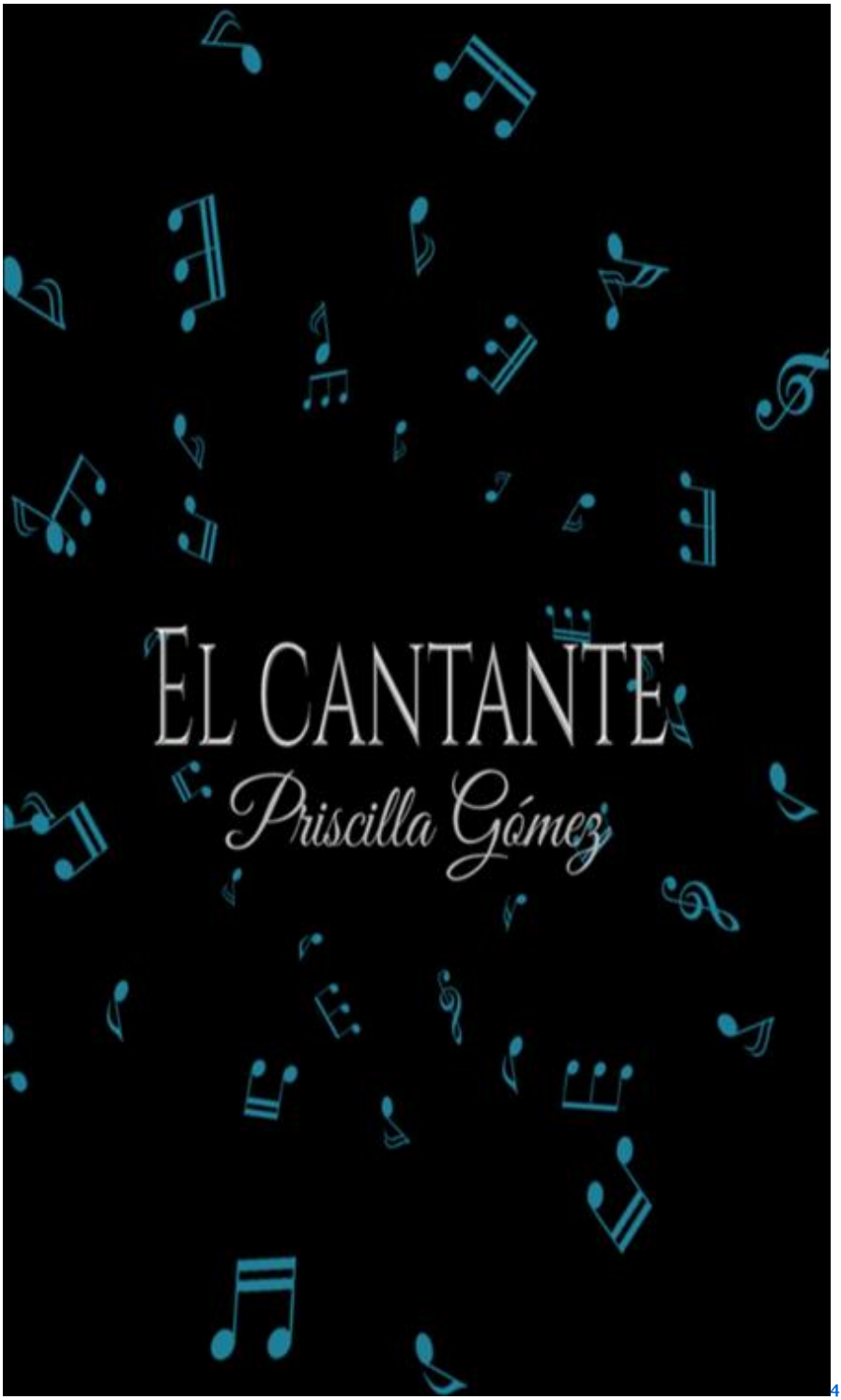
—Hija, eres el mejor regalo que me dejó tu madre. Ahora dame esa hoja, la mandaré enmarcar —refiriéndose a los resultados de la prueba.

Natalie soltó una carcajada, le encantaba cómo era su padre, conocer esa otra cara de la moneda. Era muy distinto a como era como jefe y como padrino de Gabriel. Con ella era muy especial, tal como se lo había imaginado desde niña.

La boda de Natalie y Gabriel fue sencilla, solo invitaron a los amigos más íntimos. No habían querido una gran boda, ambos novios eran de gustos sencillos y no les gustaba el barullo. Para gran disgusto de la madre de Gabriel, que quería tirar la casa por la ventana.

Víctor, emocionado, llevó del brazo a Natalie, ella a su vez lo miraba orgullosa. Pero no pudo contener una lágrima cuando recordó a su madre y la falta que le hacía. Llegaron junto a Gabriel y el orgulloso padre le cedió el brazo de su hija.

Él, en su interior, agradecía a Esther, solamente una vez amó en la vida y ese amor le dejó a su hija.


EL CANTANTE
Priscilla Gómez

«Vinieron a divertirse
y pagaron en la puerta.
No hay tiempo para tristezas,
vamos cantante, comienza…»
(Interprete: Hector Lavoe).

El cantante, el artista y hasta el barrendero, esta historia se vive en todo el mundo.

Freddy, un talentoso cantautor, está en la cima de su carrera, las letras de sus canciones son sumamente populares porque quien la escucha, siente que exactamente eso es lo que él está viviendo; y los arreglos musicales atemporales, gustan a personas de todas las generaciones.

En su última gira, logró llenar los más grandes auditorios de las principales capitales del mundo. Millones de personas compraron las entradas, y se prepararon desde meses antes para asistir a su concierto, que tal como Freddy prometió, fue un espectáculo sin precedentes. Lo mejor en cuanto a sonido, luces, pantallas, un grupo de baile asombroso… en fin, la experiencia para los fanáticos superó todas las expectativas.

Viviana, una chica de un pequeño pueblo, trabaja horas extras durante ocho meses para poder reunir el dinero y viajar a la ciudad para asistir a la presentación. Sencillamente no se puede perder esta oportunidad. Sus aspiraciones fueron altas, ella quería estar en el V.I.P, $300.00 es el costo de ese boleto. No obstante, tenía que reunir mucho más dinero para poder pagar el transporte, el hospedaje, su alimentación y por supuesto, lo más importante, su outfit para esa especial noche. Si por alguna casualidad del destino tenía la oportunidad de conocer a Freddy y tomarse una foto con él, no se podía permitir no verse espectacular.

Freddy y Viviana, ambos viven en entornos totalmente distintos; él con muchos lujos y privilegios producto de su éxito, hace poco cambió nuevamente su avión privado, fue todo un acontecimiento en las redes sociales. Por su lado, Viviana, una soñadora empedernida, sigue esperando todos los días el autobús del pueblo, que a veces llega quince minutos tarde y otras veces no llega.

Sin embargo, en este mundo, como dicen, la suerte es loca y a cualquiera le toca. El destino puede hacer que se crucen sus caminos…

A menos de un mes para el esperado concierto de Freddy en la "Ciudad del Sol", el más popular centro de convenciones y espectáculos de la región, la euforia está en el aire. Todos los programas de televisión, de radio, en redes sociales, en periódicos, en todas partes solo se habla del evento del siglo. Por supuesto, las promociones y actividades al respecto no pueden faltar.

Viviana ha participado en varios programas, guardando la esperanza de ganar algún premio y finalmente llega su oportunidad, un concurso solo para verdaderos fanáticos. De una larga lista de participantes, dos tendrán la oportunidad de compartir una cena con Freddy y su equipo una noche antes del concierto. Para participar tiene que realizar un poster sumamente original que muestre que es una verdadera fanática de Freddy, entre más grande mejor, tomarse una foto con él y enviarlo a las redes sociales de "Música Viva", una de las emisoras de radio que patrocina el magno evento, contando por qué ella merece ser la ganadora.

Viviana se pone manos a la obra, es una experta en técnicas de costura, un arte familiar que aprendió de su abuela y de su madre desde muy pequeña. Se propone realizar un tejido de cinco pies de alto con el rostro de Freddy, normalmente este trabajo le podría tomar un año, pero no hay tanto tiempo, es su gran oportunidad, puede matar dos pájaros de un tiro, conocer a Freddy y dar a conocer su gran talento artesanal.

Rápidamente, reúne a todas las mujeres de su familia que conocen el arte del tejido en crochet y organiza una estrategia en equipo digna de admirar. Se dividen el trabajo entre siete, cada una teje sin cesar por quince días seguidos, hasta que felizmente, en un tiempo récord, terminan con éxito el trabajo. Es un tejido de cinco pies de alto por tres pies de ancho con la foto de Freddy detallado como si fuera una fotografía de alta resolución. Tanta es la alegría, que se forma una fiesta en casa, las siete artesanas expertas en tejidos con sus familias, vecinos y personas allegadas y ya saben cómo son las fiestas de pueblo, eso terminó siendo un fiestón de tres días.

Y como en estos tiempos las noticias vuelan, el tejido de Freddy fue *trending topic* a nivel nacional, la fotografía de la obra de arte estaba en todas las pequeñas pantallas de los celulares de todo el país;

todos tenían algo que comentar al respecto. Las autoridades del ministerio de artesanías y cultura se interesaron en conocer a las artistas detrás del tejido, tocaron las puertas respetados periodistas interesados en cubrir la historia y, como era de esperarse, Viviana ganó el concurso.

Llena de emoción y siendo una figura semipública de la farándula del momento, empezó a preparar su viaje, ese con el que estaba soñando desde hace ocho meses. Cuando anunciaron que la gira de Freddy haría una parada en su país, se puso manos a la obra inmediatamente.

Por otro lado, Freddy, que ya había iniciado la gira de conciertos, no tenía idea de toda la algarabía que había sucedido con Viviana. Su horario de trabajo es muy exigente, espectáculo dos veces a la semana en diferentes ciudades, uno o dos días para trasladarse y el resto del tiempo debía ensayar con su equipo; los momentos de descanso o de ocio eran prácticamente nulos. Este es el precio a pagar por ser una estrella aclamada por las masas, muy poco tiempo y privacidad.

Hasta el momento, la gira, tal como se esperaba estaba siendo un éxito, las personas salían complacidas del espectáculo por el cual habían pagado un boleto nada económico. Algunos lo consideraban como “la inversión de su vida”, algo que mantendrían en su memoria por el resto de sus días, y que contarían a sus hijos e incluso a sus nietos, por ser motivo de orgullo.

Faltaban solo cinco días para la fecha que Viviana y el resto de sus compatriotas lo tenían marcado en el calendario. Ya estaba todo listo para su viaje a la ciudad, tenía que tomar un taxi de su casa hasta la pequeña terminal de transporte de su pueblo, de ahí, un autobús hasta la capital de su región. Un trayecto que tomaría dos horas, para luego tomar otro autobús hacia la ciudad, este trayecto de diez horas aproximadamente.

Y, una vez en la capital, la travesía se vuelve peligrosa, como toda zona cosmopolita, la delincuencia toma como presa fácil a los interioranos que están la mitad del tiempo admirando la gran ciudad y la otra mitad, intentando no perderse, con un mapa que parece no tener inicio ni fin. Será la primera vez que Viviana tome el metro, el nuevo y moderno sistema de transporte que atraviesa la ciudad de un lado a otro. Hasta que, finalmente, pueda llegar al hotel que sus ahorros le permitieron pagar.

Luego de esta travesía, finalmente llegó Viviana a la ciudad, a solo un día de conocer a su artista favorito, en la cena que ganó gracias a su original tejido crochet. Su familia no para de llamarla, de escribirle, de pedirle fotos de todo. Algunos preocupados por los peligros a los que pueda enfrentarse en la travesía y otros queriendo

saber de primera mano todos los por menores de su interacción con el gran cantante.

El avión privado de Freddy aterriza en el aeropuerto internacional, la prensa está por todos lados, no todos los días un personaje de ese nivel llega al país. La seguridad del aeropuerto y el equipo privado que maneja el artista idearon una estrategia para evadir a los paparazis y lograr llevar a Freddy a donde se hospedará*: una villa privada*. Esta se renta solo a personas de muy alto perfil, donde la privacidad y la seguridad son prioridad.

Todo sale según lo planeado, los medios de comunicación están sumamente molestos porque, según ellos, "no les permiten hace su trabajo" de informar a la población los últimos acontecimientos. Por otro lado, los estamentos de seguridad están rezando para que los tres días que va a estar Freddy en el país, se pasen lo más pronto posible. Han tenido que redoblar esfuerzos por mantener el orden en la ciudad, con el gran peso que conlleva una celebridad que mueve tantas pasiones.

Y el momento esperado llegó, un auto de la emisora que patrocina el evento pasa a recoger a Viviana a su hotel. Le tomó siete horas arreglarse, se cambió de peinado cuatro veces y de maquillaje dos, sentía que no estaba al nivel de la situación.

Media hora antes de lo previsto, espera en el lobby del hotel, sus piernas tiemblan, su voz cancanea y hasta su ojo derecho tiene un tic nervioso, un titileo que se acentúa cada vez que ve un auto ingresar al edificio.

Por su parte, Freddy no tiene nada de ánimos de asistir a la cita; luego de veintidós conciertos en dieciocho países diferentes, se pregunta por qué aceptó una gira tan larga.

«¿Tanto dinero para qué?, si no puedo tomar una sola decisión…», es su pensar cuando su manager lo apresura, diciendo: *No es mal visto que llegues unos minutos tarde, que te hagas esperar, pero no abuses, entre más rápido nos vamos, más rápido regresamos.*

Una lujosa limusina llega a recogerlos. Luego de pasar una hora en el estrepitoso tráfico, característico de la ciudad, llegan a donde tendrá el encuentro con un selecto grupo de personas: *miembros de la prensa, patrocinadores del concierto, autoridades y algunos otros dentro de los que se encuentra Viviana*. Con solo abrir la puerta de la limusina, empiezan a llover las luces de flash de las cámaras fotográficas, Freddy sabe manejar muy bien esta situación, sabe mostrar su mejor ángulo para que la sonrisa no se note fingida. Saluda, les da las gracias a todos y les regala unas frases de un discurso que palabras más, palabras menos repite en cada ciudad donde va.

Viviana intenta acercarse, pero se le hace imposible, su poca experiencia en este tipo de eventos hace que quede relegada entre

tantas periodistas y féminas del medio del espectáculo. Ella, algo triste y decepcionada, se retira del bullicio hacia un área menos concurrida, para su sorpresa, Freddy, que tampoco se encuentra a gusto, logra escapar de su estricto manager y de la multitud y se aparta para tomar un poco de aire. Justamente cerca de ella.

En ese momento, inesperadamente ocurre un apagón, así es, un fallo eléctrico general, que es más común de lo que debería acontecer en la ciudad. Para Freddy es como sacarse la lotería, justo lo que necesitaba. El personal del local intenta, sin éxito, encender los generadores de emergencia que utilizan para estos casos, sin embargo, no lo logran.

Viviana, asustada, intenta regresar donde están las demás personas y cuando empieza a caminar se tropieza y cae de rodillas, dándose un fuerte golpe. Justo a un par de metros de Freddy. Él la levanta, la toma en brazos y se la lleva en medio de la oscuridad hacia el exterior del recinto, para su buena suerte hoy es luna llena. La tenue luz de luna, permite que se vean los rostros.

Ella, aturdida aún por el golpe, teme que se haya hecho un esguince, pero el dolor lo mitiga lo desconcertante de la situación. Él, al fin, siente que tiene un momento para él, para respirar profundamente, sin pensar en más nada. A su mente llega la letra de una canción que siempre recuerda, es de uno de los más grandes artistas de la historia, pero de una época que ya pasó. Mira a Viviana a los ojos, sonríe y le dice cantando:

«Yo soy el cantante, que hoy han venido a escuchar, lo mejor del repertorio a ustedes voy a brindar. Y nadie pregunta si sufro, si lloro, si tengo una pena que hiere muy hondo. ¡Vinieron a divertirse y pagaron en la puerta, no hay tiempo para tristezas, vamos cantante, comienza!».

Viviana, desconcertada, no puede creer que en los ojos de Freddy se vea tanta tristeza, ambos comparten una misma lágrima. De pronto, escuchan un fuerte ruido; es el generador, al fin lograron encenderlo. El equipo de Freddy rápidamente se aproxima y lo saca del recinto para preservar su seguridad en caso de que queden nuevamente a oscuras.

Todos se retiran, la noche sigue, pero en la mente de ellos dos, sigue sonando esa triste canción.

SEÑOR DE LA NOCHE
Iván B. Silva

«Y tiene el corazón hecho pedazos,
su sentencia la firmo un abrazo
y el veneno de mis besos fue su fracaso.
Hoy camina moribunda, herida
en este callejón sin salida
sin rumbo toda perdida.
Deseando perder la vida…»
(Interprete: Don Omar).

Nilda deambulaba a tropiezos por la avenida principal, hasta llegar a la curia, al otro extremo del pueblecito. Tenía cortes en sus manos y antebrazos, laceraciones en la espalda baja; una herida profunda en la mejilla de donde le brotaba tanta sangre que se deslizaba hasta sus pezones desnudos. Los sollozos al caminar se podían escuchar a lo lejos, el rubor y el rímel se combinaba con sus lágrimas, nadie salió a ver que sucedía, sus pasos eran lentos. Tambaleó casi todo el camino hasta que cayó sobre la acera, las rodillas no aguantaron una herida más y desfalleció.

Un joven sacristán, que abandonaba la casa sacerdotal a medianoche después de la rutinaria reunión de martes con el párroco, la vio en uno de los escalones del edificio. Su mirada blanquecina estaba perdida en las luces de los faros que iluminaban la acera. El sacristán cubrió su desnudez con el abrigo que solía usar esas noches de neblina densa. Como pudo, sin pedir ayuda, la llevó hasta la sala principal. Después de poner al tanto al cura, un viejo de lentes, cabello blanco y escaso, el joven sacristán fue en busca del médico del pueblo. Este, unos minutos después, le examinó y determinó que había sido atacada con algo extremadamente filoso, dudaba que fuese un objeto punzo penetrante, pero no lo descartó. Las marcas de la espalda parecían garras de un oso.

El párroco no la reconoció, pero el joven sacristán, sí. No podía olvidar a la mujer de cabello corto, negro y lacio; de ojos café claros y curvas pronunciadas debajo de un vestido azul con el que, tan solo dos días atrás, la había visto en la eucaristía de las seis de la tarde, en una de las bancas finales, llevaba consigo el mismo medallón sobre su pecho.

Al amanecer, Nilda no había pronunciado palabra, no durmió; ni siquiera sus lágrimas dejaron de caer sobre la sábana blanca.

El sacristán cuidaba de ella, sentado al pie de la cama donde la llevaron luego de ser revisada por el médico. Curó sus heridas, le cambió las gasas a primera hora de la mañana. El doctor quedó en pasar antes del mediodía para valorarla.

—¡Quiero morir! — exclamó con voz moribunda.

—Dios te bendiga —espetó el jovencito que se levantó adormilado, al escuchar su balbuceo.

—¡Déjeme morir! ¡No quiero esto!

—No digas eso, te vamos a ayudar —respondió nervioso el sacristán mientras le tomaba la mano con cuidado. Esta vez sí escuchó muy claro la petición que le hacía la joven.

—Si no me dejas morir, él me matará. ¡Vendrá por mí!

—¿A quién te refieres? Aquí estás a salvo.

Ella intentó decir algo, pero él la soltó y fue en busca del sacerdote que estaba en una de las habitaciones próximas. Esperó que terminara el rosario para interrumpirlo e informarle que la muchacha estaba despierta, deliraba y le hacía una petición que lo puso nervioso.

El cura caminó con el sacristán al lado hasta la habitación, se inclinó levemente para bendecirla y colocó en su cabeza agua bendita. Por más que le insistieron para que relatara lo sucedido, ella se mantuvo callada, tenía miedo, podían verlo en sus ojos. Con la paciencia y la voz cálida del viejo, logró convencerla para que comiera algo, se acercaba el mediodía y debía reponer fuerzas, pero solo se limitó a pedir agua.

—Sé que tienes miedo, pero estás en la casa de Dios, aquí estarás segura y a salvo. Nadie te hará daño, puedes confiar en este viejo sacerdote. Te ayudaré.

—No, no puede ayudarme, él vendrá por mí y prefiero morir antes. ¡Por favor! ¡Ayúdeme a morir! —clamaba con desespero.

—Hija, no puedes pedirle eso a un hombre de Dios. Estamos para otras cosas, pero no para matar a nadie, la obra de Dios es amar, es la bondad, el perdón de los pecados y muchas cosas más. Y ayudarte a morir no es una de ellas —dijo el cura palabra a palabra—. Pero si puedo ayudar a recuperarte, a encontrar el amor de Dios y lo que él puede hacer en cada uno de nosotros.

La charla fue interrumpida por unos fuertes golpes a la puerta.

Eran unos oficiales de la estación. El sacristán los hizo pasar y los condujo hasta donde estaba el sacerdote. Estos, al ver la situación, hicieron algunas preguntas y los dos hombres le contaron al oficial sobre la información que tenían. Nilda se mantuvo en silencio. Ni siquiera habló con el doctor que pasó después de la hora que había prometido. Sugirió fuese trasladada a la ciudad para que recibiera el tratamiento que correspondía, pero solo hasta el viernes podía llegar la ambulancia, y aún quedaban dos días.

Aún en horas de la tarde, el sacerdote presidió la eucaristía solo, el sacristán se había quedado al cuidado de la joven, con el interés de saber qué le había sucedido la noche anterior. Suponía importante para él, para el cura y, sobre todo, para las autoridades, el esclarecer la situación.

Al finalizar la misa, el cura hizo mención de la situación con la joven, sabía que los rumores se expandieron por todo el pueblo mucho más rápido que el polvo que se levanta por las calles empedradas y polvorientas.

—Dicen que, en el baile de anoche, bailaba sola —señaló una señora entrada en años, cubierta con un velo blanco a mitad de la línea de las bancas—. Dio vueltas toda la noche, pero no se sabe más.

—Gracias, Martita. ¿Alguien más nos puede dar información sobre ella? —preguntó el cura con insistencia.

—Un hombre vestido de blanco intentó bailar con ella, no lo había visto antes —comentó Luciano, el carnicero, desde otro extremo del salón—. Era muy elegante —Terminó por decir antes de sentarse.

—Mi esposo me dijo, esta mañana a la hora del café, que salió sola del baile. No habló con nadie, no bailó y solo se tomó un par de tragos, pero que no vio nada fuera de lugar —indicó una mujer, que el cura, desde su posición, no logró identificar.

Teresa, que se ubicaba en la primera banca, solo comentó que no era del pueblo. No hubo otra palabra más, solo el agradecimiento por parte del cura y su despida de esa jornada temprana.

El sacristán llevó con algo de dificultad a una de las habitaciones a la joven. Logró que pudiera comer un poco de arroz y pollo. Ella se desbordaba en sed, no paraba de tomar agua.

Nilda tenía miedo, temblaba con cada ruido, se perdía sobre las imágenes al otro lado de la ventana. La luz se había rodado casi en su totalidad.

La noche cayó estrepitosamente, Nilda se había dormido entre temblores. Los dos hombres habían llegado varias veces a verla, pero no consiguieron que hablara más allá de los balbuceos y las peticiones de querer morir.

Un grito ensordecedor salió de la garganta de Nilda en medio de la noche, sintió fría la habitación mientras un escalofrío recorría su

cuerpo. Al abrir los ojos, vio al otro extremo de la ventana al señor de la noche anterior, con sus ojos grandes rojizos, la sonrisa ladeada y las manos entrelazadas. ¡Un aspecto bestial, tétrico!

Esta vez el sacristán entró solo a la habitación, encontró a Nilda encogida contra la pared de la cabecera de madera de la cama, con la mirada puesta en la ventana abierta. Al otro lado de la calle, un perro negro de tamaño mediano, sentado miraba hacia la ventana. Los temblores en sus extremidades preocuparon al hombre junto a ella.

Al preguntarle por lo que le pasaba, balbuceó, pero bajo la insistencia del hombre, relató que hacía minutos atrás, cayó en un sueño profundo, en el que vio lo sucedido la noche anterior. El sacristán se acercó a la cabecera de la cama, junto a ella, la tomó de la mano y asintió. Nilda suspiró profundo para continuar.

—Llevo un poco más de una semana en este pueblo, me hospedé en el hotel frente al parque. Dos días antes del baile comunal, en la recepción, me preguntaron si deseaba asistir y sí, con mucho gozo, acepté ir. Soy de la costa y siempre llevo en mi maleta un traje blanco con flores bordadas que representan la frescura de donde vengo, el vestido siempre me queda ajustado y acampanado.

—En el baile no logro conocer a nadie más que a la recepcionista del hostal que a lo lejos me saludó, correspondiendo de la misma manera el gesto. Bailé sola toda la noche, un par de copas tomé, no fueron más de tres, recuerdo. En algunos momentos, hombres de alta posición se acercaban a mí, pero no me apetecía estar con nadie, mi deseo solo se desbordaba con la sensación de liberarme en los rítmicos acordes de la noche. Lo disfruté cada instante que dancé por cada rincón del gran salón comunal. Creí que sería inolvidable para mí, pero no de la manera en la que sucedió y por la cual siento que debo mejor morir.

Hubo un corto silencio, el sacristán acarició la mano de la joven compadeciéndola, su rostro lucía desencajado y sus ojos brillaban con intensidad. Luego de un corto suspiro, la muchacha continuó su relato.

—El primero en acercarse fue el hijo del alcalde, era guapo y caballero, de ojos azules, mirada tranquila y manos suaves, pero con toda la pena no acepté su invitación para acompañarlo. Escuché los comentarios envueltos en los susurros de quienes bailaban a mi alrededor. El hombre robusto y velludo de la carnicería, me pidió ser su dama de compañía, pero por obvias razones, al igual que al anterior, lo rechacé. En el sueño volví a vivir cada cosa por las cuales he pasado desde que llegué.

Aun con su cuerpo lánguido y su mirada perdida, luego de una breve pausa, ella siguió contando lo sucedido.

—Recuerdo a un hombre de pantalón de lino, camisa azul oscuro, con las manos llena de joyas tan brillantes como el sol de

mediodía. Su mirada encima de mí era incómoda, intimidante. Al fondo escuché muy claro un piano, que según lo que habían anunciado antes, era William Omar, un cantante nativo quién le daba una melodía sublime y celestial, me sentí volar con cada nota. Al terminar la tonada, el hombre caminó hacia mí, despacio, nadie lo vio llegar a la pista:

«—Le pido antes que su rechazo se haga real frente a estas gratas personas, un momento, muy breve, no para cortejarla, aunque no merece menos su belleza —me dijo el hombre que se había quitado el sombrero al hablar.

—Gracias, muy acertado su halago —respondí amable, pero guardando las distancias.

—No es de mi interés causar molestia, más bien, saber a causa por la que se refugia en un pueblo tan lejano al suyo. ¿Qué le ha creado la fortuna de verse aquí, en un lugar tan pequeño como este y con un sinfín de personajes queriendo saciar sus deseos con usted?»

—Las palabras del desconocido hicieron eco en mi estómago, nadie sabía aquí de dónde venía, ni por qué. Mis padres habían muerto. Mi madre, en su lecho de muerte, maldijo a mi padre por haberle dado un matrimonio infeliz, pero este sonrió ante sus palabras, falleció poco después bajo la sonrisa de su esposo y único hombre: *mi padre.*

Nilda contaba el sueño al sacristán, quién escuchaba atento cada palabra, sin dejar de acariciar su mano y sin ver lo que sucedía a su alrededor, el movimiento del crucifijo de la pared encima de la cama, justo sobre la cabeza de la joven, los aullidos del perro que aún permanecía en frente.

—El aroma de ese hombre lo percibí conocido —continuó—, pero no recordaba de donde, siento que este sueño ha sido más real de todos los que pude tener en el pasado. Supe que había llamado su atención, él solo sonrió. Dejé la pista para caminar hacia la mesa donde pasaba la noche, pero cambié de dirección al ver al hombre que me abordó hace un momento sentado esperándome. Sin hacer ningún gesto de desagrado, decidí salir y regresar al hostal. Caminé tres calles, pero justo antes de llegar a la esquina lo vi de nuevo, era un callejón sin salida. Temí por mi vida, no era natural que alguien se apareciera así de la nada. Retrocedí varios pasos hasta sentir que choqué con algo, era él. No supe con qué me enfrentaba. Sus ojos eran fuego y hielo.

«—Todo tiene un precio. Tu padre, después de haber sido maldito por la moribunda, me buscó para saldar sus deudas físicas y otros beneficios para el resto de sus días, pero a cambio, me obsequiaba el vientre de su única hija cuando cumpliera los veintiún años. Después de su muerte salí en tu búsqueda, pero desapareciste por completo. Vine a este pueblo por

otros menesteres, pero los regalos que recibimos deben ser apreciados como el que me has dado al verte bailando sola. Tu aroma caminó sobre cada parte de mí, pero la piedra en tu collar me ha impedido tomar lo que me ha de corresponder por la palabra del hombre que hoy yace junto a la tumba de tu madre».

Pensé que ese impedimento sería suficiente para que no se acercara más a mí, pero no, no fue así.

La voz de Nilda se quebró, las palabras se cortaron una tras otra y el sacristán apretó más su mano hasta sentir que le subía la temperatura y las de él eran un invierno voraz.

—No logro distinguir entre lo real y la pesadilla de esta noche, pero sí tengo la certeza de haberlo vivido dos veces. Sentí cómo el hombre en ese callejón oscuro cambiaba sus manos invernales por unas garras filosas. Con una de ellas, intentó arrancarme el corazón, mientras reclamaba mi falta de pureza carnal, antes la dignidad de todas. En su vil ataque, me arrancó además un grito fuerte que nadie escuchó en mitad de la noche. El choque con el hombre que ahora se ha convertido en mitad hombre y mitad animal.

«—Soy el señor de la noche, tu vida vale tan poco en estos momentos que has de preferir perderla».

—Una de las garras del hombre rozó con la piedra azul turquesa que llevaba sobre el cuello, se puso brillante, mientras la uña de uno de sus dedos caía al suelo, seca. Situación que aproveché para huir sin rumbo fijo y encontrarme no sé cuánto tiempo después en una camilla de esta casa.

El sacristán observó que el collar lo había dejado encima de la mesita, justo al lado de la lámpara.

—No sé cuanto duró su ataque, solo sé que fue este collar que me salvó la vida, fue un regalo de mi padre antes de morir.

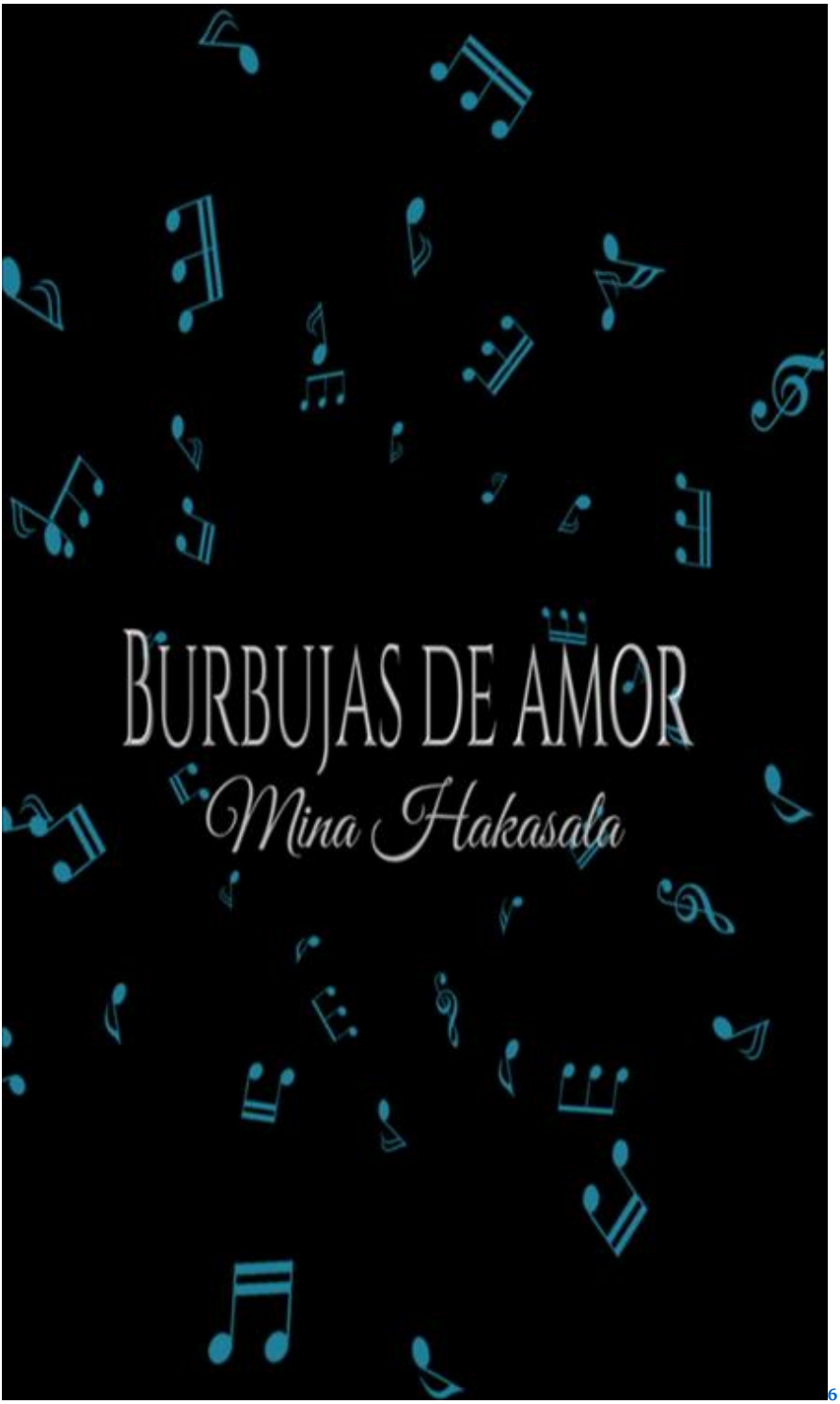
Nilda volteó a ver la piedra turquesa envuelta en una cadenilla plateada, mientras soltaba la mano del sacristán que se volvía áspera, negra y con nuevas garras. Al sentir el cambio, la joven vio que el aspecto del joven sacristán se transformaba en la bestia del callejón. Este la jaló hacia él, mientras clavaba un golpe certero e introducía las garras en los antebrazos de la joven que gritó fuerte, pero no obtuvo respuesta, no pasó nada, nadie llegó ayudarla. No sabía en ese momento que, el viejo cura y el sacristán, yacían muertos en la cocina de la casa cural, con unas heridas profundas por las zarpas de este señor nocturno.

Ella, sintió cómo cada garra le rompía la piel hasta lo más profundo. Intentó detener a la bestia. Sus ataques fueron mortíferos, entraban una y otra vez en ella, que se defendía mientras intentaba huir de la cama. Cuando logró levantarse, con la espalda contra la pared, sintió que el crucifijo la talló.

La bestia la atacó de nuevo y en un descuido, ella cayó fuera de la cama y, como pudo, arrancó el crucifico metálico. Sintió las garras sobre sus pulmones, en un desespero total, ella se volteó bruscamente con la intención de clavarle la punta de la efigie en el lado derecho del pecho, lejos de lo que para ella sería el corazón.

Un grito gutural salió de él, desde lo más profundo, se sobrecargó sobre sus rodillas frente a los ojos de Nilda y, aunque en ese momento empezó a ver borroso por las heridas causadas que no paraban de sangrar, pudo ver cómo la bestia se desvanecía frente a sus ojos hasta hacerse cenizas grises.

Nilda escuchó a lo lejos la sirena de una ambulancia, en su sopor pensaba que se acercaba a la iglesia lo más rápido posible, mientras, la cama salpicada de su propia sangre, el primer rayo de sol llegaba hasta la punta de sus pies y a un lado el crucifijo roto y manchado.


BURBUJAS DE AMOR
Mina Hakasala

«Tengo un corazón, mutilado de esperanza y de razón.
Tengo un corazón, que madruga adonde quiera.
Ay ay ay ay.
Y ese corazón, se desnuda de impaciencia ante tu voz.
Pobre corazón, que no atrapa su cordura…»
(Interprete: Juan Luis Guerra).

Una familia pasea por la playa encontrándose a un hombre que camina no muy lejos de ellos.

Es imposible no verlo cuando su descolorido y raído pantalón se confunde con su piel envejecida y bronceada por muchos años de lo mismo. Tenía los ojos claros y la mirada perdida, ¡se veía nervioso y desesperado!

Tan así que ha despertado la curiosidad del mayor de los hijos, un joven universitario y futuro investigador. Quien, tras observarlo con disimulo externa esa duda que pugna en su interior al verlo caminar muy rápido de un lado al otro.

—¿Quién será, mamá? ¿Qué le pasará a ese señor?

—No lo sigas viendo porque puede correr hacia ti y ser violento, ja, ja —responde su hermana adolescente.

—¡¡Hey!! Deja de burlarte, es un pobre hombre, probablemente está hambriento —reprende la madre a su hija.

Movido por esa misma curiosidad, el papá de los jóvenes le pregunta a un pescador que está arreglando su envejecida malla para pescar, quién es ese pobre hombre que camina, se para y mira hacia el horizonte, y con ansiedad posa sus ojos idos hacia la playa…

—¿Está chiflado? —interroga la joven omitiendo la reprimenda de su madre.

—¡¡No se preocupen!! —exclama pensativo el pescador—. Es

un pobre compañero que ha perdido el sentido, es un pobre hombre con el corazón partido.

Luego de un momento de silencio, el pescador continuó su relato:

—Ese hombre con la mirada perdida y que parece un viejo, es más joven que yo, debe tener tan solo cuarenta años —reveló el hombre algo cabizbajo.

—Era un excelente pescador hace aproximadamente veinte años, era un joven muy activo y excelente pescador. Trabajaba con su padre; su madre los esperaba a los dos al final de la mañana para ayudarlos a seleccionar los pescados e inmediatamente llevarlos al mercado y venderlos. Era una familia muy humilde, muy trabajadora y unida. El padre enseñó al hijo todos los detalles del oficio, incluyendo tejer su propia malla…

—¡Sí! —interrumpe el joven—, yo vi el proceso en un documental, el tipo de malla es atarraya, lo usan mucho los pescadores de Venezuela y México. Utilizan hilo de nylon, aguja, rederas y plomos, es un trabajo completamente artesanal y les lleva aproximadamente un mes y medio hacer el tejido, conectar los sectores y cerrarla con la cadena abajo y los colgantes con los plomos.

El pescador asintió ante la referencia del joven y siguió contándoles la historia del hombre:

—Ambos pescaban siempre cerca de la orilla; esta es una bahía con mucha abundancia de peces… —suspiró con un deje melancólico —. Un día de verano, unos amigos los invitaron a pescar en alta mar, el cielo estaba nublado y no había llovido. Sabían que debían aprovechar esa circunstancia porque pronosticaban lluvias por un largo tiempo y ese podía ser un día de mucha abundancia y buena pesca.

—Esa mañana cerca de la costa, desde la montaña se veía el cielo alumbrado por una hermosa luna llena, que se reflejaba en el mar, ¡la estela luminosa invitaba a seguirla, era como un camino encantado! —contó con la añoranza dibujada en sus viejos y cansados ojos—. Se adentraron a la mar y tal como lo pronosticaron en esa zona, el cielo estaba completamente nublado tuvieron una excelente faena y muchos peces grandes: *lenguado, merluza, ¡y un montón más!*

La emoción del recuerdo se sentía en esas palabras, tan así que la familia lograba imaginar a ambos pescadores en su faena.

—Pero de regreso, observaron que se estaba formando una tempestad —apuntó el pescador y la sombra amarga cubrió su mirada antes añorante—. El oleaje era muy violento y comenzó una tormenta eléctrica. Sabían que estaban en peligro, había que salir de allí lo antes posible, ambos tenían experiencia, pero la situación estaba difícil… —aseveró con la voz un poco quebrada.

—¡Una ola enorme venía hacia ellos y el padre trato de asegurar las amarras de la cava donde estaba su trabajo del día! ¡¡Papá!! Gritó el joven…

Un largo suspiro salió del pescador sin poder seguir con el relato. La familia espectadora de sus palabras, no sabían lo mucho que eso le afectaba, así que solo se puso de pie y terminó diciendo:

—De allí en adelante, su vida no fue la misma.

La familia ve alejarse al pescador cabizbajo quedando intrigados por la historia, pero sin saber cómo abordarlo para que la terminara…

* * * *

Alejado de los turistas, el anciano pescador trata de extender su malla de pescar y con mucho esfuerzo lo logra. Su boca hace una mueca como para sonreír, se siente satisfecho de que aún puede hacer ese trabajo.

¡Es lo único que sabe hacer y lo único que le permite llevar alimento y sustento para su envejecida esposa y su hijo enfermo!

Los recuerdos rondan la cabeza del pescador, persiguiendo la añoranza de la vida que alguna vez tuvo…

Siempre a su mente llega el recuerdo de la imagen de su único y amado hijo en el que tenía puesto todas sus esperanzas. Él era fuerte e inteligente, desde pequeño lo había enseñado a tejer su propia malla y a ser un excelente pescador *«¡hijo de gato caza ratón!»* le decía a su esposa.

«No hablábamos, solo trabajábamos, cuando la malla estaba en el agua, él sabía exactamente qué hacer y nos gritábamos: ¡¡hale por allá, recoge por ese lado!!», piensa el cansado hombre que no deja de rememorar lo sucedido tras el accidente en el bote.

Él tuvo una larga recuperación y gracias a la tenacidad y esfuerzo de su hijo logro mejorarse…

«Pero, ¿de qué me sirvió?», piensa el anciano, «*ahora mi querido hijo está más enfermo y más envejecido que yo».*

Recordaba que su hijo les decía: *«¡Cuando tenga ahorrado cierta cantidad de dinero vamos a comprar una pequeña casa para nosotros tres, se los prometo!».*

Con la mirada entristecida, se pregunta ¿cómo todo cambió? No deja de analizarlo y llega a su mente una imagen difícil de olvidar:

«*En esa misma playa, su hijo se percató de que una mujer corredora, que siempre tenía la mirada hacia el frente y a veces veía su reloj, volteó levemente hacia la bahía y ambos cruzaron la mirada.*

A partir de ese día no solo corría concentrada en su práctica, veía su reloj y ella volteaba a ver a su hijo y él comenzó a saludarla…

Primero, él solo giraba su cabeza y la saludaba con una tímida sonrisa. Al principio el pescador los ignoraba como siempre concentrado en su tarea, ya su hijo y él sabían qué hacer, ¡eran un equipo!

Una mañana muy fresca se sentía un poco mareado, le dijo a su hijo: ¡vete solo y yo voy más tarde cuando me sienta mejor! Pero no pudo levantarse de la cama.

—Pa, algo pasó —comentó el hijo cuando llegó en la tarde—, ¡solo pude pescar algunos chillos! Mañana será mejor.

Y sin más, se encerró en su cuarto y a partir de ese momento su vida como familia cambió completamente. Todos los días se levantaba más temprano de lo usual y no lo esperaba.

Un día, el padre llegó un poco tarde y la vio, era la mujer que siempre trotaba en la playa. Estaba nadando dentro de la malla y su hijo se reía y la seguía como desquiciado».

«¡¡Esa mujer tiró su malla y mi hijo se veía encantado por su belleza, convirtiéndose en el pescador pescado!!», piensa el hombre con tristeza pues sabe que ese hecho convirtió en un despojo a su pobre hijo.

* * * *

20 años atrás.
Él hombre de la playa.

Cada mañana, muy temprano, ella me acompaña con la melodía de su presencia. El viento me trae el aroma de su cuerpo fresco y ya mojado por la faena de su ejercitar matutino. Corre y su hermosura se mueve como gaviota en vuelo sobre la ola que besa la playa.

«¡Ya no me importan las mil y una vidas atrapadas en mi malla, solo quisiera atraparla a ella!», es mi agónico pensar.

A veces, me ve y luego me ignora. Me levanto antes del amanecer y ya no es para pescar, solo quiero que ella sea mi pescadora.

Es ella la que está en mis pensamientos, se mezcla con este rito matutino que es parte de mi vida…

¡Pero ya no es lo que necesito para vivir!

¡Ahora mi vida es solo agonía, solo la amargura opaca todo mi existir!

¡En cada amanecer mi vida vuelve a renacer, me lleno de entusiasmo! Y tengo otro día para seguirla y llenarme de su fantasía. ¡He perdido la cordura!

Quisiera lograr, aunque sea, que sus ojos se encontraran con los míos.

¡Hoy mi corazón se desborda de alegría, ella me ha mirado! Se ha desnudado y nadado dentro de mi malla…

¡Ya mi vida no me pertenece, solo es de ella y mis peces!

¡Su cuerpo se confunde con el turquesa, el aguamarina del mar y el perlado que refleja su piel por los rayos de luz y el movimiento desordenado de los mil y un peces en mi malla! ¡Oh! ¡Dios, qué belleza!

Mi corazón va a explotar de emoción y mi mente, cuerpo, espíritu y todos mis sentidos unidos en la sola contemplación de tanta hermosura.

¡Yo, un pescador solitario, enamorado de esa sirena que ahora todos los días, después de su faena, se tira al agua y se une a mis peces! Ahora me ve, se insinúa y me invita a nadar con ella.

¡Solo pienso que quisiera ser un pez, acariciar su cuerpo y nadar en la inmensidad del océano, en ella y con ella!

Reflexiono y recuerdo mi vida antes del milagro de su presencia, siento que han pasado más de mil años, eso es lo que mi ser siente.

Ya no hay cuerpo con hambre ni frío, solo ella, ¡verla, satisface mi mente, mi cuerpo y mi espíritu! Desde que la conocí, ya no soy pescador, me convertí en uno de esos peces atrapado en su deliciosa red.

¡Ahora solo quiero ser un pez y nadar con ella y hacer burbujas de amor por donde quiera, pasar la noche mojado en ella!

Mi corazón está mutilado de esperanza y de razón. Escucha su voz y se impacienta suponiendo que ella se va y tiene que esperar que se consuma lo que resta de día y vuelva otro amanecer con la esperanza de volverla a ver. Nunca pensé que esta espera sería eterna, no hasta que dejó de venir a mi red, ahí supe que mi sirena no volvería.

Ahora tengo miles de mañanas, tardes y noches. Días que no la veo y así me siento completamente perdido. Me sumo en la inmensidad de mis recuerdos, ya no voy a pescar, solo me desespero, tiro la malla, mis peces están allí, pero la más preciosa sirena está ausente.

«¡Mis días están vacíos! ¡¡No hay nada que los llene, solo lo que queda de ella en mi todavía ilusionado corazón!!», pienso adolorido hasta el alma.

Tengo un corazón, mutilado de esperanza y de razón, que se desnuda impaciente ante su voz. Sé que he perdido la cordura. Pero solo quiero pasar la noche entera, mojado en ella y hacer burbujas de amor por donde quiera…

* * * *

En el presente.

El joven de la familia miraba al pobre pescador tirando su vieja malla con la vista impaciente. ¡La recogía y nerviosamente la tiraba nuevamente! Todos ellos aun ajenos a lo sucedido y el pesar de ambos hombres.

De repente, leyó algo en su teléfono celular y le dijo a su papá:

—Aprovecharé que estoy en el área de investigación policial y haré mi tesis de grado escribiendo acerca de ese pescador y lo que le ha pasado en su vida.

Y así lo hizo al regreso de esas vacaciones, el joven comenzó visitando a la familia del pescador. Allí se enteró de la historia completa, por lo que decidió utilizar las redes sociales para buscar a la misteriosa mujer.

«Si lo logro, voy a demostrar que el internet y las herramientas de búsqueda en las redes sociales son muy efectivas para resolver casos policíacos», pensaba emocionado.

En su intensa búsqueda tratando de identificar a la mujer que le había quitado la cordura al pescador, usó varias *apps´s* y puso en movimiento a todos sus amigos. Luego de varias semanas de investigación, localizaron a la posible sirena que encantó al pescador.

El joven se presentó como oficial investigador y le narró lo sucedido con el pobre hombre. Ella, se sintió un poco avergonzada, se había casado en otro estado. Sin embargo, su matrimonio había fallado y no tuvo hijos.

Le contó al joven investigador que, cuando conoció al pescador, ella estaba comprometida, por eso nunca más regreso a la playa, pero después se dio cuenta de que también lo amaba.

—¡Ya no se puede hacer nada! —comentó la mujer finalmente con un sentido suspiro.

—Yo creo que sí podemos hacer algo. Si usted realmente desea ayudar a ese hombre, claro —replicó el joven investigador.

—¡Bueno, no tengo nada que perder y a lo mejor hago algo para resarcir ese daño ocasionado a esa familia y a mí misma! —respondió con ilusión en su voz y esperanza en su mirada.

Organizaron el encuentro; y en poco tiempo ella se fue a esa playa que no abandonaba sus memorias. Llegó un viernes por la tarde vestida con un traje de baño parecido al que usaba cuando lo conoció y comenzó a correr hacia él…

El pescador la miro y sacudió la cabeza, ella se metió al agua donde él había tirado la vieja y rota malla…

Enseguida se tiró al agua y los dos comenzaron a nadar como peces atrapados en una pecera, él la seguía y hacían burbujas de amor por donde quiera.

Al fin ella salió del agua, él tambaleando la seguía, la llama:

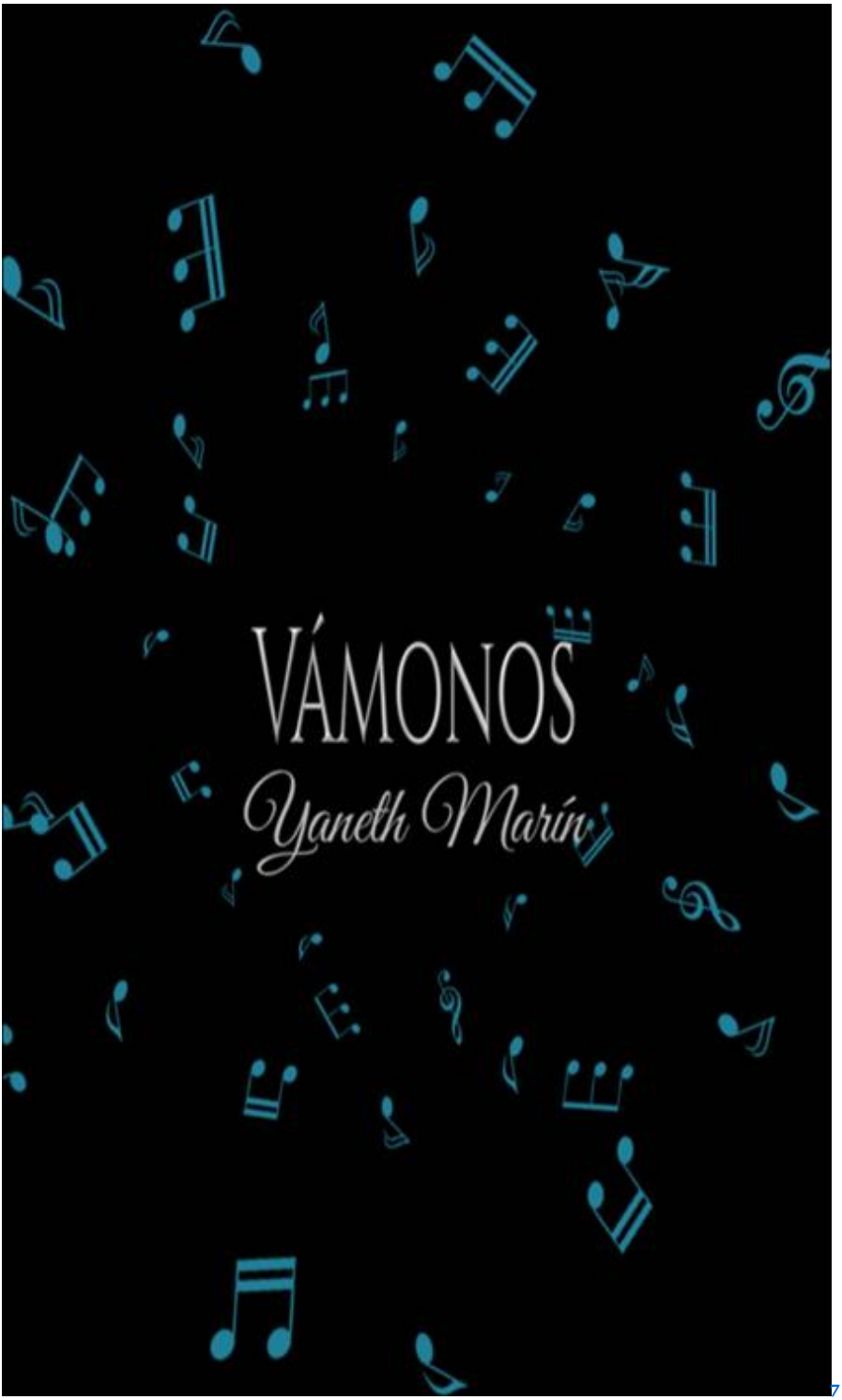
—¡¡¡Mi sirena perdida!!!

Ella lo abraza y por fin lo besa, no le importa que está quemado por el sol de tantos años y está tan delgado.

El joven investigador escucha cuando le dice:

—¡Mi amado pescador, voy a cuidar de ti!

La satisfacción que reflejaba en la cara del joven, solo era comparable con la mirada de amor del pescador. Finalmente, concluyó su tesis, obteniendo honores por el éxito de la investigación.


VÁMONOS
Yaneth Marín

«Si no somos iguales, qué nos importa
Nuestra historia de amores tendrá que seguir
Y como alguien me dijo que la vida es muy corta
Esta vez para siempre yo he venido por ti...»
(Interprete: José Alfredo Juménez).

Recuerdo que cuando la conocí era una hermosa tarde de hace diez años. Me encontraba en la panadería de la plaza catedral comprando unos cuantos panes con las pocas monedas que conseguí durante el día. Sería todo lo que cenaríamos mi madre, mi pequeña hermana Sofía y yo. Cuando la vi entrar, era como ver a un ángel caído del cielo, fue amor a primera vista. Ella tenía un hermoso vestido color crema, un sombrero a juego y zapatos que le combinaban, pero nada de eso eclipsaba la belleza de su rostro tan tierno y angelical.

Estaba acompañada por una señora muy estirada, con ropa muy fina que, a simple vista, era de diseñador. Mientras las observaba, aquella señora me miró por encima del hombro con desagrado. Incómodo por su desdén, tomé el paquete y me retiré; ya mi madre me esperaba afuera y durante todo el camino no podía dejar de pensar en aquella niña, ni siquiera prestaba atención a la charla de mamá.

«¿Quién sería? ¿Cómo es que nunca antes la había visto?», eran las preguntas que cruzaban mi mente.

Al llegar a casa, nos lavamos las manos y tras dar las gracias en el comedor, como era costumbre, todos degustamos la humilde cena. No podía darles más con lo poco que pude conseguir, con solo quince años ya era el hombre de la familia. Por eso dejé mis estudios hace unos dos años para ayudar a mi madre a tener el sustento y pagar por los estudios de mi hermanita, justo cuando mi padre falleció.

Fue tan terrible ese evento que hizo que la vida nos cambiara de la noche a la mañana. Aún no puedo creer cómo pasó todo tan rápido.

Un día mi padre sintió un fuerte dolor en el estómago y fue con el médico local quién, tras algunos exámenes, le diagnosticó cáncer terminal.

Después de meses en cama partió dejando a mi madre devastada, preocupada y angustiada, no solo por la pérdida de su amado, sino también pensando qué sería de nosotros sin aquel que era el sustento de la familia. Yo, por un lado, sentí un poco de alivio, ya no soportaba ver a mi padre postrado en una cama sufriendo de tanto dolor. Ya ni siquiera los medicamentos le hacían efecto para calmarlo.

Con el pasar de los días, mi madre se dedicaba a la costura para nosotros y para algunas personas del pueblo que le llevaban remiendos y algunas confecciones. Con eso y con los trabajitos que yo pudiera conseguir: *cargar las bolsas de mandado, limpiar el patio de algunos vecinos, vender periódicos…*, vivíamos día a día.

Una semana después de haber visto aquella hermosa niña, me encontraba junto a mi amigo Miguel limpiando el patio de una de las casas más grandes del pueblo. Una nueva familia se había mudado hacía poco y estaban remodelando toda la propiedad. Mientras rastrillábamos, escuchaba música con los audífonos conectados al *walkman* que llevaba en el bolsillo de mi overol y de repente, salieron dos niñas de la casa. Ambas se sentaron en una de las bancas que se encontraban de otro lado del patio, donde ya habíamos terminado de limpiar y no pude evitar observarlas, aunque por la distancia no las distinguí bien.

Cuando terminamos por completo el trabajo, Miguel entró a la casa por la puerta de la servidumbre para retirar el pago de nuestros servicios. Movido por la curiosidad, me acerqué a donde estaban aquellas niñas, tenía el presentimiento de que una de ellas podía ser mi ángel y tenía razón.

—Buenas tardes, mi nombre es Juan Diego Santana, para servirles —me presenté y con solo oírme sus mejillas se sonrojaron.

—Mucho gusto, joven, mi nombre es Alba María Miller, la hija menor de la familia.

—Y yo soy Dulce María Miller, la hermana mayor —interrumpió la señorita que estaba a su lado como dándose su lugar.

—Mucho gusto —contesté con cortesía hacia ambas cuando de pronto llegó Miguel con algo de prisa.

—¡Listo, ya vámonos! —exclamó halándome del brazo sin darme tiempo de despedirme.

Así que cuando salimos de la propiedad le pregunté:

—¿Qué pasa, Miguel?, ¿por qué me has halado tan apresuradamente?

—¿Es que acaso no sabes quiénes son esas niñas? —inquirió—.

Son las hijas de la señora Miller, la dueña de la propiedad. Si te ve hablando con sus hijas se va a enojar mucho y no nos van a dar más trabajo en su casa.

—Pero, ¿por qué? —pregunté ignorante de todo—. ¿Qué tiene de malo hablarles?

—¡Escucha, Juan Diego! —recalcó molesto Miguel por mi insistencia—. Se dice que la señora Miller enviudó hace poco, heredando una gran cantidad de su difunto esposo, compró la propiedad y se mudó aquí con sus dos hijas.

Aun con su explicación no entendía, o no quería aceptar, en qué me impedía eso hablarles.

—Es una dama de sociedad que no le gusta codearse con gente como nosotros y mucho menos ver a sus preciadas hijas conversando contigo.

* * * *

Pasaron unas semanas y no volví a verla, aunque visitaba con frecuencia aquella panadería con la intención de encontrarla. No había tenido éxito y aun así no quería dejar de hacerlo, hasta que un día mi madre no pudo ir por Sofía al colegio, debido al atraso en la entrega de unos vestidos al coro de damas de la iglesia. Por lo tanto, me encomendó la tarea de ir por ella.

Entre tanto que esperaba, miré hacia la otra salida del colegio. Sí; el colegio lo dividieron en dos secciones, donde estudiaba mi hermana, era la sección de los que no teníamos muchos recursos y la otra era la de las personas con más dinero. Es decir, de una clase más elevada, según ellos, para mí era una tontería, la verdad es que nunca había estado de acuerdo con eso, ni tampoco lo entendía.

—¡Pff!, dividir el colegio en dos partes. ¿Quién habría sido el de la idea? —murmuré en voz baja—, blancos o negros, con dinero o sin dinero. ¡Todos somos humanos al fin! —repliqué viendo a los alumnos que salían sin pensar que eso haría que mi corazón se sobresaltara.

Allí, en la otra sección, estaba Alba María junto a su hermana, la esperaba una camioneta, de esas que se veía que costaban mucho. Pero eso no era lo que me tenía con los ojos en su dirección, simplemente no podía evitar ver a mi ángel.

—¡Auch! —me quejé al sentir un golpe detrás de la cabeza.

—¿Hermano, qué tanto miras a esa niña? —cuestionó Sofía.

Estaba tan distraído, que ni siquiera me percaté que ella ya estaba a mi lado.

—No es nada —le contesté—. Vámonos ya.

En el camino, Sofía insistía en hacerme preguntas que ignoré hasta que hizo la que menos esperaba.

—¿Es tu novia? —preguntó con curiosidad y me negué a contestar, aunque sus conjeturas eran equivocadas, algo tenían de verdad. Esa niña me gustaba y no quería que mi hermana se diera cuenta—. ¡Te gusta! —afirmó al descubrir en mi rostro lo evidente— ¡Le diré a mama!

—No, no le digas nada a mamá —supliqué—, no quiero preocuparla por tonterías.

Para mi edad, la verdad, me sentía bastante maduro, quizás las situaciones que pasamos me hicieron madurar más pronto.

—Te compraré lo que quieras —le dije a Sofía para sobornarla.

—Está bien —me contesto parca.

Desde ese día, sin saberlo, Sofía se había convertido en mi cómplice.

No podía negar que mi ángel robaba mi pensamiento, y mis deseos por tener contacto con ella cada día eran más grandes, ya no me bastaba con verla a los lejos a la salida de la escuela. Así que se me ocurrió una idea para comunicarme con Alba, solo esperaba que ella aceptara.

Compré una pequeña libreta y bolígrafos con lo que me quedó de la limpieza del jardín y escribí una carta para ella, muy corta, por cierto. Con el poco conocimiento que alcancé hasta sexto grado, no tenía ni idea de cómo redactar una carta, pero era mi única manera de comunicarme con ella.

Mi hermana sería la encargada de entregársela en el colegio, claro, me ayudaría como siempre a cambio de algo. Y para mi sorpresa, al siguiente día Sofía me entregó un pequeño sobre color rosa, haciendo latir acelerado mi corazón, ¡era la respuesta a mi carta! Con premura abrí el sobre, encontrando una pequeña hoja decorada con flores, adornada con su hermosa letra que decía:

«Me gustó conocerte aquel día, al igual que tú, quería encontrar la manera de comunicarme contigo y conocernos. Todos los sábados por la tarde visito el parque del Rocío, me encanta sentarme a orillas de la fuente a leer algún libro mientras mi madre lleva a mi hermana a sus clases de tenis.

Hasta el próximo sábado.

Alba María».

Mi corazón palpitaba rápidamente por la alegría que me produjo aquella carta y por el deseo desesperado de que llegara el sábado siguiente. La semana se me hizo eterna y el sábado realicé los trabajos que tenía para ese día temprano, debía regresar a casa a darme un baño y ponerme una de mis mejores ropas, por así decirlo. Nervioso, llegué al parque y la busqué con la mirada, temiendo haber malinterpretado su nota, aunque eso era imposible, pues no dejé de leerla a diario.

Tras unos minutos de búsqueda, mi corazón se paralizó con la imagen que tenía en frente, allí estaba, cual rosa reluciente en medio del jardín. Así que, decidido, me acerqué y la saludé con cordialidad.

—Hola, ¿puedo sentarme?

—¡Claro!, con gusto —contestó con una sonrisa discreta.

Se encontraba leyendo un libro, su título era: *Mujercitas*. Aunque yo nunca lo había leído, esto sirvió para entablar la conversación, me contó de qué trataba la obra y lo mucho que le gustaba. Platicamos animosamente como dos viejos amigos y al poco tiempo llegó un auto a buscarla, era el chofer de la familia.

—Debo irme, fue un placer —me dijo al despedirse.

—El placer es todo mío —contesté embobado.

A pesar de mis pocos estudios sabía comportarme educadamente, cuando entregaba periódicos leía las diferentes secciones y alimentaba mi vocabulario. Eso me ayudó mucho para conquistar a Alba María. Cada lunes, Sofía le entregaba una de mis cartas, los martes recibía la respuesta y cada sábado la encontraba en la misma banca leyendo. Así fue creciendo nuestra amistad durante meses, pues aún no me sentía capaz de confesarle mis sentimientos hacia ella.

Pasado el tiempo, llegó la primavera y con ella el cumpleaños de mi amada, sus quince primaveras. Su madre preparó una enorme fiesta, por su puesto, yo no estaba invitado, tiraría la casa por la ventana, como decimos nosotros. Quería estar con ella en ese momento tan especial, así que no me quedaba más que conseguir trabajo de mesero o de lo que fuera para poder entrar a esa fiesta con Miguel. ¡Haría cualquier cosa con tal de verla!

—¡Juan Diego, Juan Diego! —gritó Miguel, quien llegaba a mi casa—. ¡Lo conseguimos! —anunció emocionado, contagiándome de su sentir, pues me imaginaba a qué se refería—. Tenemos trabajo el domingo a las cinco de la tarde en la fiesta de la casa Miller, seremos meseros, así que debemos ir bien presentables y allá nos darán el uniforme, ya sabes —agregó con suficiencia—. No me vayas a quedar mal, ¿eh?

—¿Estás loco?, ni de broma fallaría. Allí estaré y daré mi mejor esfuerzo.

Llegó el gran día y nos presentamos a la hora señalada en la casa Miller, en total éramos seis meseros para atender a los invitados que llegaban en automóviles lujosos. Nuestro deber era servir los tragos, sodas, lo que pidieran; no teníamos tiempo de quejarnos cuando la paga era buena. A la hora del banquete, comenzamos a llevar los platos a las mesas, nunca había visto tanta comida junta.

Se dieron las nueve de la noche y aún la quinceañera no hacía su aparición. De pronto, se escuchó una música suave, era la entrada de la quinceañera. Expectantes, todos guardaron silencio al verla entrar acompañada de dos caballeros, muy refinados, por cierto, ella bailaba como las mariposas bailan sobre las flores. Unas cuantas coreografías con damas y caballeros, las palabras de los familiares y el tan esperado vals con la voz de Chayanne entonando "Tiempo de Vals". Generalmente, la quinceañera lo bailaría con su padre, no obstante, en este caso fue su madre la primera en bailar, luego sus tíos, sus primos e invitados allegados.

Cualquiera pensaría que sería la fiesta ideal para una chica, sin embargo, yo veía en su mirada un deje de pesar, no estaba esa luz habitual que la iluminaba. Tan pronto terminó el vals, ella desapareció y me escabullí hacia el patio trasero. Tras unos minutos de búsqueda, la vi sentada en una de las bancas, se veía triste como si fuese un momento lleno de dolor y no de alegría como debería ser. Despacio me acerqué sin ser descubierto y, a pasos de ella, me hice notar.

—¿Qué tienes, Alba?, ¿no deberías estar disfrutando con tus invitados?

Levantó su rostro y pude ver correr unas cuantas lágrimas, así que inmediatamente saqué un pañuelo del bolsillo y sequé con delicadeza sus mejillas.

—Yo no quería esta fiesta —murmuro con la voz quebrada—. Ha sido mi madre que, en contra de mi voluntad, planeó todo esto y con tanta gente…

—Pero, Alba, son tus quince años, es una edad especial —le dije para animarla—, deberías disfrutar un poco.

—Lo sé, pero es que… soñaba que el día de mis quince años bailaría con mi padre. Yo era su niña favorita, sentía que él podía comprenderme mejor que mi madre y hasta que mi hermana. No obstante, él ya no está, por eso no quería tener esta fiesta —confesó rompiendo en llanto.

—Entiendo cómo te sientes, Alba —comenté al sentarme a su lado y la abracé intentando consolarla—. Yo también perdí a mi padre

y la verdad es un vacío que no lo puedes llenar con nada, solo tenemos que ser fuertes y aprender a vivir con su ausencia —dije mirándola con sinceridad—. Imagina lo feliz que debe estar tu padre viéndote tan hermosa, llegando a esta edad tan bonita y si sigues llorando se pondrá triste desde el cielo.

Después de escucharme, guardó silencio por un momento y suspiró.

—Tienes razón —contestó un poco más animada—. Debo ser más fuerte y cumplir con todas las promesas que le hice a mi padre antes de morir.

Levantó su rostro y sus labios se acercaron lentamente a los míos, no pude resistirme, le di un suave beso el cual fue correspondido. Mi corazón se aceleraba en un minuto.

—Hace tiempo he pensado en hacer esto y confesarte lo que siento por ti, Alba —dije sin miedo al separar nuestros labios—. Estoy enamorado desde el día en que te conocí, no dejo de pensarte cada día, nuestros encuentros en el parque hicieron que este sentimiento fuera creciendo cada vez más. Con el respeto que te mereces, me gustaría preguntarte: *¿quieres ser mi novia?*

Me encontraba arrodillado frente a ella, esperando una respuesta, me sentía nervioso. Me miro a los ojos y me dijo:

—Sí, ¡sí quiero ser tu novia! —Acunó mi rostro en sus manos y me dio otro cálido beso para después levantarse rápidamente—. Quisiera quedarme aquí contigo toda la noche, pero debo regresar a la fiesta. Mamá puede notar mi ausencia y no quiero que tengas problemas con ella. Nos vemos donde siempre —me dijo como una promesa y se fue.

Ese fue el día más feliz de mi vida, aunque no todo fue alegría en aquel tiempo; después de varios meses siendo novio de Alba, un día simplemente desapareció. No estaba en nuestro parque, ni siquiera asistía al colegio para enviarle alguna de mis cartas. Me sentía angustiado por no saber nada, aun así, debía seguir trabajando, no me podía dar el lujo de rechazar ningún trabajo. Al cabo de un mes recibí una carta, que me devolvió la esperanza por el mensaje que contenía:

«Mi madre se ha enterado de nuestro noviazgo, pues mi hermana descubrió nuestras cartas y se lo ha contado. Ninguna lo aprueba y mamá me ha prohibido volver a verte. Dice que somos diferentes y que mi vida la estoy echando a perder a tu lado.

Le prometí a mamá que no te volvería a ver, solo para que me permitiera regresar al colegio y poder enviarte esta carta. Debo confesar que me encuentro triste, pero te prometo que pensaré un modo en el que podamos vernos sin que mi hermana se entere.

Espera pronto una nueva carta de mi parte. Con cariño:

Alba María».

Era evidente que no era del agrado de ninguna de las mujeres de su familia, pero al menos me consolaba saber que ella estaba bien. Pese al dolor de esta separación, sabía que lograríamos volver a estar juntos, así que me enfoqué en trabajar duro todo el siguiente mes para soportar lo que pasaba. Además, debía ayudar a mi madre con los gastos y también comencé a ahorrar, poquito a poquito. Sin embargo, sabía que eso no bastaría si quería ofrecerle algo mejor a Alba, era obvio que debía superarme.

«Algún día debo terminar mis estudios», reflexionaba cada día dándome fuerzas para seguir trabajando.

Tras una larga espera, al fin recibí una nueva carta, esa vez me citaba el próximo viernes en el café que estaba cerca de la estación del tren. Debíamos aprovechar que su madre y hermana saldrían de viaje a la ciudad para poder vernos de nuevo. No quería perder ni un minuto, así que llegué antes y la esperé en nuestra mesa con su café matte y unos panecillos. En cuanto llegó, mi corazón palpitó dichoso de poder ver a mi ángel.

Ella igual se veía feliz de verme, solo sus ojos albergaban tristeza, la misma que yo sentía por saber que al terminar esa cita debería pasar más tiempo para poder vernos. Para ser exacto toda una semana, según me dijo, esa era la única forma de estar juntos, pues su madre saldrá a la ciudad junto con su hermana todos los viernes y regresarían los domingos. Solo así podríamos vernos sin temor a que alguna de ellas se enterara, siempre bajo la coartada de visitar a una amiga para que ni la servidumbre sospechara.

Así pasaron los años viéndonos cada vez que podíamos, amándonos en secreto, hasta que terminó sus estudios y su madre la envío a un instituto de señoritas en la ciudad a tomar un taller de modales y cosas de ricos. Aunque aún seguimos siendo novios, llevo casi año sin verla, por fortuna, gracias a la tecnología de ahora nos comunicamos por celular. Enviarnos textos cada noche se ha vuelto, más que una costumbre, una necesidad.

Durante todo este tiempo me he superado, ya que, con mis ahorros y mucho esfuerzo, terminé mi bachillerato en comercio en una escuela nocturna. Aún recuerdo el orgullo en los ojos de mi madre cuando saltó de la emoción solo por ver mi diploma, no tuve necesidad de una ostentosa graduación. Hoy en día, Sofía casi termina el bachillerato en bellas artes, a mamá le va bien con la costura y a mis veintidós años sigo trabajando en lo que salga pese a que estoy en busca de un empleo con mejor paga.

«Espero que con mi título lo obtenga», pienso limpiando las mesas del café donde trabajo, cuando de repente suena mi celular.

Al principio fue extraño, ya que solo suena cuando Alba llama de noche, sin embargo, contesto llevándome una grata sorpresa. Son de la empresa *Pritty Shoes* preguntando por mí para citarme a una entrevista de trabajo. Así que acepto gustoso disimulando la euforia que me provoca el hecho de que el día de mañana a las ocho de la mañana, lo que tanto he esperado puede cumplirse.

Vestido con mi mejor atuendo, bien peinado y presentable, el *«Dios te bendiga»* de mi madre es lo último que escuché al salir como todos los días. Pero esta vez en serio necesito la bendición para que me contraten tras esa entrevista llena de preguntas, incluso muy personales. Si cumplía con el perfil, me estarían llamando pronto, fue lo que me dijeron, aunque han pasado dos días y nada que me llaman.

—Ya siento que le dieron el puesto a otro —me quejo con pesar.

—No pienses así —reprende Miguel, quien está tomando un café mientras yo limpio las mesas—. No te desanimes, si no es allí, será en otro lugar. No pierdas las esperanzas y escucha el consejo de este, tu viejo amigo.

—Tienes razón, hermano —Después de tantos años eso es él para mí, alguien que siempre me apoya y también me regaña cuando es necesario—, aunque te confieso que me desespera. He llevado mis papeles a muchos lugares y no consigo trabajo. Tengo la ilusión de estar trabajando de planta para cuando Alba regrese.

—Sabes que la mamá de Alba nunca te va a aceptar, ¿verdad? —cuestiona Miguel abriéndome la herida, por lo que mi cara se transforma por completo.

—Claro que lo sé, pero, Miguel, yo no entiendo de eso de clases sociales. Yo solo sé que la quiero y ella me quiere. Por eso estoy dispuesto a luchar por ella y por este gran amor.

Es martes, hoy tengo el día libre en el café, ya entregué los periódicos temprano, por eso me encuentro en casa ayudando a mamá a ordenar algunas telas. Hablamos de trivialidades cuando suena mi celular, me parece conocer el número, así que contesto de inmediato. Mientras me dan la información siento una explosión de alegría, no lo puedo creer, ni siquiera mi madre entiende de qué me hablan y mucho menos mi estado de júbilo.

—¡Oh Gracias! —exclamo al colgar tras aceptar y cargo a mamá de la emoción—. ¡Al fin! —grito eufórico.

—¡¿Qué pasa, hijo?!

—¡Estoy feliz, mamá!, me llamaron para comenzar el lunes como asistente contable en la empresa de zapatos.

—¡Qué bueno!, me alegro mucho, hijo, mejores tiempos vendrán,

ya verás —comenta mamá con fervor.

* * * *

Tiempo después.

Voy camino a casa muy cansado, pues esta semana ha sido de mucho trabajo con los informes para los auditores. Casi llego cuando suena mi celular: *es Alba.*

—Hola, amor, ¿cómo estás?

—Bien, amor; ¡he vuelto! Ahora estoy en casa, recién llegamos. Mamá fue a recogerme a la terminal de trenes, me fijé en el café y no te vi trabajando —cuestiona mi ausencia. No le he dicho de mi nuevo puesto, pues quería sorprenderla a su llegada y me siento feliz de que ya sea tiempo que se lo diga—. Tengo tantas ganas de verte y tantas cosas que contarte —comenta mi ángel.

—Estoy saliendo a las cinco de la tarde mañana, ¿crees que podamos vernos? – pregunto ansioso.

—Sí, en la panadería de la plaza, iré a comprar panecillos a esa hora —confirma mi novia emocionada.

—Está bien, quedamos así, hasta mañana.

Estoy feliz de por fin poder verla, abrazarla y besar esos labios que solo he tocado en sueños. Sin embargo, cuando llego a casa, esa felicidad se va de un plumazo en cuanto veo un auto estacionado afuera y me pregunto de quién será. No es hasta que entro en la sala que veo a mi madre acompañada de un señor bastante mayor y aunque no le conozco, saludo como siempre.

—¡Buenas noches, sobrino! —dice aquel señor.

«¿Sobrino?», pienso confundido al no recordar a aquel hombre.

—¿No recuerdas al tío Víctor? —interrumpe mamá al ver la interrogante en mi rostro.

—Es lógico, hermana —comenta el señor—. La última vez que lo vi fue cuando murió tu esposo, apenas Juan tenía trece años. Pero, cómo ha crecido, ya es todo un hombre —dice orgulloso al llegar hasta mí.

Tras las presentaciones, me uno a su plática como si nos quisiera poner al día de lo que vivió en estos años. Aunque lo que realmente me sorprende es la petición que me hizo: *cuidar de su cabaña este fin de semana.* Desde el sábado a mediodía hasta el domingo por la noche, debido a que tiene que arreglar algunos documentos legales con su abogado. Hasta pago me ha ofrecido, más eso no fue lo que me hizo aceptar, sino la oportunidad que tengo en manos, podría aprovechar el lugar para encontrarme con mi Alba.

Tras aceptar y antes de irse me dio la copia de la llave dándome indicaciones sobre su vivienda y se despidió. Tan pronto me veo solo en mi habitación y pese a que era mi intención comentarle a Alba sobre el plan, el cansancio me vence.

Al día siguiente el tiempo pasa tan lento, a pesar de tener tantos informes que entregar, que se me hace eterno que llegue la hora de nuestro encuentro. Por fortuna las horas pasan y en cuanto llego a la cafetería la busco ansioso con la mirada y allí está, más hermosa que antes, y al tenerla frente a mí la saludo con un beso en sus suaves labios.

—Una rosa blanca para la flor más hermosa del jardín de mi universo —le susurro al oído entregándole la flor que compré en el puesto de flores de la plaza—. ¿Deseas algo de comer o de tomar?

—Sí, quisiera un matte y un pan de mantequilla con almendras —contesta Alba sonriente aspirando el aroma de la flor.

—Es una orden, mi reina —respondo esbozando la mejor de mis sonrisas seductoras.

Tras hacer el pedido con la mesera, conversamos de todo, de mi nuevo trabajo, de nosotros y mucho más, pero el tiempo pasa volando y la oscuridad del entorno nos anuncia que ya son las siete de la noche.

—Debo irme, no quiero que mi madre sospeche —comenta Alba María con un deje de pesar en su voz.

—Está bien, no quiero ocasionarte ningún problema, aprecio cada segundo que paso junto a ti —susurro en su oído—. Antes de que te vayas quisiera proponerte que pases conmigo este fin de semana, debo cuidar la cabaña de mi tío desde el sábado hasta el domingo y me gustaría pasarlo contigo, amor.

—Me parece una excelente idea, solo que primero debo pensar en una coartada para que mi madre no se dé cuenta. Espera mi llamada mañana por la noche y tendré una respuesta para ti.

—Contaré los minutos para escucharla —respondo ilusionado de que por fin pasemos más tiempo juntos.

Tras un tierno beso, ella se retira y me quedo un momento más en el café, meditando en algo especial para el sábado, en caso de que Alba acepte mi propuesta.

* * * *

Alba.

—Mamá, mi amiga Gabriela me ha invitado a pasar en su casa este fin de semana. Tenemos tanto tiempo que no nos vemos y pensamos en hacer una pijamada de chicas, ¿qué te parece?

—¿Alba María, estás segura de que solo habrá chicas? —pregunta mi madre como dudando de mis palabras y por un momento el temor de que me descubriera en la mentira me invade.

—Claro mamá, —respondo lo más segura que puedo aferrándome al deseo de pasar esos días con mi amado—. Si dudas de mí puedes llamar a casa de Gabriela —sugiero.

Por fortuna ya había acordado con ella lo que debería decir si mi madre llamaba.

—Está bien, puedes ir —contesta tras pensarlo un poco y, aunque hubiera querido saltar de emoción, me contengo para no levantar sospechas.

* * * *

Juan Diego.

Por fin ha llegado el sábado y debo recoger a Alba después del trabajo. Tengo todo preparado, la cabaña de mi tío es hermosa, está a orillas de un lago en las afueras del pueblo. Así que, emocionado, la recojo en el carro del tío, que por cierto me lo prestó porque según él estaba muy lejos su cabaña.

Llenos de ilusión ante lo que nos espera, cenamos en un restaurante que también está en las afueras del pueblo, nunca había estado aquí, pero la comida es exquisita.

Tras la rica cena y casi al anochecer, llegamos a la propiedad invadidos por la algarabía de estar solos por primera vez, sin testigos o temerosos de ser descubiertos. Entre risas y miradas furtivas, nos sentamos en la banca que está en la terraza de la cabaña, mientras todos los astros iluminan en el firmamento.

—¿Ves todas esas estrellas? —pregunto añorante, viendo cómo su luz ilumina su hermoso rostro.

—Sí, las veo —contesta Alba—. Son hermosas y no tienen fin.

—Así de inmenso es mi amor por ti, Alba —confieso sintiendo cada palabra en los latidos de mi corazón.

Con delicadeza giro su rostro hacia mí, estamos tan cerca que puedo percibir el suave y exquisito olor de su perfume. Mi mano derecha acaricia su cuello atrayéndola a mí hasta que sus dulces labios se rozan con los míos, abriéndolos con lentitud para besarnos, suave pero apasionadamente.

Envuelta en ese fuego que nos quema, me abraza con fervor mientras sus manos acarician mi espalda por debajo de mi camisa, al tiempo que beso su cuello. Es tanto el deseo, que mi corazón se acelera como nunca antes y sé que ella también se siente así.

La tomo entre mis brazos y la cargo hacia el interior de la cabaña, con delicadeza la recuesto en el sofá frente a la chimenea para seguir besándola, esta vez con mucha más intensidad. Poco a poco nos vamos quedando sin ropa y no hay cosa más exquisita que besar todo su cuerpo, su delicioso olor me vuelve loco. Así, consumidos por el amor, somos uno en medio de una sensación extraordinaria, nuestra primera vez entre caricias y te amo.

Toda la noche la hago mía, una y otra vez de mil formas como si quisiera grabarme en su delicada piel, hasta que quedamos rendidos en la alfombra, dormimos hasta el amanecer. Tras un rico desayuno y paseos por el jardín, al medio día la llevo a casa de su amiga Gabriela, ya que allí la recogerá el chofer de su madre.

Ha pasado un mes desde aquel hermoso encuentro, desde ese día solo nos hemos comunicado por teléfono. La extraño y eso me tiene acongojado, aunque no tanto como lo que veo al llegar a casa. Hay unas personas afuera conversando con mi madre y ella está llorando.

«Pero ¿qué pasa?», me pregunto y acelero el paso para llegar más rápido.

—Estas personas son del ministerio público y han venido a notificar la muerte de mi hermano Víctor —dice mi madre entre sollozos—. Debemos ir de inmediato a la morgue a reconocer el cuerpo.

—Yo iré contigo, mamá, solo déjame cambiarme de ropa y salgo.

Azorados y con el corazón dolido, asistimos a la morgue, en efecto, era él. Tras los tramites, pido permiso en mi trabajo para asistir al funeral. Mi tío no tenía familia aparte de nosotros, vivía en las afueras del pueblo, por tanto, no era conocido por muchas personas. Eso se ve en el funeral, solo unos cuantos asistieron, incluidos mi madre, Sofía y yo. Para mi sorpresa, Alba María se presenta con su amiga Gabriela, además del Padre, también un hombre vestido de traje que lleva un maletín en sus manos.

«Debe ser algún amigo del tío», pienso, aunque no lo veo triste, ni siquiera cuando le dimos cristiana sepultura.

Ya solos, me percato de que el hombre aún está presente y se acerca a nosotros antes de irnos.

—¿Señora Graciela? —pregunta aquel hombre.

—Sí, soy yo —contesta mamá apesadumbrada por la perdida.

—Permítame presentarme, mi nombre es Oliver Leblank, soy el abogado y mano derecha del señor Víctor. Antes de fallecer fue a la ciudad y me entregó su testamento, el cual tengo instrucciones de leer junto con usted y su familia. Si me permite, vamos a la notaria del

pueblo para hacer valer la última voluntad de su hermano.

Sin preguntar más llegamos a la notaria, donde nos lee una carta que reza así:

«Hermana querida, primero quiero pedirte que me perdones por no haber estado a tu lado en los momentos más difíciles, ni para ti, ni para mis sobrinos.

Hace poco mi médico de cabecera me informó que solo me quedaba un mes de vida, en ese momento pude recapacitar sobre todo lo que había hecho y fue cuando fui a visitarte. Como sabes, no tengo familia, ya que dediqué toda mi vida a los negocios, a las fiestas y mujeres. Nunca vi las cosas más importantes de la vida y me alegra que tú si lo hayas hecho.

Es por eso, hermana, que realicé mi viaje para poner en orden todos mis bienes, de una forma u otra necesitaba resarcirme contigo para irme en paz. Incluso sabiendo que eso no tiene el valor de lo que tú ya posees: una hermosa familia que se apoya mutuamente. Eso es invaluable. Me despido de ti esperando que lo que te dejo sea suficiente para suplir los años de ausencia y ese cariño que jamás te demostré por no estar a tu lado. Los ama, Victor».

Concluye el abogado mientras nosotros sentimos el dolor en cada palabra dicha.

—A continuación, leeré el testamento —anuncia solemne.

*«**A mi querida hermana Graciela,** le dejo el local que se encuentra en la plaza central, al lado de la panadería. Recién lo he comprado y está equipado con maquinaria y materiales para que allí puedas poner tu negocio de costura y vestidos, sé que eso es algo que siempre quisiste.*

También dejo una cuenta bancaria a su nombre, con dinero suficiente para que pueda poner a andar su negocio.

***A mi hermosa sobrina Sofía**, le dejo una cuenta bancaria a su nombre, donde su tutor será su madre. En esta cuenta hay suficiente dinero para que asista a la mejor universidad y obtenga la maestría de administración que tanto anhela.*

***A mi sobrino Juan:** Me siento orgulloso de ti, sé por tu madre todo lo que pasaste y cómo te convertiste en su apoyo. A ti te dejaré la cabaña del lago, mi auto y además también dejaré una cuenta a tu nombre para que termines tus estudios y te cases con la mujer que amas.*

Esta es mi última voluntad esperando que entiendan cuanto los quiero…».

Asombrados por lo que acabábamos de descubrir, firmamos los documentos necesarios y nos vamos a casa. Pese a que nuestra vida ha cambiado en el aspecto económico, las últimas semanas han sido un tanto tristes para los tres, pues la partida del tío Víctor nos recuerda cuando despedimos a papá.

Una vez repuesto un poco los ánimos, mi madre decidió abrir el local que le dejó el tío y contrató dos muchachas para que la ayudaran. Mi hermana se inscribió en la universidad, solo era cosa de esperar unos meses para que iniciaran las clases. Y yo, pues… ahora tengo algo muy importante que hacer con Alba.

Me encuentro en el café esperando, esta vez llegué primero, me siento algo nervioso por lo que voy a hacer, pero las palabras dirigidas mi en el testamento de mi tío me dieron ánimos para hacerlo. En cuanto la veo llegar, los nervios incrementan y el palpitar de mi corazón me delata en cuanto me saluda como siempre, sin más, me arrodillo frente a ella y saco de mi bolsillo un estuche para abrirlo mostrándole un anillo de compromiso.

—Alba María Miller, me harías el honor de convertirte en mi esposa —pido con voz temblorosa.

Está expectante por mi propuesta y por unos segundos el silencio se hace presente mientras todos en el lugar tienen sus ojos puestos en nosotros. Y su falta de respuesta me hace temer el rechazo hasta que…

—Sí, amor, ¡sí quiero ser tu esposa! —exclama emocionada tendiendo su mano para que le coloque el anillo en su dedo anular.

—¡Gracias, amor! —celebro eufórico y tras levantarme la tomo por la cintura adosándola a mí para darle un beso mientras todos aplauden en ese lugar. Con la respiración agitada y la algarabía en nuestros corazones nos separamos y veo sus mejillas que se tornan rojas—. Debo hablar con tu madre —anuncio al tiempo en que la halo para llevarla al auto que me regaló el tío y así ir hasta a su casa.

Ahora que ella es mi prometida, estoy decidido hablar con su madre, aunque Alba se ve bastante nerviosa. De inmediato llegamos a la casa donde somos recibidos en la terraza y, sin intercambiar palabras con la señora Miller, nos sentamos. Alba está junto a mí y siento cómo todo su cuerpo tiembla de los nervios, así que tomo su mano y la aprieto con suavidad para hacerla sentir segura.

—Buenas tardes, señora Miller, me he presentado aquí porque Alba María y yo somos novios y vengo a pedir su mano en casamiento —anuncio sin ápice de inseguridad, quiero que vea en mí el aplomo de un hombre que sabe lo que quiere.

—¡¿Qué?! —grita la señora Miller con disgusto—. Pero, ¿qué es lo que te has creído? Ninguna hija mía desposaría a un criado como tú. ¡Jamás lo permitiré!

—¡Mamá! —interrumpe Alba—. No le hables así, yo lo amo y quiero casarme con él y desearía que aprobaras nuestra relación y nos dieras tu bendición.

—¡Jamás! —asevera la señora mirándome como la escoria que supone soy—. ¡Sal ahora mismo de mi propiedad!, ¡guardias! —grita

enardecida—. Saquen a este criado de mi casa.

—No se preocupe, señora, no es necesario que nadie me saque, sé dónde está la puerta —digo altivo. No le daré el gusto de verme humillado y con total descaro le doy un beso a Alba en la frente—. No te preocupes, encontraremos la solución, te llamaré luego —susurro en su oído sosteniendo su mano temblorosa.

* * * *

Alba.

Con el corazón herido y avergonzada por el comportamiento de mi madre, corro hacía mi cuarto, necesito sacar este dolor de mi alma, aunque sea escribiendo en mi diario. Me siento tan mal por cómo lo ha tratado que no pienso en nada más.

—¡Alba María Miller! —irrumpe. La furia es evidente en sus palabras y más en su rostro—. A partir de mañana te vas a la ciudad a vivir en casa de tu tía Eduviges.

—¡No puedes hacerme eso, mamá! —reniego furiosa.

—¡Oh, claro que puedo! Y no voy a permitir que sigas viendo a ese criado.

—¡Él no es ningún criado, mamá! —respondo ofendida—. Es un chico humilde, sí, pero trabajador de buen corazón. ¡Y lo amo!

—¡Cállate! —grita al abofetearme—. ¡He dicho que te vas y te vas! —vocifera incisiva.

—¡No, mamá! —protesto en tono fuerte. Estoy determinada a hacerle entender que ya no soy una niña a la que puede encerrar como lo hizo hace años—. Entiende que ya soy adulta y tengo derecho a tomar mis propias decisiones.

Por un momento mis palabras causan impacto en ella y esa ira antes demostrada desaparece dejando en su rostro un rictus severo y altivo que no me gusta para nada.

—Tienes razón —acepta en total calma causándome escalofríos, pues ella nunca admite que se equivoca—. Queda claro que no puedo obligarte a dejar de ver ese muchacho —anuncia y por unos segundos un rayo de esperanza se abre ante mí, pero el brillo astuto de los ojos de mi madre opaca ese sentimiento—. Y si tanto lo amas, te irás de esta casa, sin nada, serás desheredada de todos los bienes que tenemos —atesta severa, clavando con sus palabras la desventura en mi vida.

Para mi madre no existe la persona que pueda estar sobre de ella, esa sonrisa triunfal en su rostro me lo confirma, pues piensa que me tiene en sus manos. Sin embargo, no es su sentencia lo que me duele, sino el hecho de que le importa más su dinero que mi felicidad. De qué sirven las comodidades y el estatus social cuando la vida es

vacía a falta de amor.

—No me importa tu dinero, mamá —respondo aguantándome las lágrimas—. En la vida hay otras cosas que valen mucho más y Juan las tiene de sobra —digo sin titubear y salgo de la casa corriendo furiosa con el llanto bañando mi rostro.

¡No puedo creer que mi madre sea tan despiadada!

Angustiada y lejos de mi hogar, llamo a mi amado para hacerle saber lo que ha ocurrido, por lo que, sin pensarlo, me lleva a casa de su madre. En un principio tengo miedo de que reaccione como la mía, no obstante, tras contarle todo lo que pasó, muy comprensiva y sabiendo lo mucho que nos queremos, permite quedarme en su casa hasta la boda. Una vez que nos casemos iremos a vivir a la cabaña que Juan heredó de su tío.

Meses después.

De corazón me abren las puertas de su hogar, hasta me han ofrecido ropa y Sofía se ha portado muy bien durante el tiempo que vivimos juntas.

No hay día que Juan no exprese lo agradecido que está con su familia, pues me hicieron sentir como parte de ellos. Aunque en unas horas ya lo seré de forma oficial, hoy es nuestra boda después de meses de planearlo, será pequeña y muy bonita con una ceremonia en la iglesia del pueblo. Doña Graciela confeccionó mi vestido, es hermoso y él aún no lo ha visto, pero sé que me verá como la más hermosa de las novias, ¡su novia!

Ya los invitados están llegando, sus amigos del pueblo, mis amigas del colegio, su hermana, todos muy importantes. Aunque no tanto como el que está en el altar esperándome nervioso. El auto ha llegado afuera de la iglesia, Miguel, el amigo de Juan, es quien me lleva, aunque me siento feliz, la tristeza de entrar sola en la iglesia opaca mi dicha… no iría de la mano de mi padre como todas las novias o en su ausencia la de mi madre.

—No puedo llorar, se me va a correr el maquillaje —suspiro profundo conteniendo la emoción y ya controlada bajo del auto.

Debe ser el día más feliz de mi vida, por lo que no creí que este se vería alterado por la llegada de alguien que no esperaba ver. Casi a la entrada de la iglesia la inconfundible figura de mi madre me frena haciéndome trastabillar.

—¡¿Mamá?!, ¿qué haces aquí? —cuestiono confundida, pues no sé si sentir temor o alegría de verla—. Por favor, no intentes arruinar mi boda, me voy a casar por amor y no por dinero, por favor respeta mi decisión —suplico.

Viendo en mi rostro el temor de que ocurra lo peor, ella me abraza sin decir una palabra, me siento confundida.

—¡Alba!, mi niña, te ves hermosa —pronuncia con la voz entrecortada admirando mi atuendo—, por favor perdóname —dice suplicante volviéndome a abrazar—. No debí comportarme de esa manera.

Aunque es un alivio y regocijo que esto suceda, sigo confundida, pues no sé qué fue lo que pasó para que ella cambiara de esta forma. Estoy a punto de preguntar, pero se adelanta al decir:

—Hace unos días recibí la visita de la señora Graciela, ella me contó toda su historia y la de sus hijos. Me hizo entender que no solo es el dinero lo que se necesita para ser feliz, que hay muchas otras cosas que son tan importantes, como lo es el amor —confiesa apenada —. Si me perdonas, me gustaría ser yo quien te entregue en la iglesia al hombre que amas.

Con tan hermosa sorpresa, unas cuantas lágrimas salen de mis ojos y la abrazo fuerte como hacía tiempo no lo hacía.

—¡Claro que sí, mamá!

Me hubiera gustado seguir resarciendo sus culpas y que esta charla fuese más larga, pero dentro de la iglesia me espera mi amor, así que tras unos cuantos retoques que me hace mi madre, la tomo del brazo gustosa. Y ahora aquí voy entrando a la iglesia mientras entonan la marcha nupcial, caminando hacia el amor de mi vida, que me espera ilusionado en el altar.

SÍ NO ESTÁS JUNTO A MÍ
Rosa Alonzo

«Ahora te recuerdo en cada beso
en las caricias que otra piel me da.
Te espero en este infierno,
solo tu amor, mi amor,
tus besos me podrán salvar…»
(Interprete: Zenobia).

En una tarde de abril, en esos días en los que el sol brilla con más intensidad que de costumbre, caminaba por la orilla de una playa de fuerte oleaje y de repente, veo una silueta que se acerca como una especie de sombra detrás de mí. Cuando volteo, descubro a una hermosa mujer que, al verla, me derretía con su mirada. Era una mujer muy alta, sus ojos eran de un verde muy profundo. Al coincidir nuestras miradas, no lo pensé dos veces para abordarla, saludarla y tratar de iniciar una conversación.

Ella, al parecer, sintió al igual que yo una sensación muy extraña, parecía que éramos una especie de almas gemelas que desde hace mucho tiempo nos conocíamos. Comenzamos con un saludo de apretón de manos y nos presentamos, sentimos una especie de corrientazo al rozar nuestras manos.

No fue difícil entablar una conversación de inmediato, hablamos de muchos temas caminando por la orilla de la playa, sonreímos y hasta jugamos con la espuma del mar que tocaba nuestros pies. Fue ese nuestro primer encuentro de muchos que estaban por venir.

Después de vernos algunas ocasiones más, me di cuenta que, solo con una sonrisa el corazón me palpitaba a mil por hora. Creo que nos habíamos convertido en dos almas desesperadas en busca de un gran amor y lo entendí al poco tiempo de nuestra primera cita.

Nuestra relación fue creciendo rápido, ya no solo era de amigos,

ya iba más allá, sentíamos la correspondencia y cuando llegó el momento de unirnos cuerpo a cuerpo, fue ahí cuando pudimos entender que nos pertenecíamos uno al otro. Sus besos eran como un néctar que me empalagaba el alma y sus caricias derretían mi existencia. Era casi imposible no morir de amor por este ser que me había mandado la vida para que yo fuera el hombre más feliz sobre la tierra. Cada encuentro era más intenso que el otro, puro amor y dulzura, ¡felicidad plena!

Luego de algún tiempo, sentí curiosidad por saber más de ella. En realidad, yo estaba sin saber nada de esta mujer tan encantadora, así que me armé de valor para preguntarle, tratando que no se viera como una intromisión.

—¡Mujer, quiero saber de ti! —digo con voz calmada—, nunca hemos hablado de nuestras vidas, quienes somos y de dónde venimos. Supongo que deberían ser preguntas normales que se hacen las parejas que mantienen una relación como la que tenemos nosotros dos.

De cierta manera, nuestros encuentros siempre han sido en lugares diferentes a nuestro entorno, en donde lo que hacíamos era envolvernos en ese amor que sentíamos, lo que me parecía una cosa tan rara, ya que eso no es lo normal de una relación y menos en la nuestra, que iba mucho más allá de cualquier límite existente. Pues era una entrega de profundo sentimiento, algo indescriptible.

Ella escucha mi pregunta y me mira expectante.

—Vivamos estos momentos que para mí son tan extraordinarios y felices —responde mirándome fijamente—, no nos preguntemos nada, entreguémonos al máximo a lo que sentimos el uno por el otro, disfrutemos de nuestros cuerpos, cedamos ante el roce de nuestra piel, en fin, que no nos importe nada. Solo vivamos a profundidad lo que sentimos.

Los encuentros continuaron, pero cada vez sentía en mi pecho una emoción que iba más allá de lo normal, ya que ella era como una especie de oxígeno para mi vida. Consideraba que sin ella me faltaba el aire, me faltaba la vida. Eso me da mucho miedo, ya que no quería que nunca se acabara nuestro amor, amor que nunca nadie me lo había entregado como lo hacía ella. Marisol, que así se llamaba, la bauticé ¡mi sol!, puesto que para mí ella iluminaba mi vida tan solo de verla.

Visitábamos muchos lugares, en cada uno de ellos los recuerdos se alojaban en mi corazón y mi alma, era como un amor adictivo, ya no podía vivir sin ella.

Muchas veces me sentí tentado a seguirla luego de nuestros apasionados encuentros, pero el miedo a descubrir algo que me hiciera perderla, me paralizaba. Sentía miedo de descubrir que ella no estaba

solo conmigo y que a lo mejor era una mujer comprometida, y hasta con hijos, eso me impedía saber, o mejor dicho, querer saber más de lo que hasta ahora sabía de ella.

Una noche, regresamos al sitio donde nos vimos por vez primera, la luna estaba inmensa y muy llena de luz, lo que nos motivó a tener un encuentro amoroso como nunca lo habíamos hecho. Nuestros cuerpos estaban tan ansiosos el uno del otro que nos fusionamos literalmente hablando, sentí morir en sus brazos de tanto amor y tanta entrega mutua. Éramos unos amantes intensos, con una energía especial que nos llevaba siempre al éxtasis total, ¿esto era real?, me cuestioné, a veces pensaba que estaba viviendo un sueño y hasta me daba cachetadas para darme cuenta de que era verdad lo que estaba sucediendo.

Pronto, nuestros encuentros comenzaron a ser un poco distantes, razón por lo cual un día le pregunté por qué ahora no nos vemos con tanta frecuencia como antes, pues noto que, a pesar de su entrega, está muy distante.

Ella, con una voz como de costumbre muy dulce y amorosa, me dice que no pasa nada, que tenía algunos asuntos que resolver y por eso los encuentros se habían distanciado, pero que ella me amaba de una manera profunda y que solo me concentrara en el momento en el cual nos encontramos y que lo disfrutáramos al máximo.

Para mí esa respuesta no tenía ningún sentido lógico, pues, esa no era ella, la mujer que yo tenía pegada en mis huesos, en mi alma, en cada pedazo de mi piel. Yo imaginaba que a ella le pasaba igual, que me necesitaba con gran fervor y muchas ansias, porque así me lo daba a entender.

Una noche, ya sin poder entender el motivo del cambio de mi sol, decido que debo saber las verdaderas razones y motivos por los que había dejado de ser tan entregada como antes y tan distante, ahora todo había cambiado.

Pasaba pensando noche y día en sus besos y caricias y en esa entrega que ella me daba cada vez que nos encontrábamos. Ahora todo era tan diferente y mi corazón ya no sentía que era correspondido de la misma manera que siempre. No era fácil para mí, pues ya casi teníamos unos cuantos meses en una relación tan intensa, que llegué a creer que un día, con esos encuentros tan fogosos e intensos dejaríamos de respirar y moriríamos de amor, imagínense ustedes lo fuerte de mis sentimientos por mi sol, que ilumina mi vida.

Una mañana, pasado algún tiempo del cambio que estaba experimentando mi amada, tomo la decisión de una manera muy seria, de averiguar qué estaba pasando, el porqué de ese cambio tan radical. Así que comienzo una especie de espionaje secreto y me doy a

la tarea de seguirla, pero parecía que ella sospechaba que yo la estaba siguiendo y siempre lograba despistarme y se me desaparecía de una manera muy ágil y rara. Y así por un largo tiempo no lograba saber nada.

Pasando unas semanas, se me acerca un hombre mayor, vestido de una manera muy elegante y me dice:

—Amigo, ¡cómo te han engañado!, ¡cómo han jugado con tus sentimientos y solo por una causa personal y profesional!

—Amigo, ¿de qué está usted hablando? —Lo miro muy intrigado mientras le respondo—. Supongo que no es de mí, porque yo a usted no lo conozco ni lo he visto nunca en mi vida.

—Amigo, esa mujer con la que has estado saliendo y teniendo esos encuentros tan profundos, te está engañando —explicó el desconocido con tensa alma—. Yo soy su jefe, soy el dueño de una editorial llamada "Letras Mágicas" y ella es una de mis escritoras, ¡de las mejores que he conocido! Pero, de un tiempo para acá, se le ha apagado su musa y no podía escribir, se le fue la inspiración, no lograba escribir ni una línea, no le salían las ideas y hasta tuvo momentos de mucha depresión. Su fama la precedía y de un chispazo se le fue toda la vena literaria. Así que, un día entró en mi oficina y me dijo:

«—Tengo que hacer algo, no consigo escribir nada y he ideado un plan para poder hacerlo, basándome en una historia en la cual voy a entregarme en cuerpo y alma para poder recuperar esa musa que tanto me hace falta para escribir esas historias que tocan el corazón de mis lectores».

—Por esa razón estaba ella en este lugar, buscando su inspiración y al verte en la playa sabía que tú serías el protagonista de su próxima historia y del que yo haría que fuera todo un éxito —continuó el jefe de mi Sol, mientras yo, perplejo, lo escuchaba.

—Llegó con un motivo y lo consiguió, pero también logró algo que ni ella misma se esperaba, y era llegar a sentir un amor tan profundo por alguien. Me di cuenta de que se había enamorado, tu amor lo tiene metido en los huesos, pero lamentablemente es un amor imposible. Ella tiene una vida en otro país, con una relación muy bien establecida, con hijos y todo. Jamás pensé que sería capaz de hacer esto solo con la intención de buscar la inspiración perdida, consiguiéndola, pero ha tenido que pagar un precio muy alto, tiene mucho dolor en su corazón, su amor es muy difícil que se convirtiera en una realidad. Tiene una bella familia y yo sé que nunca la dejaría por nada, ni por nadie, esa es su realidad, su verdadero mundo, lo que ha pasado entre ustedes ha sido una simple aventura clandestina que le sirvió para recuperar esa inspiración perdida.

A pesar de sentir cómo mi corazón se hacía pedazos, me

mantuve callado, no salían palabras, sentía una opresión en la garganta que me impedía hablar, con lo que el señor siguió con su monólogo.

—Cuanto siento ser yo la persona que te diga la verdad. Pero ella no tuvo, ni tendrá el valor de enfrentarte, así se le esté desgarrando el alma por querer cambiar su vida por ti, un verdadero extraño, pero a la vez un ser que para ella resultó ser ese amor que siempre buscó y que cuando lo consiguió, ya era demasiado tarde.

—Ella me pidió por favor que hablara contigo y te dijera la verdad del porqué de esta relación tan inusual que ustedes tuvieron, pero que no es para ti, fue lo más bonito que le ha pasado en la vida y lo más profundo en cuanto a ese sentimiento llamado "amor", pero le ha llegado muy tarde. Me encomendó que te dijera estas palabras y que la perdones porque te mintió y sabe que no debió hacerlo, pues tú fuiste un ser muy especial y ella sabe del amor tan profundo que sientes. En estos momentos ya debe estar en la estación del tren para partir a su hogar, a su trabajo con su esposo y con sus hijos y lo más posible es que nunca vuelvan a verse más.

Me quedé como atontado, no sabía ni qué decir, ni qué hacer, pero no podía dejarla ir, ella me amaba y yo a ella. Por lo tanto, teníamos que seguir juntos en contra de lo que fuera, y de inmediato corrí a la estación del tren en busca de mi sol, la luz que alumbra mi vida y que ya no podría seguir viviendo sin ella.

Al llegar a la estación del tren la veo a lo lejos, cuando ya estaba a punto de abordarlo y que la llevaría de regreso a su vida, dejándome con este amor tan grande que quema mi alma.

Corrí a su encuentro logrando alcanzarla y me mira con esos ojos de un verde profundo que enamoran solo de verlos.

—¡Por favor, no me dejes! —digo con voz entrecortada por la emoción de haberla encontrado—. No voy a poder olvidar tus besos, tus ojos, tus caricias que me descubrían en cada encuentro. Ese amor no logra salir de mi mente y con solo pensar que estarás junto a otro cuerpo y a otra piel que no es la mía, me entra una gran tristeza en el corazón que siento que muero.

Percibo su cuerpo estremecerse y, aunque veo duda y desesperación en sus ojos, me animo a continuar.

—Tú eres mi inspiración, escribí versos y canciones que te gustaron, te sentías muy alagada, saber que no te voy a ver más, me duele mucho, te exprimí mi voz y te canté y eso te encantó, no imaginé nunca cuanto me iba a doler esta despedida, te irás lejos de mí, dejándome el corazón destrozado.

—Nunca imaginé que esto pasaría, de haberlo sabido mi entrega hubiese sido mayor y más profunda. Pero ya es muy tarde, me

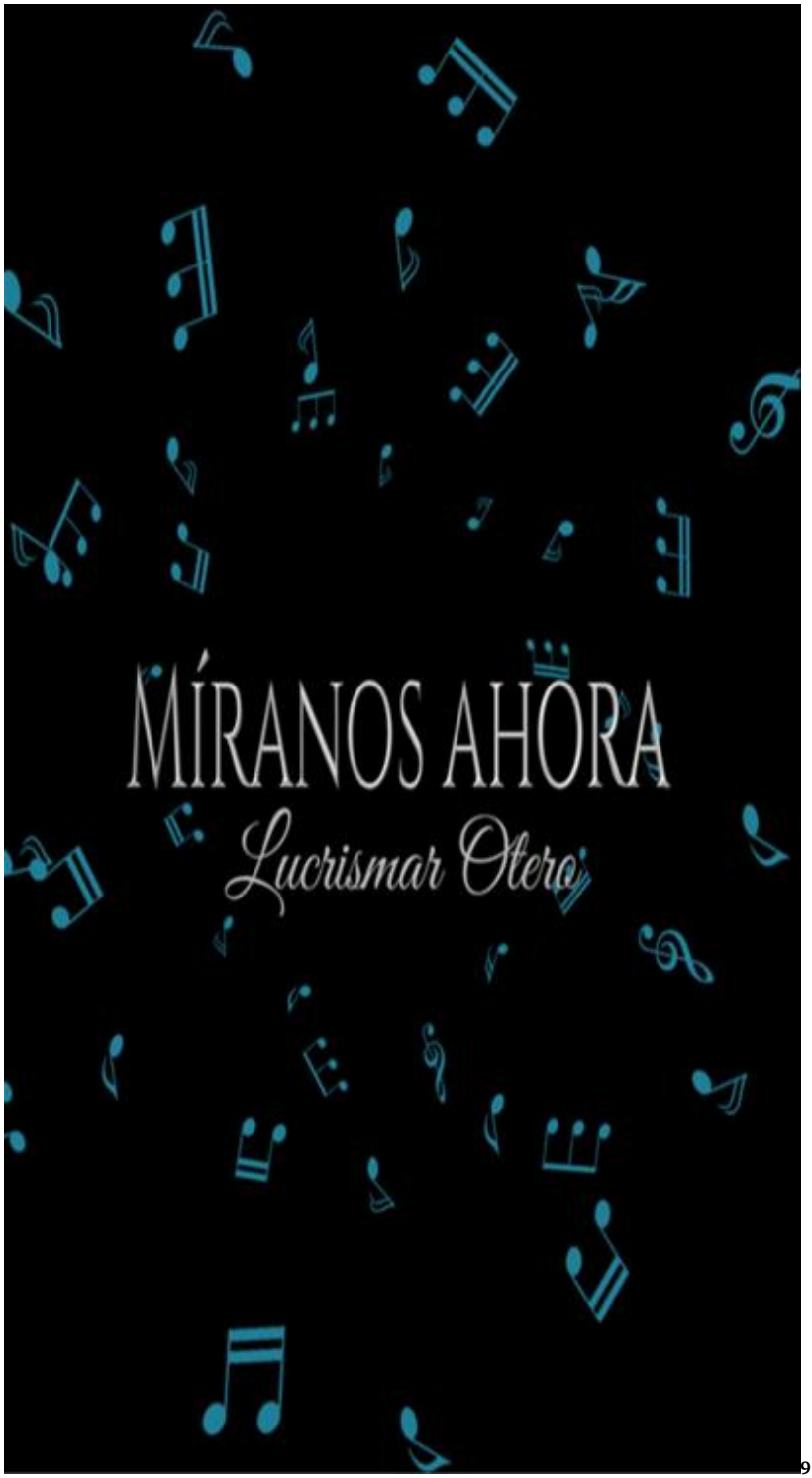
utilizaste y ahora te largas y me dejas aquí, sin tener el coraje de pedirte que no te vayas, no quiero dejarte ir, pero a la vez siento que así debe ser, pues yo no puedo ser causante de la destrucción de tu hogar y ahora solo te digo, ¡vete!

Cuando la vi subir al tren, le dije adiós. La dejé ir por estúpido, no tuve el coraje de pedirle con el corazón en la mano que no se fuera, de irme detrás de ella, hoy me pregunto por qué no hice nada para retenerla.

Hoy con el corazón roto en mil pedazos, te busco en cada beso, en cada caricia que otra mujer me da y no te consigo, te busco en la piel de otras mujeres y nada, no estás allí. Estoy viviendo un infierno, que solo tu amor, mi amor, tus besos, tus caricias me podrán salvar.

No te pienso feliz en tu vida, sé que al igual que yo debes estar viviendo un gran dolor, cuando estés en los brazos de otra persona, yo sé que piensas en mí.

Hoy te regalo una vez más mi voz y este tema que tú solo lo entenderás “Si no estás junto a mí, ahora te recuerdo en cada beso, en cada caricia, pero que otra piel me da”.


MÍRANOS AHORA
Lucrismar Otero

«Míranos ahora
más feliz no puedo estar.
Tal como lo prometí,
gracias por confiar en mí…»
(Interprete: Calibre 50).

El primer día que conocí al que hoy día es mi yerno, les confieso que sentía un poco de desconfianza, soy una mujer de cincuenta y dos años, muy bien conservada físicamente. Criada de forma conservadora y dentro de convenciones sociales que nos imponían muchos *«NO».*

«No debes usar faldas muy cortas ni vestidos muy pegados, ni con mucho escote».

«No debes salir sola de casa».

«No comas mucho que vas a engordar».

«No puedes salir con hombres que no pertenezcan a tu círculo social».

«No puedes beber alcohol hasta emborracharte».

«No puedes hacerte tatuajes y mucho menos colocarte un piercing».

«No puedes salir con todos los hombres que conoces cuando eres viuda, etc., etc.».

Esa ha sido mi vida, llena de muchos NO.

Me casé a los veinte años y me dediqué al cuidado de mi esposo, la casa y de mi hija. Mi vida siempre estuvo regida por lo que desde pequeña me inculcaron mis padres y nunca puse en duda su palabra, nunca pasó por mi mente que había otras cosas que podía hacer. No niego que fui feliz durante esos años, sin embargo, ahora, muchas veces pienso en qué habría pasado si las cosas se hubieran dado de otra manera. Hoy veo a muchas de mis amigas que se dedicaron a

estudiar, trabajar, viajar, unas son muy exitosas y otras no tanto, pero pudieron intentarlo, exploraron otras opciones.

¡Pero hoy eso está por cambiar! Cuando conocí a Daniel, mi yerno, él, traviesamente y para sacarme de mi zona de confort, me ofreció hacerme un tatuaje. En ese momento yo me quedé sorprendida y horrorizada. ¿Quién pensaba ese joven que era yo? ¿Cómo se le ocurrió que, Cristinita Cáceres, viuda de Méndez, una mujer respetable y de su casa, iba a hacer una locura como la de tatuarse? ¡Mi esposo y mis padres se revolcarían en su tumba!

Desde ese momento y a medida que pasaban los meses, su ofrecimiento pasó de ser algo ofensivo y loco a convertirse en una semilla que fue germinando poco a poco dentro de mí, hasta que finalmente floreció y me llevó a soltar el miedo por los convencionalismos y aceptar su ofrecimiento.

Nos reunimos varías veces para conversar sobre el tatuaje y al final le pedí que diseñará para mí un árbol de la vida.

Durante esas visitas a su estudio, no sé si fue coincidencia o no, pero siempre estaba presente un amigo y cliente de Daniel, su nombre es Luis Miguel Rivas. Un hombre alto, con cabello plateado y algunos reflejos negros, delgado, con un cuerpo bien definido, unos ojos pícaros de color miel, piel morena que refleja algunos tatuajes que se dejan ver cuando no lleva puesta su chaqueta de cuero, estimo que está entre los cincuenta y cinco a sesenta años, siempre vestido con jeans, camiseta y con un perfume que cuando llega a mí, me hace sentir mariposítas en el estómago.

No puedo evitar sonrojarme cada vez que me lo encuentro, ¡como si fuera una quinceañera! Me hace sentir cosas que no recuerdo y eso me da algo de miedo, nunca pensé que me podría interesar alguien como él, ¡mi esposo era su antítesis!

—¡¡Buenos días, Doña Cristinita!! ¿Lista para el gran día? —me saludó Luis Miguel.

A estas alturas, las personas más asiduas al estudio de Daniel, sabían que había aceptado hacerme el tatuaje, así que no me extrañó su saludo.

—¿Doña? ¡Por favooor!, quíteme el Doña, no me ponga más vieja de lo que soy —contesto con sorna.

—Discúlpeme, solo lo hice por respeto, no se ofenda —respondió apenado—. Para mí usted no se ve nada mayor, a mi parecer está bien conservada, muchas mujeres quisieran parecerse a Ud.

Sus palabras me hicieron sonrojar.

—¡Ay!, pero ¿cómo va a decir eso? —exclamo con coquetería—,

con tantas mujeres jóvenes y bellas que hay en la Isla.

—Lo sé, pero desde que la vi la primera vez, puedo decirle no hay nadie que se le compare, para mí no hay nadie más hermosa que usted —afirmó Luis Miguel, mientras paseaba sus ojos por todo mi cuerpo.

A pesar de ser una caricia para mi ego, no tenía por costumbre creer todo lo que me decían, por lo que opté por reírme y no tomarlo en serio. Estaba acostumbrada a que los hombres que se me acercaban, siempre solían decirme palabras similares, pero de una forma más discreta.

Daniel, quien en ese momento salía de su sala de trabajo con un cliente, me indicó que en unos minutos iniciaríamos la sesión, primero tenía que limpiar y desinfectar sus equipos.

Sonriéndole, le respondo:

—No tardes mucho, mira que me puedo arrepentir.

—Luis Miguel, puedes hacerme el favor de entretener a mi querida suegra, no queremos que piense mucho y se arrepienta —solicita mi yerno a su amigo con seriedad.

—Será un placer para mí entretener a tu suegra, no te preocupes y no te des prisa en lo que vas a hacer —contesta el aludido muy sonriente.

Sus palabras me dejan atónita, por lo que me vuelvo y lo enfrento con mi ceja levantada.

—¿Y como se supone que me vas a detener si decido cambiar de opinión?

—Tengo muchas maneras para retenerte —replica socarronamente.

Y fue así como, sin tenerlo previsto, comenzamos a conversar y sin darnos cuenta a contarnos de nuestras vidas. Estábamos tan ensimismados uno en el otro, que no notamos el momento en que Daniel se asomó, sonrío y volvió a entrar a su sala de trabajo para llamar a su amada Isabel y contarle detalladamente lo que se estaba gestando entre: Cristinita y Luis Miguel.

Luis Miguel era un gran conversador y yo, como sentía un poco de miedo, lo invité a estar presente para que me distrajera mientras Daniel dibujaba en mi hombro izquierdo un pequeño Árbol de la Vida. Con una base en negro y dándole una sensación de frondosidad con pinceladas de diferentes tonos de azul y fucsia, dos pequeños colibríes azules salían de sus ramas volando hacia el infinito.

Fue una mañana donde el miedo dio paso a la expectación de ver esa pequeña obra de arte terminada, con la grata compañía de Luis Miguel y el buen trabajo de Daniel, fue una experiencia que tal vez en otra oportunidad pudiera animarme a repetir. Aunque estaba convencida de que muchas personas me cuestionarían, empezando por mi hermana Mary, ¡esa pondría el grito en el cielo!

Y para completar un día que estaba resultando fuera de lo común, acepté salir con Luis Miguel y dar un paseo por la Isla montada en su moto, algo más fuera de mi lista de *«No»*.

«¿Quién lo hubiera dicho? Yo Cristinita Cáceres de Méndez, en un solo día, me tatué, acepté salir con un hombre que recién conocía, lleno de tatuajes y pasear en una moto. ¡Fin del mundo, se volvió loca la vieja esa…! Eso y más van a decir muchos». Pensaba.

Y así fue como los rumores y chismorreos corrieron como pólvora por toda Pampatar. Mi hermana Mary, fue directamente a hablar con mi hija Isabel a su Pastelería, La Perla del Caribe.

—¡¡Buenos días, sobrina!! ¿Cómo estás? Vengo a hablar algo muy serio contigo, ¿tienes tiempo? —saludó Mary sin darle tregua a su sobrina de negarse.

—¡Claro, tía!, siéntate, y ya te traigo un café.

Isabel regresó enseguida con un par de cafés y un platillo lleno de galletas.

—Cuéntame, ¿qué te preocupa?, teníamos mucho tiempo sin hablar, así que debe ser algo bien importante —Isabel la observó con mirada preocupada, aunque ya se imaginaba por donde venía esta visita.

—Sobrina, estoy preocupada por tu mamá, ¡todo el mundo está hablando de ella!, ¿cómo es posible que, a su edad, permitiste que se hiciera un tatuaje? Y de paso, también ahora se la pasa recorriendo la Isla en moto con ese hombre que nadie sabe quién es, ni qué hace —espetó Mary haciendo gesticulaciones de forma exagerada con las manos.

—Hace un momento me dijeron que estaba en Playa La Caranta, en bikini y con actitudes muy cariñosas entre ambos, es que ni siquiera es un poquito discreta. Ella es una mujer conocida y respetada en la Isla, ahora anda actuando como una quinceañera enamorada, no reconozco en ella a mi hermana —comenta escandalizada.

Isabel, armándose de paciencia y conociendo el tipo de cotilla

que era su tía, le contestó:

—A ver tía, yo no tengo por qué intervenir ni darle permiso a mi mamá para hacer lo que ella quiera, a menos que sea algo que vaya en contra de su seguridad personal. Ella es una mujer que todavía está joven, sana, es independiente, solvente y bien centrada.

—Así que, mientras ella esté haciendo cosas que la hagan feliz, yo no tengo razón para intervenir, ni prohibir y mucho menos juzgar. Ella no le está haciendo daño a nadie, mucho menos tiene que justificarse ante los chismosos.

Isabel vio como a su tía se le desfiguraba la cara de la indignación. Sin embargo, continuó.

—Si te da tranquilidad, te puedo decir que Luis Miguel es un hombre soltero, serio, hace pocos meses vino a visitar a Daniel y le gusto tanto la vida en la Isla, que decidió quedarse por tiempo indefinido. Tiene uno de esos trabajos que ahora se pueden hacer remotamente desde cualquier lugar del mundo que le da estabilidad y libertad de tiempo.

—Además, durante este mes he visto que sabe cómo hacer feliz a mi madre y para mí, con eso, ya me tiene ganada. Ella es una gran mujer y merece todo lo bueno que le puede pasar.

—¡Pero, Isabel! ¿Cómo vas a tolerar esa relación?, no se parece en nada a tu padre —refutó Mary claramente molesta—, ¡ella le debe respeto a su memoria!, la gente dice que eso solo es un juego y que no van a durar mucho, que tienen dos estilos de vida diferente y que ella se ha dejado manipular por él. ¡Ella no es así, siempre ha sido una mujer recatada, de su casa, discreta!

—¡Ay, tía!, qué pena me da que pienses así y que le prestes atención a esos comentarios. Tu hermana solo está dándose la libertad de vivir, sin hacerle daño a nadie. ¿O es que acaso tú nunca has querido hacer algo que siempre te han dicho que no puedes hacer? Por favor reflexiona sobre ello, y si de verdad quieres a tu hermana, no la juzgues y sé feliz porque se atrevió a ser valiente y dejar a un lado los convencionalismos.

Mary se quedó pensativa, aunque no muy convencida por las palabras de Isabel. Desvió la conversación hacia los nuevos postres que acababan de incluir en el menú, producto del curso que Isabel había hecho en su último viaje por Francia. Finalmente, se despidió con un abrazo, prometiéndole a su sobrina que iba a pensar detenidamente todo lo que habían conversado.

Unos meses después…

Cristinita despertó sintiéndose con mucha sed, algo cansada y acalorada. No sabía qué hora era, no se sentía nada bien. La noche anterior habían estado en uno de los miradores de la Isla observando una bella luna llena, solo había sido un par de horas, porque Luis Miguel tenía que terminar un trabajo que tenía pendiente, por eso no se había quedado a dormir.

Trató de levantarse, pero era tal la debilidad que solo pudo volver a recostarse en la cama y sin darse cuenta, volvió a quedarse dormida. Unas horas más tarde, escuchaba a lo lejos, como si estuviera soñando, que golpeaban la puerta y la llamaban, su teléfono también sonaba, pero ella sencillamente no tenía fuerzas para abrir los ojos y mucho menos levantarse. Seguro tenía fiebre porque se sentía bañada en sudor y muy sedienta. Volvió a quedarse dormida y ya no supo más de ella.

Luis Miguel había pasado todo el día tratando de comunicarse con ella, al ser imposible, decidió ir hasta su casa, donde se cansó de tocar el timbre y golpear la puerta sin ninguna respuesta. Desesperado, se dirigió a la Pastelería de Isabel, quien preocupada le contestó que ella tenía días que no hablaba con su madre, pero que ella tenía una llave de la casa, así que juntos se dirigieron a casa de Cristinita.

Al llegar abrieron la puerta y fueron recorriendo la casa llamándola, sin conseguir ninguna respuesta, por lo que con gran preocupación abrieron la puerta de su cuarto y fue allí que la vieron postrada en su cama dormida, visiblemente bañada en sudor y respirando con algo de dificultad. Inmediatamente llamaron al número de emergencias para que enviaran una ambulancia.

Isabel, Daniel y Luis Miguel no lograban tranquilizarse en la sala de espera, hacía un par de horas que habían llegado a emergencias y nadie había sabido decirles qué estaba pasando con Cristinita. El tiempo pasaba lentamente y fue un gran alivio cuando una enfermera los llamó y los llevo hasta donde el doctor García los esperaba.

—Buenas tardes. Soy el doctor García, Neumólogo que está atendiendo el caso de la señora Méndez. Tuvimos que hacer muchos análisis para establecer su diagnóstico, tiene una infección en los pulmones que estaba avanzando rápidamente.

—Afortunadamente, logramos detectar qué tipo de virus le aqueja, ya se le están suministrando los medicamentos adecuados para controlar la infección y bajar la fiebre. Si todo resulta como lo esperamos y reacciona bien, solo tendrá que pasar entre tres a cinco días internada y luego continuar con el reposo y su recuperación en

casa.

Los tres por fin pudieron soltar el peso que atenazaba sus gargantas, aclararon algunas dudas y preguntaron si podíamos pasar a verla. El doctor García se despidió, no sin antes indicar dónde estaba la habitación de Cristinita. Para ellos fue un alivio verla plácidamente dormida, conectada a un monitor que chequeaba sus signos vitales, así como unas bolsas de suero conectadas a uno de sus brazos, para suministrarle sus medicinas.

Fueron tres largos días, durante los cuales Luis Miguel no se separó de ella, sino por breves momentos cuando se iba a cambiar de ropa y a comer algo, y siempre dejándola en compañía de Isabel o su hermana Mary. La medicina surtió un rápido efecto, gracias a que ella no tenía ningún problema de salud, por lo que, al amanecer del cuarto día, le fue dada el alta con la condición de guardar un estricto reposo, seguir con el tratamiento y llevar una buena alimentación.

A partir de ese momento, Luis Miguel no la dejó sola ni un momento, cuidó de ella, como nadie lo había hecho hasta ese momento, la mimaba, se anticipaba a sus deseos y la llenó de un tipo de amor que ella no había experimentado. Hasta su hermana Mary tuvo que reconocer que se había equivocado, que aun siendo diferentes se veían muy bien los dos, se dio cuenta de que lo había juzgado mal, que era el mejor hombre que su hermana podía tener.

AMOR DE AQUELLA NOCHE
Blanca Angarita

«Y es que tú eres mi amor, como una estrella
que iluminó el corazón, de un hombre triste;
Pude sentir tu calor, linda doncella
cuando con loca pasión, tu amor me diste…»
(Interprete: Victor Vergara).

Ya solo faltan dos pacientes por atender, menos mal es viernes, ¡quiero descansar! Aunque es una bendición que, a pesar de haber inaugurado el consultorio hace poco, tengamos una buena afluencia de pacientes.

Me relajo en mi sillón mientras espero el anuncio de Clara, mi asistente, con el siguiente caso.

—Amanda —dice Clara entrando al consultorio—, tienes una hora libre, el paciente acaba de llamar para cancelar. Se le presentó un percance y me pidió que le reprogramara la cita.

—¡Tomaremos un café entonces! —respondo relajada—. Y así aprovecho para confirmar mi asistencia al próximo congreso.

Mientras Clara va por el café, yo me dispongo en mi ordenador a confirmar mi asistencia al congreso de sexología que se va a realizar en *New York* en un mes. Mientras relleno el formulario, pienso lo difícil que es que, en pleno siglo XXI, tanto hombres como a mujeres se les dificulte tener una sexualidad sana, es increíble todo el tabú que aún encierra el sexo. La mayoría de las veces es culpa de los convencionalismos sociales a los que se han visto sometidos.

Otro tema son las parejas y la forma como ven el sexo, fingir ya no es una opción. El sexo se debe disfrutar, no debe ser una obligación o un martirio, debe ser una integración de dos, de complementarse y compenetrarse..., pero esto es cada vez más difícil en un mundo tan convulsionado y libertino como en el que estamos viviendo.

Cada vez que vienen chicas para que les hable sobre técnicas sexuales para que su novio nos las deje, no hago más que recordar mi película favorita: *«Como perder un hombre en 10 días»*. Vaya que muchas mujeres cometen el error de suponer que, como se acostaron la primera vez, ya están como Susanita la amiga de Mafalda, con una casita y miles de hijitos que cuidar. Solo pensarlo me da risa.

Mi tarde pasa sin más…, son las ocho pasadas, ya era hora de reunirme con las chicas para nuestro ritual de los viernes. Hablé con ellas y todas ya van en camino, con suerte llegaremos al mismo tiempo al Bar de Bernie's donde quedamos en encontrarnos. Es un sitio agradable donde, desde hace mucho, nos reunimos Melissa, Anita, Michelle y yo. Berni el dueño del Bar, bromea siempre con nosotras y nos ha bautizado como el grupo "MAMA" por nuestras iniciales.

Berni es un tipo guapo, rayando los cuarenta, alto, con cuerpo atlético y bronceado, con corte militar, se le ven algunas canas que lo hacen lucir más interesante. Tiene ojos color miel, y cuando sonríe se le hacen un par de hoyuelos en sus mejillas, muchas veces lo había pillado viendo con demasiado interés a Anita, pero nunca se le ha acercado con intensiones amorosas.

Anita maneja una empresa de eventos, es una mujer muy atractiva y exitosa de 30 años con un hijo de cinco, recién divorciada. Su marido la ha dejado por una mujer más joven y, aunque el muy idiota le dio lata porque no quería el divorcio, al final accedió y ahora está libre, pero con la desconfianza en los hombres a mil.

Melissa y Michelle son gemelas, ambas abogadas, pero tan distinta una de la otra. Michelle es alegre y extrovertida, mientras que Melissa es discreta y muy parca en sus emociones, ambas con treinta años, ¡solteras y hermosas al ataque! Como les digo yo.

Como anticipé, llegamos todas al mismo tiempo, saludamos a Berni y nos sentamos en nuestra mesa. Enseguida nos trajeron nuestros tragos, nos ponemos al día con nuestros cotilleos de la semana y tomamos alegremente, y así pasó nuestra noche entre chistes, risas, chismes y tragos para al final cada una volver a su casa, sola…

El sábado llega sin problemas, sin embargo, luego de un sueño reparador y mi doble dosis de cafeína, me siento en mi comedor a replantearme mi vida. Y aquí estoy…, a mis veintinueve años, tengo una profesión respetable, soy reconocida en mi área de sexología, tengo dinero suficiente sin ser millonaria, aunque me doy mis lujos, pero estoy completamente sola… Bueno, con "princesa", mi gata, aunque tampoco puede decirme que es realmente mía. Un buen día apareció en el portal de mi casa y maullaba de hambre, le di comida y de allí en adelante cada noche me esperaba para que la alimentara y le diera cariño. Ella simplemente se deja, luego desaparece, es un alma

libre y yo un alma sola…

Después del divorcio no he tenido pareja sexual y de eso han pasado ya dos años. Oportunidades no me han faltado, lo que ha faltado es que los candidatos llenen mis expectativas. He tenido algunos devaneos, nada que no haya pasado de simples besos que no me movían el piso para nada, ni me despertaban siquiera un mal pensamiento.

En fin, todo lo que me pasó durante mi matrimonio, me motivó a especializarme en sexología para poder a ayudar a las personas a que disfrutaran del sexo. Y descubrir que yo no era la enferma. Mi intención es hacer entender que lo que tradicionalmente nos han vendido como normal, es algo que lo que impone es enmascarar defectos y deseos ocultos que impiden disfrutar del sexo a plenitud.

Tener fantasías no es estar enfermo, compartirlas con tu pareja no te hace depravado. Sin embargo, hay mucho que educar en ese aspecto… Simplemente, hay que estar en sintonía o como decía mi abuela *«¡Cada oveja con su pareja!»*

Termino el fin de semana repasando las temáticas del congreso y, como reflexión de vida, digo que: *¡Se acabó mi celibato!* Voy a poner en prácticas mis teorías, si he ayudado a tanta gente a redescubrir su sexualidad, ¿por qué yo no he hecho algo con la mía?, ya no me voy a poner más excusas, ni me voy a sabotear. Así que ¡Mundo allá voy!

Mi semana empieza como siempre, entre la consulta y algunas horas de clase que imparto en la Universidad de California, Los Ángeles (UCLA), en el último semestre de psicología. Estaba concentrada llenando unas formas de la Universidad en la sala de profesores que debía entregar esa misma tarde, cuando siento la voz del Decano, saludándonos con su voz grave, resuena tras de mí.

—Buenas tardes —respondimos al unísono a su saludo, aun cuando yo seguía concentrada llenando mis formas.

—Aprovecho su hora de descanso para presentarles al nuevo integrante de la Facultad de Psicología: *el profesor Duncan MacLeod*. Trabajará con nosotros este año y se incorporará con los alumnos del último semestre.

Levanto mi cabeza cuando oigo esto, expectante ante la noticia.

—Buenas tardes —saluda el recién llegado con voz ronca que denota autoridad y mucha sensualidad. Lo evalúo con discreción y lo que veo me deja sorprendida.

Duncan MacLeod, *«creo que así dijo que se llamaba*», es un hombre alto, corpulento e increíblemente atractivo. Lleva unos jeans que se ajustan perfectamente a sus piernas, se nota por encima que las tiene musculosas, su cintura es estrecha en comparación con su espalda.

Lleva un jersey que se le ajusta perfectamente a los hombros y resalta su anchura, se ve claramente que tiene unos buenos músculos ahí debajo. Su fisonomía es muy masculina, con líneas angulosas, una mandíbula bien cincelada, pómulos altos y bien marcados. No obstante, su boca es voluptuosa, de labios carnosos y generosos. Un par de hoyuelos se le forman mientras sonríe, pero lo que más destaca de su cara son sus ojos, su mirada de hombre viril es tan intensa, tan especial, es profunda…

«¡Madre Santísima! ¡Qué espectáculo de tipo!, realmente es muy apuesto».

Veo cómo saluda a todos mientras el decano lo presenta, manos y sonrisas danzan por el salón. Yo solo lo observo. Se desplaza con gracia y pareciera como si a todos los hipnotizara, mas no caeré en ese juego…

Pronto llega hasta donde estoy yo, mientras el decano hace las presentaciones, alarga su mano tomando la mía, su tacto es suave, pero firme y enseguida siento una corriente que recorre mi columna. Nuestros ojos conectan y veo cómo sus ojos color miel traspasan los míos tratando de leer más allá de mí.

—Un placer —digo tratando de retirar mi mano rápidamente.

—El placer es todo mío —contesta con una sonrisa que me hace ver su blanca dentadura bordeada de su provocativa boca.

El decano continúa hablando con todos, mientras veo cómo Duncan se apoya en el marco de la puerta; en una de esas poses que solo pueden hacer los hombres más seguros de sí mismos y, a pesar de todo, aparentan naturalidad.

Mientras no dejo de admirarlo, suena el timbre que marca el inicio de las clases de la tarde así que todos se ponen de pie y empiezan a salir despidiéndose del nuevo que aún está cerca de la puerta. Tomo mis cosas y me dispongo a salir, cuando paso a su lado percibo su olor, amaderado, por cierto, demasiado varonil, mis fosas nasales quedaron impregnadas de él. En un arrebato inesperado, posa una de sus manos en la parte baja de mi espalda, en un simple gesto que a la vista de todos podía ser inocente, pero que no tenía nada de eso, el calor de su mano ha traspasado mi blusa y me hace estremecer.

—Pronto nos veremos, Amanda —susurra con su voz grave cerca de mi oído.

Yo solo asiento y sigo mi camino, la sensación de su mano en la parte baja de mi espalda permanece por unos minutos mientras camino hacia el salón que me corresponde.

Hacia final de la tarde, el decano me manda a llamar, voy camino a su oficina luego de clases, estaba tan cansada, que actuaba como autómata. Al llegar, toco la puerta.

—Adelante —escucho, por lo que abro la puerta con tranquilidad,

pero mi sorpresa es mayúscula cuando al entrar también veo sentado al profesor nuevo…

—Licenciada Smith, tome asiento —habla el decano sin perder tiempo apenas entro—. Como usted sabe, el Licenciado MacLeod forma ahora parte de nuestra plantilla, viene de Harvard y con ideas muy interesantes para el departamento, me gustaría que lo integrara al equipo y forme parte con usted del área investigativa con los alumnos del último curso —expone sin rodeo.

—¡Claro, señor! —confirmo parcamente.

—Bueno, MacLeod, está en buenas manos, la Licenciada Smith es una de nuestras mejores docentes y excelente psicóloga, sé que harán el mejor equipo.

—Gracias, señor —contesta MacLeod.

—Si tiene tiempo pasemos a mi oficina, así lo pondré al día con todo lo relacionado con los alumnos —Yo tan elocuente y eso fue único que pude articular ante el cambio que presentía, se me avecinaba.

—Está bien, vamos.

Nos despedimos del decano y, aunque en el trayecto intercambiamos algunas palabras, él era quien más hablaba. Yo me sumía en mis pensamientos por momentos. Realmente su presencia me altera y es una sensación que no estoy acostumbrada a sentir, ni estoy dispuesta a permitir.

Pasamos el resto de la tarde analizando expedientes de los alumnos del último curso y cruzando datos y estrategias para mejorar su rendimiento, así como la asignación de fin de curso. Era tarde ya cuando terminamos.

—¿Te importaría acompañarme a cenar? —pregunta al descuido —. No me gusta comer solo y realmente tengo mucha hambre —dice con picardía.

Yo lo miro sonriente dándole a entender que sé que es una artimaña de su parte.

—Te acompaño porque yo también tengo hambre —contesto—, pero que conste que es solo una cena de colegas.

—No sé a qué viene la aclaratoria —precisa inocente—. En estos momentos sería capaz de capitular ante cualquier cosa, mientras pueda comer acompañado.

Y así llegamos a un acogedor restaurant cerca de la facultad. Mientras comemos, la conversación toma diversos matices. Increíblemente conectados, nos damos cuenta la cantidad de cosas que tenemos en común, desde lo académico, aunque con ciertas divergencias, pasando por lo personal e incluso la forma de cómo afrontar las cosas.

Las horas pasan sin darnos cuenta, jamás había sentido una

conexión tan intensa con otra persona, mucho menos con un hombre y menos aún en tan corto tiempo.

«¿Será que me he vuelto loca?, ¿o el reloj biológico me está pasando factura? ¿Será verdad que existe el insta love? Nooooo, esto es simple atracción, dos adultos que se sienten cómodos, simple, sin adornos…»

Caminamos en un silencio cómodo hacia donde están aparcados nuestros coches y una simple despedida se convirtió en un anhelo por algo más. En promesas silenciosas que esperaban un mañana.

* * * *

Los siguientes días se convirtieron en una montaña rusa de emociones. No hemos vuelto a coincidir más allá de salón de clases o la sala de profesores, a pesar de las miradas cargadas de anhelo, un descuidado roce o simplemente el saludo diario.

Y no puedo negar la frustración que siento por la situación. Yo, negada a creer que existe el amor y la entrega total sin perder la identidad, desde que llegó Duncan MacLeod a mi vida, todo mi ser se encuentra a la expectativa.

Menos mal, que ya el congreso es en dos días y me permitirá alejarme un poco para aclarar mis pensamientos.

He llegado a New York con tiempo suficiente para descansar antes de que empiecen los ciclos de conferencias, trato de no pensar en lo que dejé atrás, aunque sea por unos días… Estoy sentada en el restaurante del hotel, dispuesta para cenar mientras hojeo unos folletos, cuando siento una sombra a mi lado.

—Gracias a Dios te encontré —su voz varonil acaricia mis sentidos —, no quería comer solo.

Mi respiración cambia radicalmente cuando lo escucho, levanto la mirada para encontrarme con sus impactantes ojos miel de mirada profunda que tratan de desnudar mi alma. A pesar de la turbación, intento mantenerme serena.

—No sabía que venías —logro decir.

—Cambios de última hora —responde sin darle importancia.

Río sonoramente ante su descaro.

—Debería sonreír más a menudo, te ves hermosa.

—¿Está coqueteando conmigo, Licenciado? —pregunto haciéndome la sorprendida.

—Descaradamente… —sonríe con picardía.

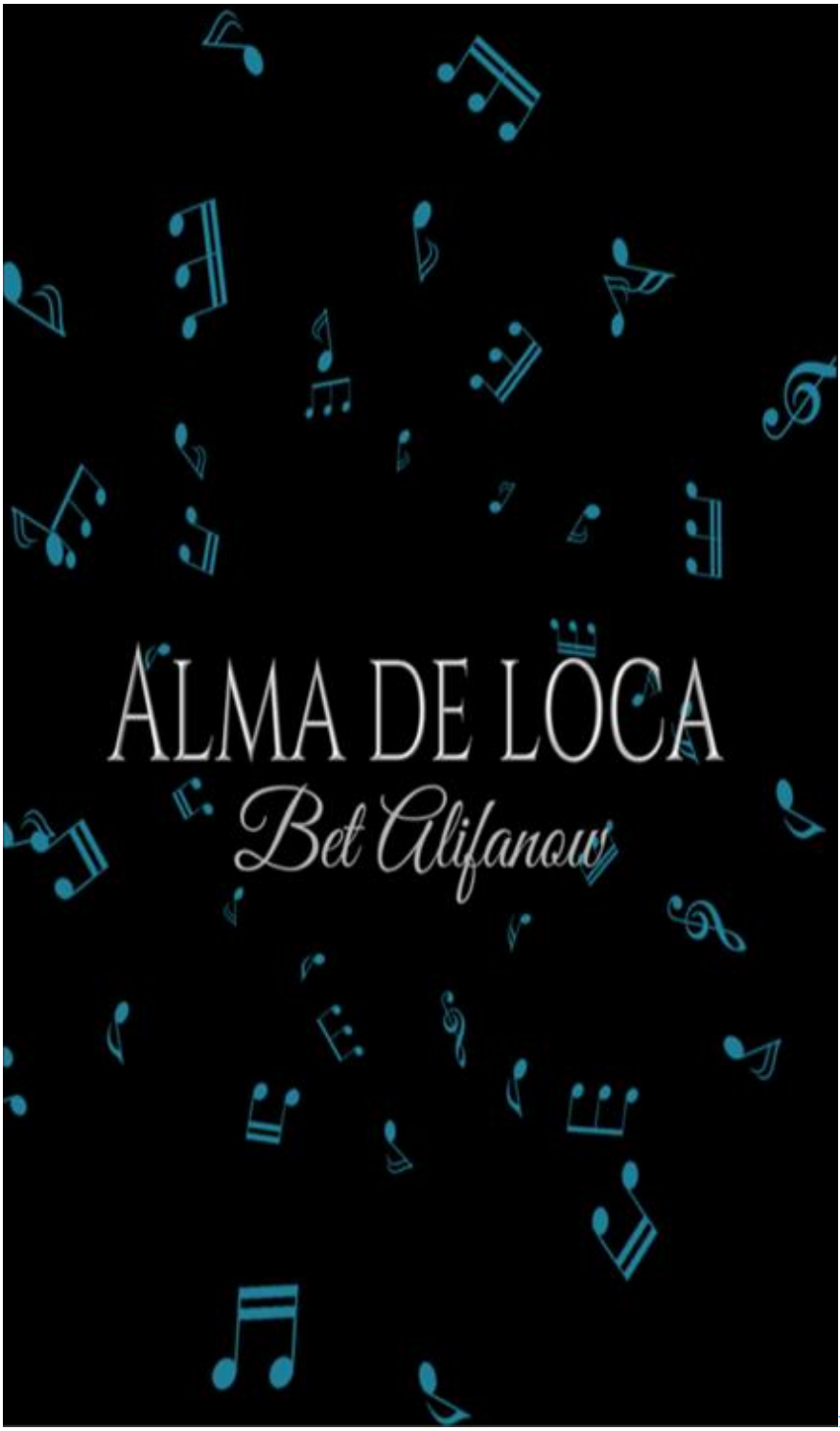
Siento mis mejillas arder, este hombre no se va por las ramas.

—Amanda —comienza a decir con seriedad—. Quizás te suene a cliché, pero desde que te vi por primera vez, vivo ilusionado, has

traído esperanza e ilusión a mi vida, has iluminado la tristeza de mi corazón. Puedo decirte con toda seguridad que el amor nació esa noche, cuando me devolviste a la vida.

Sus palabras me llegan al alma, y en ese momento me doy cuenta de que la vida obra milagros, me negaba a aceptar que merecía volver a amar y a sentirme amada, a vivir y explorar en pareja la felicidad. A sentir la belleza del complemento del ser. Lo miro y siento que desuda su alma ante mí.

Así que, sin vacilar, me inclino hacia él y busco su boca para sellar con un beso lo que con palabras no podía. Un beso que trasmite la entrega del alma, el amor correspondido y la pasión.


ALMA DE LOCA
Bet Alifanow

«La sonrisa que tus labios dibujaban
quedó helada y una imprevista lágrima traidora
como una perla de tus ojos fue a rodar…»
(Intérprete: Carlos Gardel).

Sentada en mi despacho aún no puedo creer lo que estoy leyendo, para mí es un sueño hecho realidad, la invitación para la máxima competencia en bailes de salón estaba entre mis manos.

¡La emoción me embarga! Al fin, cinco años de esfuerzo han rendido sus frutos, no fue fácil para mí llegar aquí, sin nada, solo con mi amor por el baile y mucha esperanza.

¡Una latina en Los Ángeles!, hasta aquí fue donde me trajo el dolor, donde el abrigo de la noche mitigaba mi amargura y callaba las lágrimas que amenazaban por salir cada vez que el recuerdo rondaba mi mente.

Una latina en Los Ángeles, ¡esa soy yo!, un alma loca que esconde su dolor en la danza, que calma sus ansias en la música, que se esconde detrás de los acordes de la noche. Esa soy yo…

Un alma loca, que al ritmo de la melodía y al son de sus caderas, revela al mundo el ánimo que no tiene…

Recuerdos, ¡putos recuerdos que llegan a mi mente!, los puedes esconder, pero nunca olvidar…

No soy lo que era y quizás nunca más lo volveré a ser, solo queda intacta mi pasión por lo que hago, por el baile, por la música, pero mi ser quedó marchito hace mucho tiempo.

—Ariella —escucho llaman desde la puerta, sacándome de mis lúgubres pensamientos.

—Buen día, Seth. Estaba a punto de ir a buscarte —respondo con una sonrisa tenue, tratando de esconder mi pesar.

—Y, ¿para qué sería? —contesta curioso Seth, es de ese tipo de

personas impacientes que pretende estar siempre enterado de todo.

—Mira lo que ha llegado —extiendo la invitación para que la vea

—Por tu cara pareciera más bien una tarjeta fúnebre —responde mientras la toma.

—¡No seas ridículo! —refuto, debo tratar de disimular más mis expresiones.

—¡Ohhh, por Dios! —exclama excitado—. ¿Y por qué no estás saltando de alegría? —¡Esto es lo máximo!

Ver la reacción de Seth, iluminó mi alma marchita. Esta competencia es como los Oscar para un bailarín de salón.

—Hay mucho por hacer —comenta emocionado—, es momento de planificar, solo tenemos dos meses para practicar, hay que cuadrar a las parejas, escoger la música, coordinar las coreografías…

—¡Para ya, Seth! —interrumpo con voz alta. Cuando se pone en ese estado no hay quien lo pare—. Vamos a tranquilizarnos y analizar todo con calma, es la única manera de que podamos ver lo que vamos a hacer.

Seth se sienta con la respiración agitada, trata de calmarse. La emoción lo embarga, era nuestro sueño hecho realidad. Él y yo somos profesores de danza titulados por el *World Dance Council* y la Federación Española de Bailes de Salón Social, nos conocemos hace más de diez años y hemos sido pareja de baile un poco más de cinco, mejores amigos, mejor pareja de baile, pero hasta allí queda.

El resto de la tarde la pasamos coordinando las categorías en las que vamos a participar y cuáles parejas pueden competir, buscando las mejores opciones para salir airosos en la competencia. Es importante para nosotros ganar, aparte del prestigio para la academia, hay una espinita clavada que llegó el momento de sacarla. Llegó el momento de demostrarle a muchos lo equivocado que estaban…

¡Ganar sería lo máximo, por muchas razones!

Terminamos de hacer los esquemas coreográficos y la escogencia de las parejas. Seth sale de la oficina para hacer las respectivas notificaciones, dejándome sola con mis pensamientos.

Han pasado once años desde ese episodio oscuro de mi vida, tiempo en el que he lamido mis profundas heridas, pues no fue nada más el dejar la competencia… Gabriel fue mi primer amor, compartíamos tantas cosas aparte de la pasión por el baile, pero su egoísmo y su ambición pudo más.

Era muy joven cuando lo conocí. Apenas había cumplido dieciocho años, él tenía veintidós. Un hombre hermoso, simpático y bailaba de maravilla, muy detallista y amoroso. Me enamoré como una loca, a tal punto que desafíe a mis padres en muchas cosas, incluso en irme a vivir con él. Durante un año todo fue perfecto. La vida nos sonreía, habíamos ganado varios concursos de baile pequeños

y estábamos formándonos una reputación como pareja de baile de salón.

Mis padres habían aceptado mi relación, no sin oponer resistencia, pero al fin y al cabo yo era su única hija y, como toda familia venezolana, lo primero son los hijos. Eso siempre me habían inculcado.

A su lado yo vibraba en todos los sentidos, llevaba la alegría en los ojos y en la boca, nuestros cuerpos se acoplaban a la perfección, se expresan de forma espontánea y cuando bailábamos el mundo desaparecía, solo éramos él y yo, como uno solo, eso era lo que nos había convertido en la mejor pareja de baile de salón.

Un día nos anuncian que, en el mayor teatro de la capital del país, se iba a dar una competencia de baile de salón con presencia internacional, ¡era nuestra oportunidad para brillar! Sin embargo, había algo que me preocupaba, tenía días sintiéndome débil, con mucho cansancio y no rendía mucho en los ensayos. Gabo estaba empezando a perder la paciencia y cada vez se ponía más iracundo conmigo, yo trataba de entenderlo porque sabía lo que la competencia significaba para él, pero, ¿quién me entendía a mí? A veces ni yo misma…

Salí una mañana más temprano que lo habitual y aproveché para ir al médico, mi mayor sorpresa fue que, cuando me hicieron los análisis, me dieron la noticia de que estaba embarazada, al hacerme el chequeo tenía dos meses de embarazo. ¡¡¡¡OHHHH, EMBARAZADA!!!!

Sentí mucha alegría, pero también preocupación, no sabía cómo iba a reaccionar Gabriel ante tal noticia. Así que sin más me fui a la academia para el ensayo. Ya quedaban pocas semanas para la competencia, por lo que había que practicar con mucha disciplina.

Al llegar, la reacción de Gabriel no fue la más cariñosa, de hecho, ni siquiera me trató con amabilidad, se puso a gritar y hablar de mi falta compromiso con el baile y un millar de cosas más, en ese momento me resentí con él. Me parecía injusto que me acusara de algo del cual yo no era responsable. Hoy día pienso que sus múltiples frustraciones las pagó conmigo ese día.

Me dispuse a practicar la rutina del nuevo baile, para la competencia. Participaríamos en dos categorías, la estándar con un tango y en la categoría latina con la competencia de Nueve Danzas. El cansancio, una pirueta muy fuerte, un trastabilleo y la posterior caída, marcaron mi vida para siempre.

Entre mi dolor y la rabia, solo recuerdo los gritos e insultos de Gabo, una de las chicas fue quien llamó la ambulancia. Llegué al hospital sola, enseguida me atendieron, me hicieron rayos X y una resonancia magnética.

El diagnóstico, *esguince grado tres con aumento de volumen, dolor*

severo a la movilización activa y pasiva de la articulación y limitación funcional total para la marcha.

¡Conocer el tratamiento fue lo peor!: férula de yeso posterior suropédico mientras desinflama por tres días, más tratamiento antinflamatorio. Luego, inmovilización rígida y completa por diecisiete días, con yeso tubular suropédico desde los gemelos hasta la base de los dedos y después, un brace de marcha e iniciar rehabilitación a mi tolerancia, la rehabilitación era isométrica, es decir sin movimiento, solo flexión y extensión. En pocas palabras, un mes en completa inmovilización, y quien sabe cuánto tiempo más en rehabilitación.

El doctor que me atendió fue muy amable, pero muy claro también, las posibilidades de una recuperación total eran mínimas, aunque no imposibles. En cuanto al embarazo, no había afectado en nada, el bebé estaba bien, pero debía guardar con mucho cuidado el reposo.

Lloré de la desesperación, ¡Adiós a la competencia!

Mis padres me fueron a buscar, me ofrecieron llevarme a su casa, estúpida, yo que creía que me iba a ir mejor en la mía.

Pasada la media noche, Gabriel llega, un silencio incómodo se instaló entre nosotros. A pesar de lo mal que me sentía por todo lo que había pasado, hice lo que mi corazón me dictaba y le conté lo que me había dicho el doctor. La reacción de él no fue la que esperaba. Aún recuerdo sus palabras, las sentía como puñales a mi alma.

—¡Estás acabada, Ariella! No puedo esperar a que te recuperes para seguir con los ensayos.

—¡Es solo un esguince de tobillo, Gabo! No es el fin del mundo y nada más son treinta días de reposo.

—Treinta días en los que pueden pasar muchas cosas —responde Gabriel hosco—. No voy a perder la competencia por ti.

—Pero…

—¡Pero nada!, Sonya te sustituirá. ¡El espectáculo debe continuar, contigo o sin ti!

Me dio la espalda y volvió a irse. Y así, sin más, Gabriel Monteverde salió de mi vida, rompiendo mis sueños, mientras ahogaba el llanto y una lágrima traidora rodaba por mi mejilla.

Esa misma mañana volví a casa de mis padres, quienes me recibieron sin preguntas ni reproches. Pero con el pasar de los días, la depresión hacía mella en mí. Quizás el hecho de que fuera demasiado joven hizo que las cosas me parecieran más graves de lo que eran, tampoco fue que tuve oportunidad de averiguarlo. Por razones familiares nos mudamos de país, lo que permitió que no contactara más con ese episodio de mi vida. Y al llegar a Los Ángeles, otra pérdida me esperaba, mi bebe no resistió. Perdí a mi niña a las catorce

semanas. Había quedado sin recuerdos, con el alma marchita, sin una razón para amar y sin muchos ánimos para vivir.

Mi rehabilitación duró más de lo que yo pensaba, pero era más por motivos emocionales que físicos. Mis padres, preocupados, hicieron todo lo posible por sacarme de ese letargo en el que yo misma me había sumido. Apenas pude volver a caminar y gracias a las terapias, me concentré nuevamente en el baile. Bailaba en las discotecas de una forma descarada y conflictiva, intentando llamar la atención. Así conocí a Seth. Ha sido un gran amigo y un gran apoyo en esos momentos en los que a veces caigo.

Con él empecé nuevamente a competir y nos fue tan bien que, hace cinco años, inauguramos nuestra academia. Hemos ganado varios concursos y nuestros estudiantes también forman parte de ese equipo ganador. Así que esta es una oportunidad perfecta para que todos brillen y poder traer tan preciado premio a nuestra academia.

Una mañana, en pleno ensayo, la clase es interrumpida por la llegada de una figura imponente, con una mirada intensa y una presencia que llama la atención. Un hombre atractivo y misterioso. Es alto y tiene el cabello negro como la noche. Sus ojos son de color miel con un brillo carismático. Parece ser inteligente y seguro de sí mismo, además de atractivo y con un cuerpo atlético, tiene una presencia majestuosa.

—Disculpen la interrupción —dice el recién llegado con una voz grave y sensual—. Me gustaría participar en su ensayo, he estudiado danza clásica durante años y he participado en numerosos concursos de baile, pero acabo de llegar a la ciudad y estoy algo perdido.

Seth, que no se le escapa un hombre hermoso de su visión, sale a su encuentro.

—¿Cuál es tu nombre y que estilo bailas? —pregunta cuando llega a su lado.

—Me llamo Gerald Rivera, y bailo todos los estilos, pero mi especialidad es el tango —responde sin apartar la mirada de mí, lo que me hace sentir un poco incómoda.

Seth, que sabe que es el único estilo en el que no tenemos pareja, se le iluminaron los ojos y se le pusieron como platos.

—¿Estarías dispuesto a hacer una prueba ahora mismo?

—¡Por supuesto! —expresó visiblemente emocionado, dejando su bolso en el suelo y quitándose la chamarra que cargaba, dejando a la vista un torso muy definido que enmarcaba su franela.

A todas estas, Seth me veía con un brillo particular, y cuando eso pasaba pronto podía soltar una bomba y yo me suponía por donde venía, pero estaba decidida a decir ¡no!

La música empezó a sonar, y Gerald demostró que sabía cómo moverse al ritmo de la música. Bailó con destreza con cada chica del

grupo, todos los estilos de bailes de salón, salvo uno…

Se veía que se sentía cómodo. No importa qué tipo de música estuviera bailando, él siempre parecía estar en sintonía con ella. Su pasión por el baile era evidente en cada uno de sus movimientos. Lo que me hizo sentir realmente extraña. Su sensualidad al moverse despertó partes de mi cuerpo que pensaba muertas…

—¿Qué te parece? —susurró Seth con complicidad—. Presiento que con él nos llevamos todos los premios. Es demasiado guapo para dejarlo ir y creo que llegó para quedarse —ríe por lo bajo.

—Seth, tú y tus cosas, a poco ya le echaste el ojo —bromeo para quitarle hierro al asunto.

—¡Por supuesto, cariño! Pero no soy yo quien le llama la atención.

—No hables tonterías. El amor a primera vista no existe.

—¿Y quién habló de amor? Los ojos de ambos destellaron apenas se vieron, allí hay química y te lo voy a demostrar…

—¿Qué vas a hac…? ¡¡Seth!!

Pero no me hizo caso, ya iba directo donde estaba Gerald bailando foxtrot con Lili.

—Veo que te desenvuelves muy bien en todos los estilos, pero me gustaría verte bailar tango.

Él se queda pensando un momento. Y sin dilaciones se acerca a mí.

—¿Me permite, señorita?

Alarga su mano, yo dudo en tomarla, hace mucho que no bailo tango. Exactamente, once años, es el único estilo que, por razones que no quiero recordar, nunca más bailé.

—Hace mucho no bailo ese estilo —fue mi parca respuesta—. Cualquiera de las chicas puede apoyarte.

—El tango es un baile muy sensual, él te escoge, es la forma como funciona. Baila conmigo, por favor.

Tomo su mano y enseguida me lleva al centro del salón, apenas nos colocamos en posición, me sentí cómoda y segura en sus brazos. No puedo resistirme al ritmo seductor del tango, ni a la belleza de bailarlo con alguien que demuestra tal destreza. Es un baile muy sensual y erótico, en el que los bailarines se expresan a través de una serie de movimientos sensuales. Es un baile muy apasionado, en el que el hombre puede mostrar toda su belleza y la mujer se puede sentir totalmente deseada.

Bailé una pieza completa, en la que nuestros cuerpos se compenetraron al ritmo de la música, era como contar una historia con nuestros cuerpos, donde el bailarín está enamorado de su dama, y este baile es una forma de expresar sus sentimientos profundos por ella. Los movimientos sensuales y eróticos del hombre reflejan la

pasión que siente por la mujer. Ella es hermosa, y él se siente completamente atraído por ella. Esa es la historia que refleja el tango.

Yo, abandonada en la melodía, concentrada en el baile y los movimientos, en sus fuertes manos tocando mi espalda, en sus piernas rozando las mías, en sus ojos miel mirándome fijamente como si quisiera traspasar mi alma y en su boca tan cerca de la mía. El estruendoso aplauso nos saca de la burbuja.

Mi respiración está agitada, no sé lo que pasó aquí….

—¡Con este baile nos llevaremos el primer premio! —grita Seth —. ¡Bienvenido al equipo! —lo abraza con cariño y Gerald se deja hacer, el resto del equipo le da la enhorabuena. Aprovecho la distracción para escabullirme a mi oficina.

¡Cobarde!, grita mi consciencia. Sí, lo admito, lo soy. No quiero sentir…

No puedo negar que Gerald se integró muy bien al grupo, parecía como si siempre hubiese pertenecido aquí, colaborador, entusiasta, tenía iniciativa propia y aportaba con humildad pasos que pulían aún más las coreografías. Seth estaba encantado, y el grupo parecía muy cómodo a su alrededor.

Yo trataba en lo posible no quedarme a solas con él, compartíamos en grupo, nos hacía reír y el ambiente era de mucha camaradería. Pero cada vez que estábamos cerca, mi cuerpo reaccionaba de forma imprevista.

Una tarde salí temprano, sin avisarle a nadie, caminé sin rumbo, necesitaba centrarme, sin pensar llegué a una tienda de muñecas, me quedé contemplándolas con deseos de llorar. Me acordaba de mi niña no nacida, tuviera diez años y miles de muñecas con las que jugar.

—Ariella… —sentí su inconfundible voz a mi espalda. Rápidamente sequé las lágrimas que rodaban por mis mejillas—. No te ocultes de mí, déjame ayudarte.

—No pasa nada, Gerald. No te preocupes.

—Aquí cerca hay una cafetería, acompáñame a tomar un café.

Acepté sin protestar, cansada de mi soledad. Fue la mejor decisión que tomé. Pasé la mejor tarde en mucho tiempo. Gerald era una persona impresionante, venezolano como yo, abogado de profesión, de madre española, quien le enseñó la pasión por la danza, pues ella, en su juventud, fue bailarina también. Compartimos confesiones y conversamos de todo un poco, lo que nos hizo sentir más cerca.

Me acompañó hasta mi casa, caminamos ligeros, llenos de energías y buenas vibras. Al llegar a la puerta, nuestras miradas se encontraron, era evidente la atracción que sentíamos el uno por el otro, como si fuéramos imanes y, sin pensarlo, su boca rozó la mía. El simple contacto de nuestros labios nos produjo una intensa sensación

de placer, un momento mágico que quedará grabado por siempre en mi memoria.

Nos separamos con la respiración entrecortada, él apoyó su frente en la mía.

—Será mejor que nos despidamos por hoy —dijo con pesar.

Accedí con reticencia, pues sabía que, después de lo que habíamos compartido hoy, cualquier cosa podía pasar y era mejor llevarlo con calma, pues presentía que él también llevaba un gran peso encima.

Me fundí con él en un cálido abrazo, en el que sin palabras le transmití las emociones que me embargaban.

—Nos queda toda una vida por delante, mi querida Ariella —dijo en un susurro mientras besaba mi cabello—, ahora debo irme, nos vemos mañana.

Dándome un sutil beso en los labios, se fue. Yo no podía creer lo que acababa de pasar, lo que sentí estando en sus brazos y la vorágine que se desató en mi interior luego del beso.

¡Eso solo significa que estás viva! Gritó mi consciencia.

Un día, al finalizar el ensayo, se acerca Gerald muy serio y me pide que lo acompañe por un café. Fuimos en silencio. Presentía que me quería decir algo importante, lo que me llenó de temor, pues a decir verdad empezaba a desarrollar sentimientos profundos por él, pero mi lógica se negaba a admitirlo.

Nos sentamos y pedimos café y algunas pastas, lo notaba muy nervioso.

—Suéltalo, Gerald —le digo al ver como apretaba la taza.

Me mira fijamente, con esos ojos cafés que me hipnotizan y yo siento que el mundo se detiene en ese instante. Finalmente, suspira fuerte y me dice:

—Me armé de mucho valor para este momento, desde el primer momento en que te vi, sentí una atracción incontrolable. No salías de mis pensamientos y estabas presente en mis sueños. Me sentí fascinado de una manera inexplicable e intensa. Llevo un pasado a cuesta e intuyo que también tienes el tuyo, pero te pido que nos demos una oportunidad de descubrirnos, de compartir sueños y esperanzas, de curarnos las heridas. Eres hermosa por dentro y por fuera, un alma noble y tan herida como yo —toma un respiro y continúa—. No sé si sientes lo mismo, pero si es así, me gustaría que me lo dijeras e intentáramos una relación.

Escucharlo fue como si me hubiera liberado de un pesado fardo; como si por fin pudiera respirar de nuevo. Sonreí, le tomé la mano y le conté mi historia, así como él me contó la suya. Al principio, mis

miedos no me permitían pensar en si aceptar su propuesta o rechazarla, pero no podía engañarme, sentía una atracción intensa por él. Quizás había llegado el momento de cambiar mi vida y aceptar que merezco amar y ser amada. Y fue así como, una tarde de revelaciones dio paso a una segunda oportunidad para el amor.

A partir de ese momento, nuestra relación cambia radicalmente. Ya no somos simplemente amigos; ahora somos amantes. Y nuestro mundo se llena de pasión y deseo.

El tiempo pasó, la relación se fue afianzando, paso a paso, sin apuros. Compartíamos intereses comunes más allá de la pasión por el baile. Era un secreto a voces que estábamos juntos, pero eso no impidió que tuviéramos la disciplina para ensayar tal cual lo exigía estar en equipo.

Seth estaba feliz por mí y así me lo hizo saber, mi mejor amigo sabía por todo lo que había pasado y se sentía maravillado de que me diera una nueva oportunidad para sentir.

—No todos son como el idiota de Gabriel —me dijo un día que estábamos solos en la oficina—. Me parece que Gerald es especial, solo falta verlos bailando, la conexión entre ustedes es única, la pista arde en sensualidad y erotismo cuando se mueven.

—Es cierto —respondo emocionada—, a su lado soy otra, me siento centrada y a la vez extasiada. Creo que la vida ha sido indulgente conmigo esta vez.

—Te mereces toda la felicidad del mundo…

Veo como Seth baja la mirada y suspira con tristeza, ver esa reacción me preocupa luego de lo eufórico que estaba.

—¡Escupe de una vez lo que te tiene atragantado, Seth!

—No sé…

—Dale, que no soy de cristal, ¿Qué pasa?

—Me enteré que, uno de los participantes de la competencia justo en la categoría de tango es Gabriel Monteverde con una bailarina nueva que dicen es una revelación.

A pesar de que me tenso al escuchar su nombre, ya no me afecta como antes.

—No te preocupes, Seth. Ya soy capaz de enfrentarme a él y verás que ganaremos la competencia.

—Pues…, si te hace sentir mejor, el chisme de pasillo es que es la única categoría que no ha vuelto a ganar, en cada competencia cambia de pareja, aunque sigue siendo guapo, ¡es un egocéntrico y egoísta de mierda! Ni ha cambiado, ni ha madurado. Y, aunque sigue bailando muy bien, es repetitivo y cansón, hace la misma rutina de siempre. Aunque dicen que su nueva pareja le ha aportado un poco de frescura.

Yo me rio de la elocuencia de Seth, no se puede negar que lo desprecia. Yo sentía cierta aprehensión por volverlo a ver, pero no era

porque tuviera algún sentimiento hacia él, sino por el despertar de los malos recuerdos de todo lo que me hizo vivir.

En la noche le hago el comentario a Gerald, quién, con besos y arrumacos me tranquilizó, me hizo sentir segura, amada y con esperanzas.

* * * *

Tras una larga espera, llegó el día de la competencia. Todo el grupo llegó temprano a la academia, de allí nos iríamos en un autobús hasta el Centro de Convenciones de Los Ángeles, ubicado en la parte sur del Centro de Los Ángeles. Alberga anualmente eventos como el *Greater Los Angeles Auto Show,* sus instalaciones son de alta tecnología y cuenta con pabellones de vidrio, un vestíbulo artístico y un amplio espacio de exhibición. Perfecto escenario para una competencia internacional de Bailes de Salón.

Nos registramos en las diferentes categorías en las que participaríamos y pronto nos dirigimos a los espacios acordados para que pudiéramos acomodarnos y cambiarnos los vestuarios. La competencia constaba de tres momentos, el eliminatorio, el clasificatorio y el de premiación, por lo que debíamos estar preparados para un largo día, ya que estábamos inscritos en Vals, Vals vienés, Tango, Foxtrot, Quickstep, Samba, Cha-cha y Rumba. En todos evaluarán la postura, el ritmo elemental, la línea, abrazo, pose, energía, pies y piernas, además de la musicalidad, expresión, dominio escénico y variedad de pasos.

Todo el equipo preparado para la competencia. Seth se acerca y me da un beso en la frente, por primera vez en diez años no vamos a bailar juntos, abraza a Gerald y le susurra algo en el oído que los hace reír. Yo lo miro interrogante, pero el solo sonríe.

La competición empieza y nos deseamos suerte todos. La primera ronda se inicia, el proceso eliminatorio, en el que, pasado dos largas horas, todo el equipo pasa. Tras un breve descanso, volvemos al ruedo, a la ronda clasificatoria, cada momento lo evalúan con más severidad. Aquí, de la academia, solo pasamos en cinco categorías, con las parejas de Vals, Quickstep, Samba, Rumba y Tango.

Todos nos abrazamos, como familia nos alegramos de que la academia haya quedado clasificada en tantas categorías, era nuestra primera vez en una competencia internacional, por lo que era un completo logro para nosotros como equipo. El breve descanso nos permitió cambiarnos de vestuario e hidratarnos para la ronda final. Los nervios estaban a flor de piel de todos. Pero Seth, con su encanto y su desenfado, logró animarnos y desestresarnos.

—Estás hermosa esta noche —escucho una voz a mi espalda. La

última que me hubiera gustado escuchar en estos momentos. Me volteo rápidamente y lo enfrento.

—Este no es tu sitio. No tienes razón para estar aquí.

—Los años te han afilado la lengua. Me gustaría saber en qué más has cambiado.

—Es algo que jamás sabrás. ¿Qué haces aquí? —espeto molesta.

—Solo quería reencontrarme contigo, por los viejos tiempos…

¡Hay que ver que este si es caradura!

—Pues no hay ningún viejo tiempo que recordar, Gabriel. Once años es mucho tiempo para olvidar y rehacer la vida.

—¿Y lo has conseguido? Porque yo no he podido olvidarte.

—Cuánto lo siento por ti —Trató de tocarme y yo me eché hacia atrás impidiéndolo—. Ya va a empezar la competencia. Vuelve a tu sitio.

—¿Podemos vernos al finalizar? Así celebramos mi triunfo y podemos hablar.

—¿Estás realmente loco? —rio sonoramente, lo que llama la atención de equipo que enseguida se puso alerta—. ¡Ni hablaremos, ni celebraremos, entre los dos no hay nada que hablar!

Justo en ese momento, Gerald se pone a mi lado, tomándome de la cintura en un gesto posesivo que no pasa desapercibido para Gabriel.

—¿Pasa algo, mi amor? —pregunta con voz firme pero cauto.

—¿Mi amor? —cuestiona Gabriel—. ¡Así que este es el sustituto! —dice con ironía.

Gerald se tensa a mi espalda. Pero enseguida lo tomo del brazo. El equipo, que ha visto lo que estaba pasando, rodea a Gabriel. Si sigue por ese camino no va a salir muy bien parado.

Gabriel me mira con odio y desprecio, pero no le quedó otra opción que retirarte, no sin antes decir.

—¡Prepárate a perder, jamás serás una bailarina completa si no estás a mi lado! —me grita antes de voltearse e irse.

Gerald apretó sus puños de la rabia.

—No vale la pena, mi amor. —le tomo con ambas manos su tenso rostro y lo beso, de una forma tan profunda y con tanta entrega que siento como se relaja, los silbidos y aplausos nos sacan de la burbuja. Nuestras frentes se pegan y nos fundimos en un abrazo que nos fortalece.

—¡Esta noche ganaremos! —sentencia Gerald.

Llegó el momento, cada una de las parejas que quedamos para esta fase, nos disponemos a concentrarnos para nuestro último número, todos estamos emocionados y con la esperanza de llevarnos el premio en nuestras diferentes categorías.

Reviso mi atuendo, mi cabello recogido en un moño bajo con

una peineta plateada de medio lado que le daba un aire sofisticado al marco de mi cara. El maquillaje de los ojos ahumado, con los labios en un tono rojo que los resaltaba. Lo que más me gustaba era mi vestido, rojo fuego con detalles en negro y transparencias en mi espalda y pecho, con aberturas en las piernas para darme soltura en los movimientos, la falda fluida se mueve con gracia mientras bailo. Es un vestido muy sensual, su diseño se entalla a mi torso y me hace lucir elegante y atrevida al mismo tiempo. Gerald iba a juego conmigo, con un saco rojo y un pantalón de vestir negro, camisa negra y corbatín rojo. Se veía de infarto.

Ya en posición para la competencia final. Cinco parejas quedan para esta etapa. Somos la tercera en salir. Vemos el desempeño de los otros, son realmente buenos.

Nos toca, salimos a la pista, donde hacemos el recorrido de reconocimiento. Nosotros escogimos un tango milonguero, su ritmo, como estilo musical, es el más rápido de todos los tangos, lo que hace que su forma de bailar sea diferente y se pueda jugar con los movimientos. Mientras bailamos, nuestra parte superior se mantiene en la postura básica llamada apilado, la que nos permite estar en contacto todo el tiempo, variando solo cuando hacemos los ochos y los giros. Nuestra coreografía está llena de movimientos de balance, haciendo de nuestro baile algo único, una danza sensual, apasionada y erótica, con movimientos llenos de pasión y amor.

Estamos en nuestra burbuja, este era la sensualidad y el erotismo hecho movimiento, las figuras coreográficas que adornaban nuestro baile, comunicaba nuestras propias emociones corporales. Nuestros cuerpos se escuchaban, todo estaba puesto en escena, las miradas, los brazos, las manos, cada movimiento del cuerpo, acompañando la cadencia del tango y acompañando de la sensualidad que transmitíamos. Trascendíamos de la escena, flotábamos con gracia al son del tango milonguero con cada estrofa, con cada pasaje, con cada nota de la música in crescendo. Solo expresando nuestros sentimientos a través de los pies y nuestros cuerpos.

Llegamos al final de nuestro baile, sellándolo con un corte, la quebrada y un sensual beso. Con la respiración entrecortada y nuestras frentes juntas, descendimos de nuestra nube para escuchar la explosión de aplausos y la ovación de pie por parte del público. ¡El baile les había encantado! Fueron unos minutos emocionantes, saludamos al público con agradecimiento para luego retirarnos. La competencia continuaba.

Nuestros compañeros nos saludaron con alegría, felicitándonos por nuestro desempeño, nos comentaron que, como espectadores, fue tal la pasión que transmitimos que casi no podían respirar, que las otras parejas eran muy buenas también, pero no lograban igualar la

sensualidad del de nosotros.

Me abracé a Gerald con ganas de llorar de la emoción. En pocos minutos sabríamos los resultados.

Solo escuché los aplausos de las dos parejas faltantes, no los vi. Ni quise que me los comentaran.

Llegó el momento de las premiaciones. El equipo quedó en primer lugar en Vals y Rumba, en segundo lugar, en Samba y en tercer lugar en Quickstep, todos celebrábamos, solo faltaba el tango.

Nos llaman a los cinco finalistas, cada uno hace el recorrido y saluda a los jueces y al público, para luego tomar posición.

Los jueces empiezan a hablar sobre los parámetros de la puntuación y el gran desempeño de todos. Enseguida nombraron el tercer lugar, que fue para una pareja de Brasil. El segundo lugar para una pareja de Canadá.

La tensión aumentaba, quedábamos tres parejas, entre las que se encontraba Gabriel, que sonreía triunfante. Yo volteé hacia Gerald, con preocupación en mi mirada, a lo que él solo me apretó las manos en señal de confianza.

Los jueces hicieron un silencio que se me hizo eterno. Hasta que al final se decidieron a decir:

—Nos complace otorgar el primer lugar, con una puntuación de 10/10 a… —pausa absurda e incómoda—. Ariella Miliani y Gerald Riviera —gritaron, el público aplaudió con estruendo poniéndose de pie

Entré en shock, me quedé paralizada por unos segundos, hasta que Gerald me alzo en brazos y me dio dos vueltas. La emoción fue muy grande. La sensación de haber ganado lo máximo.

Nos dieron nuestro premio y enseguida nos fuimos con nuestro equipo, corrieron los abrazos, los besos, los choques de palma, la alegría nos embargaba. Nuestra academia había ganado. Nosotros habíamos ganado…

Nos cambiamos y recogimos todo, nos tocaba ir a la recepción. Así que todos nos embarcamos.

Antes de subir, Gerald me aparta.

—Mi milonguera, venciste tu alma de loca, la sonrisa vuelve a tus labios y el amor a tu corazón. Ya no tendrás que contemplar las muñecas en una vidriera con ganas de llorar, si me dejas, yo te daré la alegría de comprar las que quieras. Ya no tendrás por qué afligirte mi milonguita, porque yo quiero estar a tu lado siempre —del bolsillo saca una cajita—. Cásate conmigo, hazme el hombre más feliz del mundo.

Me quedo perpleja mirando la cara de Gerald y la cajita. No me salen las palabras, siento los ojos llorosos y la felicidad que no cabe en mi pecho. Al fin logro articular.

—¡Sí, Gerald! ¡Sí me casaré contigo! —digo con alegría.

—Sí —grita—. ¡Dijo que sí!

Todos en el autobús aplauden, silban y gritan. Mientras él me toma en sus brazos y nos fundimos en un cálido beso.

SOBRE LOS AUTORES

Autor: Blanca Angarita C.
País: EE.UU. - Venezuela
Venezolana en USA, de padres y abuelos inmigrantes y venezolanos, nació en Maracay, en una familia de libros, universidad, política, mar, alegrías, amigos, muchísimo amor y fe. Abogada ucevista, esposa, madre y abuela de Milán, muy familiar y amiga de sus amigos. De afecto por los animales, la naturaleza, la cocina, la música, la pintura y el arte en general, los DDHH y actualmente dedicada a trabajar como Preparadora de procesos migratorios en USA, amante de expresar por escrito y transmitir apoyada en su formación como Coach Organizacional. Creadora de Salsas Oasis, y ahora también CEO de Letras Indomables, disfrutándolo al máximo, sigue el camino frondoso de ser parte de un gran equipo para escribir y ayudar a escribir Libros como co-creadora del Método BookCamp.
Autor Indie en Amazon

Autor: Mina Hakasala
País: EE.UU. - Venezuela

Nació en Caracas. Estudio ingeniería Eléctrica en la universidad Simón Bolívar en Venezuela
Fundo OPEN YOURH HEART TO CHILDREN INTERNATIONAL en el año 2004, en St. Charles Illinois con la idea de ayudar a niños necesitados y abusados, en Latinoamérica especialmente Venezuela, y da soporte a algunas organizaciones americanas que se abocan a la tarea de proteger de alguna forma a los niños y adolescentes para prevención contra el abuso sexual, educación a los niños y a los padres en el mismo tema, etc.
Autor Indie en Amazon

Autor: Lucrismar Otero
País: EE.UU. – Venezuela
Venezolana viviendo en USA. Lectora empedernida toda su vida, que, sin esperarlo, participó en el primer BookCamp Escribe y Publica Tu libro. Participa en esta Antología con su primer relato y ya tiene en revisión su Primera Novela.
Autor Indie en Amazon

Autor: A. Monrow.
País: México
Autora de romance: Histórico, paranormal, erótico y contemporáneo. Amante del arte desde pequeña y adicta a la lectura; pasión por la cual se inicia en la escritura desde el 2015. Ahora cuenta con 4 libros ya publicados; tres de ellos pertenecen a la Serie de romance paranormal "Amores eternos":
Renacer, Luchando: con los demonios, Trascender: El peso de la sangre y Sucumbir: Vínculo de sangre.
Y su novela de romance histórico: Amor entre cadenas. Con muchos proyectos en puerta incluido. Alexander Rixer "Monstruos sin voz", libro creado en el Bookcamp2022, próximo a publicarse en Amazon al igual que todos sus libros.
Autor Indie en Amazon - Goodreads

Autor: Elizabeth Mendoza
País: México
Elizabeth Mendoza nació en Saltillo Coahuila México, estudió Diseño Gráfico.
Por su gusto por la novela de romance histórico surgió el sueño de escribir una novela ambientada en el México de la Colonia, así nació Destinados para Amarse.
Al terminar la edición de BookCamp2022 surgió la precuela de Destinados para Amarse que llevará por nombre Amor en Prenda.
Autor Indie en Amazon - Goodreads

Autor: Iván B. Silva.
País: Panamá
Colombiano radicado en la República de Panamá desde hace una década. Amante de la lectura, la escritura y el cine. Actor de teatro y contable. Apasionado de la fotografía.
Me enamoré del arte cuándo aún era muy niño, no soñaba con ser artista, pero el arte me sedujo y fue en las letras en las que encontré un lienzo para escribir cada historia que siempre me hicieran sentir vivo.
En el respirar del arte está la vida misma, plasmada en pequeños y distinguidos trazos del alma.
Autor Indie en Amazon

Autor: Priscilla I. Gómez G.
Fecha de nacimiento: 9 de Julio de 1986
Lugar de nacimiento: David - Chiriquí -República de Panamá
Profesión: Ingeniera en electrónica y telecomunicaciones
Aprendiz de muchas cosas, principalmente relacionadas con el arte y la cultura.
Autor Indie en Amazon

Autor: Yaneth Marín
País: Panamá
Me encanta la música y la lectura. Lic. En admón. Empresas. Contable de profesión.
Autor Indie en Amazon

Autor: Bet Alifanow
País: Venezuela
Orgullosamente venezolana y amante del café. De profesión Administradora, y Politóloga, y de oficio Metodóloga y Escritora de Romance autopublicada. nacida en Caracas – Venezuela, el 16 de Julio de 1970. Casada desde 1995 y madre de dos hermosos hijos, que cada día me llenan de orgullo. Co-creadora del Método BookCamp y CEO de Letras Indomables
Autora de Contigo Ahora. Dos vidas un solo destino, Cafénamorada. Bilogía y Trampas del destino en Romance adulto y en no Ficción la serie Diario de un Escritor, Publica tu libro, Diario de prácticas. 60 ejercicios para vencer el bloqueo del escritor.
Autor Indie Amazon – Goodreads – Buenovela

Autor: Margarita Rivero Mendoza
País: Venezuela
Nací en la Rep. Dominicana, padre español, madre dominicana y he vivido siempre en Venezuela.
Soy la mayor de cinco hermanos, orgullosa de ellos y tengo una hija, Coromoto, que es mi compañera de vida.
Soy Arquitecto, Coach, Astróloga y amante de la lectura.
Esta es mi segunda experiencia como escritora.
Ser parte de esta antología ha sido una oportunidad de compartir la pasión de escribir.
Autor Indie Amazon

Autor: Rosa Suleyma Alonzo
País: Venezuela.
Soy ingeniero agrónomo, y gracias al bookcamp 2022 pude convertirme en escritora y ya tengo mi primer libro escrito. soy venezolana de Maracay edo. Aragua.

Autor Indie Amazon

“La raíz de todo bien crece en
la tierra de la gratitud.”
Dalai Lama.

En el mes de octubre iniciamos una aventura, la de escribir un libro, fueron días intensos de clases, de conocernos, de formar una comunidad de escritores, de escucharnos y de escribir…

De esta aventura ha nacido esta antología multiautor, donde, a través de las letras de canciones de diversos géneros, se crearon historias maravillosas, con calidez y sentimiento, con esa energía profunda que da la inspiración y el propósito de hacer posible un sueño.

Desde el equipo del BookCamp, le damos las gracias a todos los escritores que lo hicieron posible, A. Monrow, Bet Alifanow, Blanca Angarita, Elizabeth Mendoza, Iván B. Silva, Lucrismar Otero, Margarita Rivero, Mina Hakasala, Pricilla Gómez, Yaneth Marín, Rosa Alonzo, quienes a través de su pluma plasmaron relatos increíbles inspirados en la música.

Queremos dar un especial reconocimiento al Preb. Bishop Haiver Perilla, CEO de la Saint Paul Intenational University, quien nos ha dado su apoyo incondicional en la consecución de este BookCamp.

Y un agradecimiento especial para la escritora A. Monrow, quien con su impresionante talento le dio vida a la impecable portada de nuestra antología.

No podemos despedirnos sin darte las gracias a ti, lector, por haber llegado hasta aquí, por apoyar siempre los nuevos talentos. Mil Gracias por siempre estar allí.

El equipo del BookCamp y la Editorial Letras Indomables

LETRAS INDOMABLES
SERVICIOS EDITORIALES